
HARLEQUIN
Bianca
NOVIA DE INVIERNO
LYNNE GRAHAM

Novia De Invierno

Lynne Graham

Título: Novia De Invierno

Título original: *The winter bride*

Traducción de Isabel Blanco González

Editorial: Harlequín Ibérica S.A. Colección Bianca

ISBN: 9788439687665

Revisado por: teref

Agradecimientos: al equipo de L@C por el doc original

Reseña:

Angie siempre había amado a Leo Demetrios, pero él simplemente la deseaba. Después de todo, ella no era más que la hija del mayordomo.

Durante dos años, Angie mantuvo en secreto el fruto de aquel fin de semana de pasión, pero se vio obligada a pasar las navidades con Leo. ¿Cómo podía seguir ocultándole que Jake era su hijo?

Leo parecía convencido de que Angie era una seductora, una mentirosa y una ladrona. ¿Por qué iba a creerla si le decía que era el padre de Jake?


ePUB


Charlie's
Audiosyebooks.com
L@C
todo ebooks
MI READER
PAPYRE 6.1 PARA
LIBROS
ELECTRÓNICOS
.:: SIDERA VISUS ::.
El Rincón de Libros CiFi


PAPYREF82.NET
LIBROS F82 PARA PAPYRE



Capitulo 1

—¿Un aumento…? ¿De verdad me estás pidiendo un aumento? —preguntó Claudia mirando atónita a la joven—. Creo que somos más que generosos contigo. Te damos un salario, pensión y alimentación completa, ¡y recuerda que sois dos!

Angie se sintió tremendamente avergonzada ante aquella respuesta, pero insistió:

—Pero trabajo seis días a la semana, y además también hago de niñera por las noches…

—No puedo ni siquiera creer que estemos teniendo esta conversación —contraatacó Claudia, roja de ira—. Te ocupas de los trabajos de la casa y cuidas de los niños. ¿Por qué no ibas a cuidarlos? De todos modos, tienes que cuidar de Jake por las noches…, no esperarás que te paguemos un extra por eso, ¿no? No sé cómo puedes ser tan desagradecida después de todo lo que hemos hecho por ti…

—Es que me cuesta mucho llegar a fin de mes —la interrumpió Angie humillada.

—¿Si?, pues no entiendo qué haces con el dinero —replicó su jefa secamente—. Lo que sí sé es que mi marido, George, se va a quedar de piedra cuando le cuente cuáles son tus exigencias.

—No son exigencias —contraatacó Angie tensa—, son peticiones.

—Pues petición denegada —contestó Claudia airada, caminando resuelta hacia la puerta de la cocina—. Estoy muy enfadada y muy decepcionada contigo, Angie. Aquí tienes un trabajo muy bueno ¡Dios, ojalá alguien me pagara a mí por quedarme en casa y llenar el lavavajillas! Os tratamos, a Jake y a ti, como si fuerais de la familia, te cuidamos cuando estabas embarazada…, y te diré una cosa: ¡ninguno de nuestros amigos habría considerado si quiera la posibilidad de meter en casa a una niñera embarazada y soltera!

Angie no respondió, no había nada más que decir. No quería arriesgarse a que Claudia estallara y la echara. Ninguna niñera trabajaba la cantidad de horas que trabajaba Angie aunque, en realidad, no era

solo una niñera, por mucho que Claudia insistiera en ello. Había entrado en casa de los Dickson como niñera aceptando una miseria en lugar de un salario digno, pero sus horas de trabajo habían ido en aumento hasta convertirse también en sirvienta. En aquel momento se había sentido tan agradecida de tener un techo bajo el que cobijarse que no había puesto ninguna objeción.

Lo cierto era que, cuando había estado embarazada, había sido muy inocente. En aquel momento, los Dickson habían sido para ella como una parada de autobús: Angie había creído que, en cuanto tuviera al niño, podría encontrar un trabajo mejor. Sin embargo, poco a poco, aquella idea había ido desvaneciéndose al comprender el dinero que costaba mantener a un niño y más aún, lo que costaba alquilar una casa en una ciudad tan cara como Londres. No había tenido elección.

—No se hable más —murmuró Claudia graciosamente desde el umbral de la puerta, consciente de que quien calla otorga—. ¿No crees que deberías ir metiendo a los niños en el baño? Son más de las seis y media, y están armando un buen alboroto.

Eran más de las ocho cuando Angie consiguió por fin meter a los niños en la cama. George y Claudia habían salido a cenar hacía tiempo. Sophia, de seis años, y Benedict y Oscar, los gemelos de cuatro años, eran niños encantadores, ricos en juguetes y pobres en cariño y atención por parte de sus padres. George era juez, y nunca estaba en casa, y Claudia era una mujer de negocios que pocas veces abandonaba la oficina antes de las siete.

Tenían una casa espaciosa, bonitamente amueblada, un Porsche y un Range Rover, pero Claudia era tan tacaña, que había ordenado instalar un contador de gas en la habitación de Angie, sobre el garaje. El dormitorio no disponía de calefacción central y, en origen, había sido un trastero, así que hacía un frío helador.

Angie arropó bien a su hijo, tratando de que asomara solo la coronilla de cabellos negros rizados, cuando sonó el timbre de la puerta. Salió al pasillo y corrió escaleras abajo a abrir antes de que el timbre despertara a Sophia, que tenía un sueño muy ligero. Se retiro un mechón de cabello rubio platino del rostro y presionó el intercomunicador.

—¿Quien es?

—¿Angie…?

Angie dio un paso atrás, alarmada. Sedosa, sexy, aquella voz ronca tenía cierto acento griego. Hacía más de dos años que no escuchaba aquella voz, y reconocerlo la llenó de pánico. El timbre volvió a sonar, impaciente.

—¡Por favor, no llames así…, vas a despertar a los niños —exclamó por el intercomunicador.

—Angie… abre la puerta —ordenó Leo.

—No… no puedo… no me está permitido abrir por las noches, cuando estoy sola —musité ella, diciendo la verdad—. No sé qué quieres de mí ni cómo me has encontrado, pero me da igual. ¡Vete de aquí¡

Leo presionó otra vez el timbre con insistencia. Angie, de mal humor, se apresuró al porche. corrió las cortinas, y abrió.

—Gracias —respondió Leo con frialdad.

Atónita ante su sola presencia, Angie abrió la boca. El pulso le latía furiosamente.

—No puedes entrar…

—No seas ridícula —contestó él arqueando una ceja.

Angie miró involuntariamente sus ojos, del color de una noche tormentosa, y se estremeció ante la respuesta de su cuerpo. Era Leo Demetrios en persona: de pie, de lante de la puerta de los Dickson, con su metro noventa de estatura y su aire de sofisticación y devastadora masculinidad. La chaqueta de etiqueta destacaba sus anchos hombros, y los pantalones de confección impecable acentuaban las estrechas caderas y las largas, larguísimas piernas. Cada línea de sus bellos y exquisitos rasgos expresaba confianza en sí mismo, y sus cabellos eran negros, espesos y brillantes. Angie no podía creer que fuera real, que estuviera de verdad delante de ella.

—No puedes entrar —repitió restregándose las manos sudorosas en la pernera de los vaqueros.

—Angie… tengo sed —musitó Sophia medio dormida, desde las escaleras.

Angie se dio la vuelta sobresaltada y corrió al pasillo escasamente iluminado.

—Vuelve a la cama, yo te llevaré un vaso de agua.

Leo entró en el vestíbulo y cerró la puerta. Angie se volvió hacia él y lo miró con ojos suplicantes, pero no dijo nada. No quería desvelar y alertar a la niña de la presencia de un extraño en casa. Se mordió el labio llena de frustración y corrió a la cocina por un vaso de agua, que subió al dormitorio. Claudia y George habían salido a tomar una cena rápida, y podían estar de vuelta en cualquier momento. Se enfadarían si veían que había dejado pasar aun extraño.

Confusa, acostó a Sophia y se apresuró a bajar de nuevo las escaleras. Leo seguía de pie en el vestíbulo. No le hubiera extrañado encontrarlo sentado en uno de los sofás de piel del salón. La gente

extendía alfombras cuando pasaba Leo, jamás lo dejaban de pie en el vestíbulo o delante de la puerta. Su imperio electrónico, de éxito internacional, generaba una enorme riqueza que le confería un poder y una influencia inmensa en el ámbito de los negocios.

—No te retendré mucho tiempo —le informó Leo con una sonrisa.

—¿Que estás haciendo aquí? —preguntó Angie con un susurro, tratando de recobrarse de aquel instante de aturdimiento—. ¿Has venido por mi padre?, ¿está enfermo?

—No, que yo sepa Brown está perfectamente bien—contestó Leo frunciendo el ceño.

Angie se ruborizó. Comprendía perfectamente el desconcierto momentáneo de Leo. Sin duda, el infierno se helaría antes de que Leo Demetrios hiciera de chico de los recados de uno de los sirvientes de su abuelo. Rebelándose momentáneamente contra las rígidas reglas de Claudia, Angie abrió la puerta del salón y lo invitó a pasar.

—Podemos hablar aquí —dijo tensa, tratando de fingir que todo era normal.

Sin embargo, con Jake arriba, durmiendo, y Leo abajo, comportándose como un cortés y frío extraño, era imposible. Quizá Leo tuviera miedo de que ella volviera a echarse en sus brazos, pensó horrorizada. Angie bajó el rostro ruborizado, pero los humillantes recuerdos siguieron acudiendo a su mente como misiles que encontraran fácilmente su objetivo.

Había vivido obsesionada con Leo durante más años de los que deseaba recordar, y no había sido precisamente una de esas adolescentes que se sientan a soñar esperando a que ocurra el milagro. A los diecinueve años, ya había tramado todo un plan para conquistarlo, y había roto todas las reglas con el único objetivo de pescarlo. Había olvidado quién era él y quién ella. Y, finalmente, había conseguido lo que buscaba: Leo se había lanzado sobre ella tan deprisa y con tanta pasión, que la cabeza le había dado vueltas y más vueltas.

El silencio se hizo tenso, Nerviosa. Angie levantó la cabeza y vio a Leo observándola. Estaba atrapada sin remedio, tenía el pulso acelerado, sudaba. Angie se pasó una mano por los largos cabellos que caían en torno a su rostro y se los aparto de la cara. Los ojos de Leo siguieron de cerca aquel movimiento en cascada de cabellos brillantes. Las pestañas negras velaban su mirada penetrante. De nuevo los labios de Leo parecieron endurecerse y ponerse tensos.

—¿Cómo has descubierto dónde vivía? —se apresuró Angie a preguntar al comprender que el silencio se hacía insoportable.

—Mi abuelo me pidió que te buscara…

—¿Wallace? —inquirió ella frunciendo el ceño incrédula.

—He venido únicamente a ofrecerte su invitación—consintió Leo con sencillez—. Wallace quiere que vayas a pasar la Navidad con él.

—¿La Navidad? —repitió Angie confusa.

—Quiere conocer a su bisnieto.

Aquel último y sorprendente anuncio dejó a Angie con la boca abierta. Sus rodillas parecieron fallar, de modo que se sentó en un sillón. ¿Leo sabía que tenía un hijo? Jamás habría supuesto que Wallace Neville quisiera compartir aquel secreto con su nieto.

¿Wallace quería conocer a Jake? Dos años atrás, la había exhortado a deshacerse del bebé. La noticia de que la hija del mayordomo estaba embarazada de uno de sus nietos lo había enfurecido. Aquel caballero flemático al que lo aterrorizaba el escándalo había tratado por todos los medios de facilitarle la huida de Deveraux Court.

—Los viejos sienten que van a morir —explicó Leo con una mirada indescifrable, fija sobre ella—. Y, francamente, de lo que se muere es de curiosidad. Es evidente que

si te humillas agradecida ante él eso redundará en tu propio provecho

—¿Humillarme? —repitió Angie airada.

—Conozco el trato que hiciste con Wallace, Angie. Conozco toda la historia —alegó Leo severo.

—No sé de qué estás hablando —contestó Angie incrédula, tensa.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando —contraatacó Leo—. Los robos, Angie —se apresuró Leo a recordarle—, Wallace te pilló con las manos en la masa, confesaste.

Angie levantó la vista. La angustia y el resentimiento eran evidentes en la expresión de su rostro,

—¡Me prometió que jamás se lo diría a nadie!

Angie deseaba morirse allí mismo. Wallace le había prometido mantenerlo en secreto y, más que nada. Angie deseaba ocultárselo a Leo. No podía soportar la idea de que él pensara que era una ladrona, que había robado pequeños objetos de arte de Deveraux Court donde vivían y trabajaban su padre y su madrastra

—Después de tu partida, no volvió a desaparecer nada, y eso resulta bastante significativo. Wallace tenía pocas esperanzas de mantener en secreto la identidad del culpable.

—Así que entonces mi padre debe saberlo también—musitó ella mortificada.

—Yo jamás he hablado de ese tema con él —replicó Leo tenso.

Jamás había sufrido humillación más amarga en su vida. Angie bajó los ojos y observó los zapatos italianos de piel de Leo. Odiaba a Leo por creer y aceptar sin más que ella era una ladrona. ¿Era ésa la razón por la que se había referido a Jake como si el niño no tuviera nada que ver con él?. ¿Tan ofensiva le resultaba su falta de honestidad, que se sentía incapaz de reconocerla como a la madre de su hijo?, se preguntó Angie rabiosa. Wallace quería conocer a su bisnieto. ¿Acaso él no tenía el menor interés de conocer al niño? Angie era incapaz de pensar con claridad, nada de lo que oía tenía el menor sentido para ella.

—Quiero que te marches —contestó Angie temblorosa—. No te he pedido que vengas.

—Esa respuesta es completamente irracional, estoy convencido de que pronto cambiarás de opinión —aseguró Leo—. Wallace habría llamado a la policía de no haberle contado que estabas embarazada. Tuviste suerte de escapar sin una condena judicial. Esos robos tuvieron lugar durante un largo período de tiempo, no fueron el resultado de una tentación repentina.

Angie cerró los ojos brevemente. Cuando, en el calor del momento, había confesado una culpa que no había cometido, lo había hecho creyendo así proteger a alguien a quien amaba y pensando que, en todo caso, no tenía ya nada que perder. Después de todo, había perdido a Leo y había aceptado abandonar Deveraux Court antes de que su estado se hiciera patente. Tras el rechazo de Leo, se había sentido desolada, y era excesivamente orgullosa como para presentarse ante él y contarle cuáles eran las consecuencias de su fin de semana de pasión.

—Wallace está dispuesto a olvidar el pasado por el bien de tu hijo —continuó Leo.

—Mi hijo tiene un nombre…, se llama Jake —contestó Angie.

—Sería una estupidez, en tu posición, hacer caso omiso de la oferta de paz. Estoy convencido de que Wallace está dispuesto a mantenerte.

—No quiero nada de ninguno de vosotros —contestó Angie profundamente ruborizada y disgustada, levantando la vista—. Pero me gustaría saber por qué Wallace cree de pronto que es su deber ofrecerme dinero.

—Es obvio que se debe a que su nieto, Drew, ha dejado de lado su deber de manteneros al niño y a ti —contestó Leo con ojos duros como diamantes, sosteniendo la mirada de Angie en una franca y dura colisión.

Angie se quedó helada. ¿Por qué iba a ser deber de Drew

mantenerlos a ella y a Jake? De pronto comprendió, pero todo aquello no logró sino confundirla aún más. Era evidente que Leo creía que Drew, su primo, era el padre de Jake, pero, ¿por qué?

Angie estaba encendida de ira. Saber de dónde se había sacado Leo esa idea era lo de menos. Estaba demasiado enfadada por la opinión que Leo debía de tener sobre su moral. De modo que Leo la veía como una ladrona y una buscona. Al fin y al cabo, solo una joven promiscua habría mantenido relaciones íntimas con los dos nietos de Wallace en cuestión de tres meses. Leo parecía feliz de creer que ella se había acostado con su primo inmediatamente después de acostarse con él, y más contento aún de pensar que el niño era de su primo.

—Angie. no he venido aquí a discutir contigo ni a hablar de temas personales que, francamente, no tienen ninguna relación conmigo —explicó Leo en tono de reproche—. Te he traído la invitación de Wallace, peto no tengo tiempo para altercados… Tengo una cita, y llego tarde.

Por una décima de segundo, Angie sintió como si la hubiera acuchillado. ¿Una cita? ¿De modo que el apenado viudo había vuelto por fin a la circulación? ¡Bravo por él ¡ Y, por supuesto, los sórdidos problemas persona de Angie no tenían ningún interés para él. En realidad, para un hombre como Leo; sincero, inteligente y apasionado solo en la cama, escapar del escándalo de verse relacionado con una ladrona era algo de lo que se podía felicitar.

—Angie…

Angie se volvió. Estaba pálida. Sentía la necesidad de aplastar a Leo, de castigarlo por su deliberado distanciamiento de ella, de hacerle daño, de herirlo por fingir que entre ellos no había habido jamás nada más que una intrascendente amistad.

Los rasgos de Leo, duros y oscuros, parecían impacientes. El insistió:

—Wallace te espera el jueves. Supongo que puedo decirle que aceptas su invitación…

Angie apartó los ojos de Leo. Sentía un torbellino de emociones en su interior, pero la más fuerte era la ira.

—Debes de estar de broma —sonrió amargamente—. No tengo ningún deseo de pasar las navidades con tu abuelo, y estoy segura de que él tiene menos ganas aún de pasarlas conmigo.

—Pensé que te tentaría la idea de hacer las paces con tu propia familia.

Una risa irónica resonó en la habitación. ¿Hacer las paces? Leo no sabía de qué estaba hablando. Jamás había tenido con su padre más que

una relación tensa y difícil. Soltera y con un hijo, y etiquetada de ladrona, ¿qué bien venida imaginaba Leo que le iban a dar?

—Me marché de Deveraux Court… sabiendo que no volvería jamás. No me dio pena, y no quiero volver ni de visita. Esa fase de mi vida terminó para siempre.

Los ojos negros de Leo, directos y desinhibidos, se fijaron en ella examinando su perfil.

—Supongo que he tenido muy poco tacto mencionando esos robos.

—Jamás esperaría ningún tacto ni consideración por tu parte —alegó Angie conteniendo las lágrimas, decidida a no desmoronarse delante de él—. Pero me niego a que me manejen. Estás loco si has creído que voy a presentarme ante tu abuelo con el sombrero en la mano, como pidiéndole caridad. Yo sola me las arreglo muy bien.

—Trabajas de sirvienta., siempre juraste que no trabajarías de sirvienta.

Angie vaciló, apretó los puños. Sirvienta. Pero no de Leo que, desde la cuna, se había visto rodeado de criados sin rostro que lo habían servido bajo la democrática e igualitaria etiqueta de «personal doméstico». Angie giró la cabeza bruscamente, ruborizada y tentada de abofetearlo.

—¡Dios…! ¡Solo el más entupido y egoísta de los orgullos podría obligarte a rechazar tan magnánima invitación! Wallace puede hacer mucho por tú hijo. Piensa en el niño. ¿Por qué tiene que sufrir él por tus errores? —exigió saber Leo—. Tu deber, como madre, es tener en cuenta su futuro.

Una ola de dolor e ira embargó a Angie, que se vol vió hacia él con ojos azules brillantes como zafiros.

—¿Y qué hay del deber de su padre?

La boca sensual y generosa de Leo se torció en una mueca antes de responder:

—Cuando te acuestas con una persona tan irresponsable y egoísta como Drew, debes saber que, si algo sale mal, estás sola.

Leo estaba enfadado, comprendió Angie de pronto. La tensión era patente en sus rasgos, en la fría condena que reflejaba su brillante mirada. Angie reconoció aquella mirada, comprendió que Leo no era tan indiferente como quería aparentar. Fingía que no le había importado que se hubiera acostado con su primo inmediatamente después de hacerlo con él. Una amarga felicidad la invadió. Leo no la deseaba pero, según parecía, tampoco deseaba que otro hombre la deseara.

—Lo creas o no, yo creí, en ese momento, que el padre de Jake era

fuerte como una roca —explicó Angie—. Estaba enamorada de él. Creía que jamás me dejaría en

la estacada.

—Tenías solo diecinueve años… ¿qué podías saber de los hombres y de sus motivaciones? —respondió Leo con impaciencia, mirando el reloj y caminando hacia la puerta—. Tengo que marcharme.

La brusquedad de su marcha sorprendió a Angie, que se apresuró a seguirlo hasta el porche. Al abrir la puerta él la escrutó abiertamente, sin previo aviso, y Angie sintió que el tiempo volvía peligrosamente atrás haciéndole recordar intimidades del pasado. Leo…, respondiendo con una asombrosa y primaria pasión a sus flirteos, tumbándola en la hierba, junto al lago, presionando los labios contra los de ella con una voracidad explosiva. Angie se sintió cohibida, violenta y ruborizada.

Las mejillas de Leo parecieron oscurecerse resaltando los pómulos. Un brillo divertido e irónico se reflejaba en sus ojos. Leo levantó una mano y dejó que su dedo moreno acariciara suavemente la trémula línea de sus aterciopelados y generosos labios, provocando en ella una cadena de sensaciones estremecedoras, dejándola clavada en su sitio, inmóvil.

—Qué desperdicio que te dediques al servicio doméstico, Angie —comento dándose la vuelta e internándose en la noche antes de que ella pudiera reaccionar—. Piensa en lo que te he dicho, Wallace está ansioso por conocer a ese niño…, te llamaré mañana para que me des tu respuesta.

—No, no me llames, no serviría de nada. Estoy decidida, no tengo nada que considerar —contesto Angie tensa—. De todos modos, no tendría tiempo. Los Dickson tienen mucha vida social, y la casa siempre está llena de invitados en Navidad.

—¿Será posible que de verdad hayas cambiado tanto?—murmuro Leo—. Pensé que estarías deseando salir de esta casa, que te marcharías sin mirar atrás, igual que te marchaste de la casa de mi abuelo.

Angie se enfadó. Naturalmente, Leo había supuesto que la perspectiva del dinero la decidiría rápidamente a aceptar la invitación, pero se equivocaba. ¿Se equivocaría ella también con respecto a él? Jamás le había dicho a Leo que Jake era hijo suyo, en una ocasión, en mitad de una disputa, había estado a punto, pero al final había guardado silencio. ¿Por qué? En lo más hondo de su alma, la mortificaba recordar que, aquella noche, le había dicho a Leo que podían hacer el amor con toda seguridad. Había mentido, y lo había hecho, con plena conciencia, a propósito, con conocimiento de causa.

Angie lo observó caminar a grandes zancadas hacia el Ferrari negro.

Estaba helada en el umbral de la puerta, temblando. Tras la tensión del encuentro, su cuerpo comenzaba a reaccionar. De pronto, se encendió una luz. Angie oyó detenerse el Rover de George. Claudia salió del coche de un salto.

—¿Que demonios está ocurriendo aquí? —exigió saber echando una mirada inquisitiva hacia Leo, de pie entre las sombras, sin dejar de dirigir su ira contra Angie mientras caminaba en su dirección.

—Vine a traerle un mensaje a Angie —contestó Leo fríamente.

—¿Dejas que un extraño entre en mi casa cuando mis hijos están durmiendo en la planta de arriba? —preguntó Claudia con un ataque de ira.

—Cariño…, —intervino su marido—… no creo que debas calificar al señor Demetrios de extraño.

—Mi padre trabaja para Leo —contestó Angie tratando de ser breve —, Lo conozco desde hace años.

Claudia se detuvo y miró a su marido, esperando que le dijera qué hacer, George estrechó la mano de Leo, Consciente de que había hecho el ridículo, Claudia le lanzó a Angie una mirada llena de reproches.

—Hablaremos de esto en privado.

—Si no te importa, ahora me voy a la cama —contestó Angie con calma—. No quería que Leo tocara el timbre, así que tuve que dejarlo entrar

Angie subió las escaleras, consciente de que no podría evitar otra regañina de Claudia, pero demasiado nerviosa por la visita de Leo como para preocuparse. La había hecho sentirse airada, enfadada, extraña, hipersensible…

Seguramente se debía a que había sentido vergüenza al recordar cosas que ninguna mujer, con una pizca de orgullo, habría deseado recordar, Eso era todo, se repetía en silencio.

Decidida a conformarse con aquella explicación. Angie se metió en la cama luchando contra el deseo de lo tomar en brazos a su hijo y apretarlo contra sí para reconfortarse, Habría sido un gesto egoísta, y ella no era una madre egoísta… ¿o sí?

Soportaba a una jefa que hubiera podido acabar con la paciencia de un santo, y todo para que Jake pudiera comer bien, vivir en una casa cómoda y jugar en un espacioso jardín con muchos juguetes No tenía nada suyo, hasta la ropa que llevaba su hijo había pertenecido a los gemelos. Pero Jake era demasiado pequeño como para darse cuenta. Aquel año, no obstante, Angie quería ofrecerle unas verdaderas navidades. Esa era la razón por la que había pedido un aumento. No

obstante, el recuerdo de ese suceso apenas podía captar su atención en ese momento.

Le resultaba casi imposible de creer que Wallace Neville quisiera invitar a la hija de su mayordomo a su mansión. ¿Pensaría instalarla en la casa principal, o esperaría que se instalara en las húmedas y lóbregas dependencias de la planta baja de su padre y madrastra? Y, si el abuelo de Leo le ofrecía ayuda económica, ¿sería ella tan débil como para aceptarla?

Incómoda ante la idea, Angie dio vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormir. La cuestión, de todos modos, era irrelevante. Claudia montaría una escena si ella le pedía unos días de vacaciones en Navidad. Y, mientras Jake no tuviera edad para ir a la guardería, los Dickson podían estar tranquilos.

A pesar de todo, Angie siguió despierta recordando la primera vez que vio a Leo, a los trece años. Cada Navidad y cada verano Leo había ido a visitar a su abuelo, y aunque su inglés era perfecto, seguía siendo, esencialmente, griego. Su padre había sido un rico magnate griego que se había casado con la hija de Wallace. Exótico, fascinante, y extravagantemente guapo. Leo se convirtió, como era natural, en el objetivo del primer flechazo amoroso de Angie. Él, en cambio, con ocho años más que ella, jamás había reparado en su existencia.

El verano en el que Angie tenía catorce años Leo llevó a su novia a casa de su abuelo. Aquella novia tenía una risita sofocada de lo más irritante. Angie, profundamente divertida, observaba a Leo hacer una mueca cada vez que ella reía. Pero al año siguiente aquella risa desapareció. Petrina Phillipides, una perfecta muñeca de porcelana, una rica griega de sedosos cabellos negros, llegó al verano siguiente a visitar a Leo acompañada de una vieja niñera que hacía las veces de carabina. Y Angie observó incrédula cómo Leo se enamoraba de ella, ¿Cómo no se daba cuenta Leo de que Petrina era una niña mimada, una engreída sin cerebro?

No, Leo había estado ciego, y al verano siguiente Petrina tuvo aún más motivos para mostrar su vanidad. Llevaba el anillo de compromiso de Leo. Angie estaba horrorizada, pero ni siquiera entonces se dio por vencida. Después de todo, muchos compromisos se rompían antes de llegar al altar, razonó ilusoriamente.

Sin embargo, cuando Wallace salió de viaje para asistir a la boda de Leo Angie se mostró inconsolable. Para entonces tenía ya diecisiete años, y comenzaba a estar harta de languidecer por un hombre que siempre había estado fuera de su alcance y que, finalmente, se había

convertido en el marido de otra mujer. Angie comenzó entonces a salir con chicos. Su figura elegante y esbelta, sus rasgos agradables y su melena rubia no dejaron de procurarle admiradores.

A las navidades siguientes Petrina estaba ya embarazada. Pocos meses después, se convirtió en la insensible madre de una niña preciosa. Leo adoraba a su hija. Angie sintió su corazón palpitar al ver a Leo prodigar amor a Jenny, su hija. Petrina, en cambio, se mostraba indiferente y petulante, y dejaba a la niña al cuidado de la niñera en cuanto la decencia se lo permitía. Estaba visiblemente molesta porque fuera su hija, y no ella, el centro de atención de todas las miradas. Angie, mientras tanto, no deja ba de preguntarse por qué Leo no habría esperado a que ella creciera.

Pero aquel mismo año la tragedia se cebo en la familia de Leo. No se celebró la Navidad en Deveraux Court.

Leo permaneció en Grecia. Su mujer y su hija habían muerto en un accidente de tráfico. Al verano siguiente, sin embargo, Leo volvió, solo y melancólico, instalándose en el Folly, junto al lago, y rehuyendo toda compañía.

Y Angie, haciendo gala de su total y completa estupidez, decidió que había llegado el momento de aprovechar la oportunidad, que tenía que ser entonces, antes de que Leo volviera a Grecia y se enamorara locamente de alguna otra mujer, o nunca.

—Ahora que sé quién es Leo Demetrios —comenté Claudia la tarde siguiente, de buen humor—, comprendo que no pudieras dejar a un hombre tan importante en la puerta. Pero él es la única excepción, Angie. No vuelvas a abrir la puerta nunca más mientras estamos fuera.

El dinero lo era todo, reflexioné Angie. Claudia había llamado por teléfono a todas sus amigas contándoles cosas como: «No puedes ni imaginarte quién estuvo anoche en mi casa… era el hombre más encantador… debe tener millones… Sí, el padre de nuestra niñera trabaja para él… tengo la sensación de que los griegos no son tan clasistas como nosotros…»

Angie cerró de golpe la puerta del lavavajillas reflexionando sobre las estúpidas palabras de su jefa. Claudia no podía ni imaginarse lo clasistas que eran los griegos. Cuando, al despertar de su estado de embriaguez, Leo se había dado cuenta de que estaba en la cama con la hija del mayordomo, se había levantado más veloz que el rayo. Ni siquiera entonces, sin embargo, se había sentido Angie preparada para el

rotundo rechazo que acabaría con aquel breve episodio de intimidad y que la dejaría sin esperanza… ni orgullo.

El timbre de la puerta sonó. Angie se encaminó hacia el vestíbulo y se detuvo en seco delante del porche. Por la ventana lateral podía ver la gorra del chofer de una impresionante limusina. Contuvo el aliento y abrió. Leo, tremendamente atractivo y elegante con un traje gris, camisa de seda blanca y corbata azul, la miraba. Estaba guapísimo. El corazón de Angie palpitó. Una intensa y excitante emoción la paralizó.

—No esperaba que volvieras —susurré ella.

Leo esbozó una efímera sonrisa y desvió la vista por encima de su hombro.

—¿Señora Dickson?

—Llámame Claudia, por favor…

Leo pasó por delante de Angie como si fuera invisible y estrechó la mano que Claudia le tendía.

—¿Leo…? —musité Angie confusa.

—He venido a hablar con tu jefa, Angie. Si nos disculpas…

—Vamos al salón —intervino Claudia sonriendo satis fecha—. Prepara café, Angie.

Molesta e incrédula ante aquella respuesta, Angie se dirigió a la cocina a preparar café. Luego, volvió al salón.

—Lo lamento mucho, pero me temo que no podemos prescindir de ella ahora mismo. Vamos a tener invitados en navidades y… —estaba diciendo Claudia.

Angie abrió la puerta, que estaba entornada, y se quedo de pie en el umbral, furiosa al comprender que la habían excluido de una discusión que la concernía directamente. ¿Cómo se atrevía Leo a hacer algo así?

—¿Cuando tuvo Angie sus últimas vacaciones? —preguntó entonces Leo, de pie junto a la chimenea.

—Eh… pues… —tartamudeé Claudia, que no estaba preparada para esa pregunta.

—En realidad, Angie no ha tenido nunca vacaciones en esta casa, ¿verdad, señora Dickson? —continué Leo con un brillo de ironía en los ojos.

—¿De dónde demonios se ha sacado esa idea? —contraatacó Claudia irritada.

—Leo… —comenzó a decir Angie en voz baja.

—Las condiciones de trabajo de Angie son vergonzosas, son la comidilla del vecindario —continúo Leo serio—. En realidad decir que es una esclava en esta casa es incluso generoso.

—¿Cómo… cómo dice? —preguntó Claudia sorprendida.

—¡Leo por el amor de Dios! —intervino Angla horrorizada.

Pero Leo, sin embargo, ni siquiera la miró.

—Se ha aprovechado de que era una adolescente, de que estaba embarazada. Lleva más de dos años trabajando sin cesar, trabaja más de ocho horas diarias, y a cambio le paga una miseria. Hay que ser responsable con los empleados, es un deber, y usted lo ha olvidado. Y no eres ni pobre ni tonta, así que no hay circunstancias atenuantes que puedan justificar tu falta de escrúpulos — acabó, tuteándola

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? Fuera de mi casa —exclamó Claudia roja de ira.

—Ve a hacer tu maleta, Angie —murmuró Leo sin parpadear, comenzando a esbozar una sonrisa—, Te espero en el coche.

—Yo no voy a ninguna parte… —comenzó a decir Angie.

—Así que soy la comidilla del vecindario, ¿eh? —comento Claudia mirando a Angie con una expresión acusadora —. ¡Cuando pienso en todo lo que hemos hecho por ti!

—No has hecho nada por ella excepto utilizarla en fu propio beneficio —intervino Leo irónico.

—¡Estas despedida! Quiero que ese niño y tú salgáis de esta casa ahora mismo! —gritó Claudia.

Capitulo 2

Angie sacó la pesada maleta por la puerta mientras Claudia seguía gritando detrás de ella. Un hombre de uniforme la esperaba listo para ayudarla. La puerta de la casa se cerró de golpe tras ella. Angie se apresuró al jardín de atrás a recoger a Jake. en donde había permanecido mientras hacía la maleta. Poco tiempo le había llevado hacerla, con Claudia de pie, soltando gritos. La señora Dickson se había negado a que se llevara la ropa de Jake argumentando que no se la había regalado, sino prestado. Y lo mismo había ocurrido con los juguetes. Angie tomó a su hijo en brazos y lo estrechó. El niño la miró confuso, con los ojos muy abiertos.

—Jake… mataré a Leo por esto… ¡te lo juro!

El chofer le abrió la puerta de la limusina. Angie entró, tensa, y levantó la vista. Leo miraba fijamente al niño sentado sobre su regazo.

—Es muy… moreno —comentó Leo tras un momento de vacilación. Angie, sobresaltada, bajó la cabeza y sentó al niño en el asiento, ocupándose de abrocharle el cinturón—. Pensé que sería rubio… —continuó Leo sin apartar los ojos de Jake.

El niño levantó la vista mostrando sus ojos castaños, su pelo negro rizado y su piel aceitunada. Angie, horrorizada, se apresuró a explicar:

—Es que ha salido a mi madre…, era muy morena. Ocurre a veces…, es cosa de los genes, ya sabes.

—Yo no conocí a tu madre.

Angie se alegró. Su madre había sido tan rubia como ella. Había vivido en Deveraux Court solo unos meses, hasta el divorcio de su marido. En aquel entonces, estaba embarazada de Angie, pero a pesar de todo había preferido marcharse sola a quedarse con un marido al que, poco a poco, había aprendido a despreciar debido a su falta de ambición.

Angie respiró hondo. Aquello, sin embargó, no calmó sus nervios, a punto de estallar. Miró a su hijo y se prometió no levantar la voz ni hacer nada que pudiera alterarlo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —preguntó con teniendo la ira con gran esfuerzo.

—Creo que empiezo a darme cuenta —confesó Leo—. No puedo llevarte a Deveraux Court hasta el jueves, Wallace tiene invitados. No sería apropiado que llegaras mientras están allí.

Angie, temblorosa echó la cabeza atrás. Sus ojos brillaban acusadores.

—Le has robado a mi hijo su hogar y el único lugar seguro que tenía para vivir…

—Deberías darme las gracias —alegó él con ojos desafiantes.

—¿Darte las gracias? —repitió Angie tartamudeando incrédula.

—¿Como has podido vivir en esa casa, esclavizada, con esa arpía? ¿Dónde está tu indomable espíritu, dónde tu sentido común? ¿Es que no comprendes que jamás debiste aceptar esas condiciones de trabajo durante tanto tiempo?

Angie, roja de ira, respiró hondo tratando de contenerse.

—Lo acepté por el bien de mi hijo. Con ese trabajo podía estar con él todo el día… y él disfrutaba de muchas ventajas que yo jamás habría podido ofrecerle.

—He tratado de dialogar cortésmente con esa mujer, le he pedido algo razonable —aseguró Leo declinando toda responsabilidad.

—Has interferido en un asunto que no era de tu incumbencia, le has dado a Claudia solo dos minutos para recapacitar y acceder a tu demanda, y después has pasado a la ofensiva. Te dije que no estaba dispuesta de ningún modo a ir a Deveraux Court —le recordó Angie elevando la voz—. Pero tú no escuchas, claro, y ahora estoy sin casa y sin trabajo por tu culpa.

—Deja ya de hacer teatro, Angie —contestó Leo con una mirada reprobadora—. Por supuesto, asumo toda la responsabilidad hasta el momento en que Wallace me releve. El jueves irás a Deveraux Court, y te humillarás ante Wallace. No me importa si quieres o no, es el precio de tu readmisión, y tendrás que pagarlo —continuó Leo convencido—. Hoy te he hecho un favor.

—¿Un favor? —repitió Angie tragando—. En este instante, y gracias a ti, mi hijo tiene solo la ropa que lleva puesta, y en cuanto a los juguetes…

—Waff —dijo Jake abriendo la boca por primera vez, expectante—. Quiero a Waff…

—Waff se ha quedado en casa, cariño —contestó su madre—. No ha podido venir con nosotros.

Jake hizo una mueca de enfado tan increíblemente parecida a las que esbozaba Leo que por un segundo Angie no pudo creer que él no hubiera adivinado la verdad nada más verlo.

—Quiero a Waff… a Waff le gusta ir en coche.

Angie tragó y dirigió una mirada acusadora a Leo.

—Quizá quieras explicarle tú que el juguete con el que lleva toda la vida durmiendo ya no es suyo.

—¿De qué estás hablando? Ah… quieres decir que, con las prisas, te has olvidado de recogerlo. ¿es eso?

—No, no es eso. La ropa y los juguetes eran de los hijos de Claudia, pero no me ha dejado llevarme nada…, no es de extrañar, después del modo en que la has insultado. Como no podía desquitarse contigo, se ha desquitado con Jake.

—¿La ropa y los…, juguetes? —repitió Leo incrédulo.

Angie asintió.

—Juguetes…, quiero a Waff.

—Pues entonces compraremos juguetes… compraremos otro Waff —contestó Leo impaciente — ¡Jamás habría creído que ninguna mujer pudiera ser tan rencorosa!

—No puedes comprar ningún Waff, a ningún precio—le informó Angie en tono de reproche—. Es una jirafa rosa que le hizo la madre de Claudia a Sophia.

—Bueno, le comprará una jirafa —contestó Leo sin dejarse impresionar.

—No vas a engañarlo, Leo —aseguró Angie ladeando despacio la cabeza y preguntándose por qué se preocupaba tanto por un m juguete cuando ni siquiera sabía dónde dormirían esa noche—. ¿A dónde nos llevas?

—A mi casa de la ciudad, ¿a dónde si no?

—¡Yo a tu casa no voy! —exclamó Angie horrorizada.

—A casa… con Waff—dijo Jake encantado.

—Está obsesionado —exclamo Leo en tono de reproche.

—¡Es solo un niño! —replicó Angie a la defensiva—. ¿Cómo has podido hacernos esto?

—Ha sido muy sencillo solo he hecho lo conecto…

—¿Lo correcto?

—Para bien o para mal, tu hijo es un Neville, es parte de la familia —afirmó leo—. No debería sufrir las consecuencias de los errores de sus padres.

—Yo no he cometido ningún error como madre.

—Sugiero que dejemos esta conversación para cuando estemos solos.

—No quiero ir a tu casa —repitió Angie apretando los dientes.

—Pues no voy a reservarte una habitación en un hotel. Puede que seas lo suficientemente tonta como para volver a desaparecer, y ya he perdido bastante tiempo buscándote…

—Creía que había sido Wallace quien me…

—Mi abuelo tiene más de ochenta años —le recordó Leo secamente —. Yo contraté a la agencia de detectives y traté con ellos, y te aseguro que no fue fácil dar contigo.

—Es que no quería que nadie me encontrara —susurró Angie.

Hubo un silencio. Angie observó el tráfico por la ventanilla durante un minuto o dos, pero lentamente volvió la vista hacia Leo. Sus rasgos, relajados y en calma, parecían burlarse de ella justamente por su indolencia. Sin embargo no había nada de indolente en Leo. Una pasión, una enorme energía interna lo movía por no mencionar su orgullo. Aún sin aquel cuerpo espectacular. Leo hubiera llamado la atención a donde quiera que hubiera ido. Las mujeres lo miraban hechizadas por su intenso atractivo sexual.

Leo volvió la cabeza y sostuvo su mirada mientras ella se ruborizaba. Angie se puso tensa.

—Tenía miedo de que hubieras acabado en las calles—confesó él con sinceridad, en medio del silencio. Angie abrió los ojos enormemente —. Bueno, es lógico. Tenías poco dinero, no podía durarte mucho en una ciudad tan cara como esta. Imaginé que habrías tenido que depender de tu cuerpo para sobrevivir.

—Pues no, no estaba tan desesperada —contestó Angie apretando los puños, con voz temblorosa—. Me las arreglé sin tener que vender mi cuerpo.

—Espero que te haya servido de lección. Drew estaba hechizado por ti, pero siempre planeo casarse con una mujer de dinero. Solo una mujer rica podría ofrecerle el tren de vida que mi primo se cree en el derecho de disfrutar —añadió Leo con un gesto de desprecio.

—No quiero hablar de Drew. —aseguró Angie ciega de odio—. Me basta por ahora con tratar de asimilar el desastre que has causado en nuestras vidas

Leo sonrió débilmente y contestó:

—Pronto me estarás agradecida.

—¡Jamás! ¡No puedes jugar así con las vidas de los demás ¡

Sin dinero, sin casa, sin trabajo, Leo había acabado con todo lo que tenía. Había hecho algo imperdonable…, la había puesto en una situación tal que se veía obligada a depender de su generosidad. Un desastre para su orgullo. Sin embargo, con un niño a su cargo, no podía marcharse enfadada porque, ¿a dónde ir?

El coche se detuvo delante de una casa impresionante, en un barrio elegante. Angie salió y se inclinó para recoger a Jake, pero este salió del vehículo por su cuenta, rehusando su ayuda. Conforme crecía, se mostraba cada vez más independiente. Una mujer mayor les abrió la puerta antes incluso de que llegaran. Inclinó la cabeza y se fijo en Jake.

—Esta es mi ama de llaves, Epifania. Ella cuidará del niño —informó Leo.

—El niño —repitió Angie jurándose a sí misma que gritaría si Leo volvía a llamarlo así—. Yo lo cuidaré,

—Epifania me cuidó a mí —añadió Leo—. Te aseguro que es perfectamente capaz de manejar a un niño.

La niñera de Leo. Aquel, definitivamente, no era su día. Aquella mujer griega notaría perfectamente el parecido, sobre todo si había criado a Leo. Sin embargo. ¿cuántas probabilidades había de que Epifania se arriesgara a provocar la ira de su amo haciendo un comentario sobre su paternidad? Su secreto estaba a salvo, se dijo Angie.

Después de todo, no tenía ninguna intención de decirle a Leo que era el padre de su hijo, ¿para qué? Solo serviría para descubrir su mentira, para sacar de él un provecho que jamás había pretendido. No habría sido justo, reflexionó. Ella había asumido deliberadamente el riesgo de quedarse embarazada. En realidad, por mucho que le costara admitirlo, aquel fin de semana había deseado quedarse embarazada.

Más que cualquier otra cosa en el mundo, Angie deseaba darle a Leo un hijo. Un hijo que pudiera sustituir a su hijita perdida. Y, sencillamente, se había lanzado a ello sin pensar… ¿o sí lo había pensado? ¿No había creído, en el fondo, que Leo seria incapaz de abandonar a la madre de su hijo? Angie tenía miedo de lo que Leo pudiera pensar si le confesaba que el niño era suyo, tenía miedo de que creyera que su conducta había estado perfectamente calculada.

Había sido una imprudente, pero solo había comprendido hasta qué punto, en el instante en que Leo la rechazó. En aquel entonces, ella estaba locamente enamorada de él, era muy inmadura. Pero leo jamás la comprendería ni la perdonaría. Pensaría que había mentido solo para pescarlo, por su dinero. Además sobre ella recaía la culpabilidad de los robos. Eso hacía imposible que Leo pudiera creer ninguna otra cosa.

Jamás admitiría que ella hubiera podido tener buenas intenciones al querer quedarse embarazada.

Leo terminó de impartir órdenes a Epifania, que tenía a Jake en brazos, y abrió la puerta.

—Ahora podremos hablar, Angie —murmuró.

Aquellas palabras sonaron a amenaza. Angie lo siguió hasta la biblioteca y, al verse reflejada en un espejo, hizo una mueca. Tenía el pelo revuelto, y no llevaba maquillaje. Había aprendido a prescindir de él, por ahorrar. Llevaba un suéter negro y unos vaqueros, todo comprado en una tienda de segunda mano.

Su aspecto era pobre y desarreglado. Estaba de pie en medio de una habitación decorada con lujo. Angie se me tió las manos en los bolsillos y levantó la vista.

Leo se apoyó distraídamente sobre una mesa de caoba observándola sin ninguna inhibición. Aquello la pillaba por sorpresa, aquella mirada era como una caricia. Angie se puso tensa, se ruborizó. De pronto, estaba sin aliento tenía la boca seca y el corazón le latía a toda velocidad.

Leo se enderezó lentamente y comenzó a caminar con paso seguro hacia ella, en silencio, como un depredador se acerca a su presa. Angie tragó saliva convulsivamente, abrió los labios tratando de romper el hechizo. Leo se detuvo a dos pasos de ella.

—Por fin solo —dijo Leo con una intensa satisfacción. Angie parpadeé perpleja. El corazón le latía tan aprisa, que temía que le fallara —. Cuéntame… —continuó Leo con voz profunda e intensamente sexy, provocándole un estremecimiento.

—¿Que te cuente…, qué?

Angie sintió pánico ante la reacción de su propio cuerpo y dio un paso atrás, pero Leo, sencillamente volvió a acortar distancias poniéndola contra la librería,

—Solo quiero que me respondas sinceramente a una pregunta muy sencilla. He esperado mucho tiempo para hacértela ¿Me utilizaste como anzuelo para pescar a Drew o…o acabaste en la cama de él rebotada de la mía?

Un profundo shock paralizó a Angie al ver resucitado el pasado. O, más bien, la versión de Leo del pasado. Angie se lamió los labios nerviosamente La mirada de Leo se centro en ese detalle.

—¡Ninguna de as dos!

—No, no, tiene que ser una de las dos posibilidades, A menos que creas que una chica de diecinueve años no tiene moral, cosa a la que me

niego —contestó Leo con cinismo —. ¡Te estoy concediendo el beneficio de la duda, admito que sentías algo por alguno de los dos!

Angie parpadeo y se ruborizó. La ira iluminaba sus ojos azules.

—No tienes ningún derecho a preguntar.

—Dos hombres., y una mujer hermosa, muy hermosa—continuó Leo regodeándose en las palabras —. Es la receta perfecta para el desastre cuando la mujer es impulsiva, apasionada y rebelde como tú.

—No sé por qué me hablas de esto, no me gusta.

—No vas a detenerme, porque necesito saberlo —aseguro Leo posando los ojos negros sobre ella—. Drew siempre te deseo… pero jamás te deseo tanto como cuando pensó que eras mía.

Angie volvió la cabeza. Le inquietaba su insistencia y su perspicacia. Leo no estaba diciendo nada que ella no supiera pero, por irónico que pareciera, jamás se había sentido atraída hacia Drew. Comparado con Leo, su primo era como el oropel frente al oro, siempre a su sombra. No obstante, la atención que Drew le había prestado tras el rechazo de Leo había sido como un bálsamo para su orgullo.

Angie había salido con Drew y con sus amigos durante una temporada. Había ido con ellos a fiestas y discotecas a pesar de las advertencias de su padre. ¿Era esa la razón por la que Leo creía que Drew era el padre de su hijo?, se preguntó Angie. ¿O acaso ella se había comportado de un modo tan raro cuando Wallace la pillo con el retrato en miniatura, que el anciano la había malinterpretado?

Unos dedos largos y morenos atraparon un mechón de sus cabellos rubio platino y lo apartaron de su rostro.

—Angie…

Sus ojos se volvieron hacia Leo, que estaba de pronto tan cerca que podía oler su fragancia. Un estremecimiento la recorrió. Su mirada colisiono con los ojos negros y profundos de él.

—Basta ya —susurro ella.

—¿Basta ya?, ¿de qué?, ¿de juegos? ¿Y por qué? Jugamos mucho aquel verano —Angie sintió que se ponía pálida—. Dios mío…, por supuesto, lo sabía —añadió Leo secamente—. Igual que Artemisa, eres la diosa de la caza y la persecución. Hubiera necesitado ser mucho más fuerte para resistirme a l tentación que suponías.

Angie hubiera deseado que se la tragara la tierra, pero tuvo que conformarse con presionar la espalda contra la librería.

—Será mejor que vaya a ver cómo está Jake.

—No tan deprisa —contestó Leo en un murmullo despectivo, agarrándola de la muñeca y manteniéndola inexorablemente junto a él

—. Aún no has respondido a mi pregunta.

—Queda una posibilidad que, según parece, no se te ha ocurrido…

—¿Y cuál es?

—Que, quizá, al final, no pudiera distinguir entre Drew y tú — explicó Angie tratando deliberadamente de insultarlo.

Los rasgos de Leo enrojecieron de ira de repente, sus bellas facciones dejaron de expresar burla. Leo se inclinó hacia ella de improviso poniendo ambas manos a los lados de su cabeza, sobre la librería, y haciéndola su prisionera.

—¿En serio? —inquirió él con una mirada amenazadora.

Angie presionó la espalda contra las estanterías en un vano e instintivo intento de escapar.

—Leo…

Unos dedos largos acariciaron el ángulo de su mejilla reteniéndola

—Deja que te enseñe la diferencia —añadió él con los dientes apretados.

—No…

La excitación ante lo que iba a suceder prendió en Angie. Leo hizo un ruido gutural, algo intermedio entre una risa y un gruñido, y después bajó las fuertes manos hacia sus caderas conquistando su boca con pasión.

La estrechó fuertemente contra él. La sangre de las venas de Angie parecía cantar al calor de aquella excitación. Bajo la embestida de sus exigentes labios y del ataque carnal de su lengua. Angie se sintió arder. Leo tomó su boca con la fiereza de un macho hambriento inclinado sobre su presa, y Angie se sintió víctima de una unión íntima y confusa que desgarraba su memoria y echaba abajo todas sus barreras reduciéndola a escombros.

Leo apartó los labios de ella tan deprisa como los había posado. Sus ojos brillaban. Luego, se apartó por completo de ella y caminó hasta la ventana.

Por una décima de segundo. Angie creyó derrumbarse allí mismo, sobre la alfombra. Sus rodillas no la sujetaban. Ni siquiera recordaba dónde estaba. Sin embargo su cuerpo ardía y vibraba de un modo que ya había olvidado. No quería reconocerlo. Sentía la hinchazón y la tensión de sus pezones, un doloroso y tortuoso vacío entre sus piernas, el inquietante e increíble temor de saber que Leo tenía aún un inmenso poder sobre su cuerpo.

Angie observó su espalda y supo leer en su rígida postura la tensión. Sospechó que aquella pasión no era tampoco bienvenida para él.

—La diferencia entre mi primo y yo —explicó Leo dándose la vuelta —, es que yo me avergoncé de lo ocurrido entre nosotros hace dos años y medio.

—¿Avergonzarte? —repitió Angie trémula.

—¿Como querías que me sintiera? ¿Qué esperabas? Mi mujer había muerto hacía solo siete meses… y tú tenías solo diecinueve años, eras más inocente que una niña, por mucho que quisieras engañarme con tus tretas. ¿Creíste que iba a sentirme orgulloso de mi conquista? ¿que iba a sentirme orgulloso de conquistar a una adolescente, a la hija de uno de los sirvientes más leales de mi abuelo? ¿Y, además, virgen?

Capitulo3

Angie permaneció inmóvil como una piedra, rígida e inexpresiva. Alguna habilidad tenía que haber adquirido trabajando para Claudia. Por dentro, sin embargo, estaba temblando «Conque la hija de un sirviente», «virgen» ni una sola de aquellas palabras sonaba bien. Todas resaltaban la humillante diferencia que a había separado siempre de Leo. Mortificada Angie salió de la habitación a toda prisa sin saber siquiera a dónde ir en aquella casa desconocida. Encontró un lavabo y se refugió en él. No, jamás había gozado de la ventaja de pertenecer a su categoría social. Todo los separaba, la edad, los orígenes, la experiencia. Pero lo peor de todo era que había conocido a Leo dentro del ambiente de Deveraux Court, en el que ella no sería jamás más que la hija del mayordomo

¿Por qué diablos la había besado? ¿Para obtener una definitiva victoria sobre ella? El insulto que le había dirigido había hecho brotar en él una respuesta masculina primitiva. Lo cierto era que Leo, en medio del ardor de la pasión, jamás se había mostrado como un flemático caballero inglés. Al contrario siempre había sido sexualmente muy apasionado. Angie sintió un estremecimiento al recordarlo. Se ruborizó. No había excusa para su comportamiento. Leo seguía atrayéndola igual que antes, como una imán atrae metales. Pero se trataba de algo simplemente físico se dijo a sí misma a la defensiva. Se debía a las hormonas, a la química del cuerpo. Aquello no tenía nada que ver con sus sentimientos

De pronto, sonaron golpes en la puerta, pero Angie hizo caso omiso de ellos.

—Angie, contaré hasta cinco para que salgas.

La advertencia de Leo la obligó a apresurarse. Se había lavado la cara para evitar que se le notaran las lágrimas. Se secó a toda prisa y abrió.

—¿Dónde está Jake? —preguntó en voz baja.

—Arriba, con Epifania. Escucha — contestó Leo con calma.

Angie oyó las risas de Jake, un piso más arriba. Según parecía, su hijo se lo estaba pasando de maravilla.

—¡No quiero hablar del pasado! —afirmó en voz alta.

—Pues yo si, es un asunto que aún no ha terminado, —contraatacó Leo.

—Por supuesto que ha terminado, dejaste bien clara tu posición en aquel entonces: «lo siento. Angie, pero necesitaba una mujer, y estaba borracho» —explicó parodiando su postura con una amargura que no fue capaz de ocultar.

—¡No fue eso lo que yo dije…! —exclamó Leo apretando los dientes.

—No, eso era lo que se deducía. ¡No te atrevas a volver a tocarme!

Leo le dirigió una mirada indirecta y burlona y contesto:

—Deberías ensayar un poco más esa respuesta de rechazo.

Angie se ruborizó profundamente recordando la apasionada respuesta de su cuerpo en brazos de Leo. Aquello la horrorizaba, había creído que él no tendría ningún poder sobre ella. Creía haber madurado, dejado atrás a la adolescente. Y de pronto descubría su error

Leo posó una mano sobre su hombro y ella lo apartó. El dejó escapar el aire sonoramente, con un suspiro terriblemente sexy.

—Estás temblando…

—Jamás te perdonaré por habernos traído aquí ¿Adónde demonios se supone que voy a ir ahora? No voy a volver a Deveraux Court ni a humillarme. ¿Qué puedo hacer?

Disfruta de mi hospitalidad —contestó Leo observándola con frialdad, sin dejarse afectar, girando sobre sus talones.

—Pero no quiero aceptar tu hospitalidad, Leo.

Leo se quedó inmóvil y respondió sin darse la vuelta:

—Dentro de cinco días, habrás recobrado el sentido común y estarás de camino a Deveraux Court. Si no eres lo suficientemente sensata como para humillarte, sentirás la ira de Wallace sobre ti… pero eso es asunto tuyo, no mío.

Leo la dejó ahí, de pie, y Angie se sintió terriblemente sola y asustada por primera vez en mucho tiempo. El sentimiento de inseguridad que la embargaba era profundo. El último lugar al que deseaba ir era Deveraux Court.

Por fin, subió las escaleras. El ama de llaves le enseñó su dormitorio, junto a la habitación en la que estaba Jake. Le sugirió que cenaran y discutieron sobre los gustos de su hijo.

Cuarenta minutos más tarde, Angie y su hijo se sentaron a cenar. En

el comedor, azul y dorado, la mesa estaba puesta para dos. Leo no cenaría con ellos. Al volver al dormitorio de Jake vieron un montón de muñecos de peluche y otros paquetes bien envueltos. Y, entre todos ellos, destacaba una enorme jirafa. Jake gritó entusiasmado y corrió a investigar, y Angie se quedó inmóvil, en el umbral.

—¿Lo ves? Es fácil distraer a un niño con juguetes nuevos —comentó Leo con cierta superioridad, desde detrás de ella.

Desconcertada, Angie se volvió y respondió:

—¿De dónde han salido todas estas cosas?

—Una amiga las ha elegido para mí y me las ha mandado. Hay también ropa.

—¿Y cuánto ha costado este generoso gesto tuyo?—preguntó Angie, ruborizada y molesta,

—Eso no tiene importancia —contestó él poniéndose tenso y encogiéndose de hombros.

—¿En serio? —insistió Angie acalorada —. Te darás cuenta de que no puedo aceptarlo, ¿verdad?

—No ha sido nada… olvídalo —respondió Leo seco.

—¡Pero no puedo dejar que lo pagues tú!

—No me hagas traer a colación ese pasado que tantas ganas tienes de olvidar

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que cuando se trata de principios morales, los dos sabemos muy bien que tú no eres Pollyanna.

Angie se puso pálida, como si Leo le hubiera pegado. Se refería a los robos. Leo hizo un movimiento impaciente con una mano y añadió:

—Trata de comportarte con naturalidad conmigo, Angie. Detesto la hipocresía… y todo este jaleo por una nimiedad… ¿de verdad crees que vas a impresionarme con ese teatro?

Angie dio un paso atrás, entró en el dormitorio y cerro la puerta. Hubiera deseado volver a abrir, agarrar a Leo por el cuello y gritarle que no era una ladrona. Hubiera deseado proclamar su inocencia. Pero había rehusado ese derecho por voluntad propia hacía dos años. Solo delatando al verdadero culpable podría limpiar su reputación, y si lo hacía causaría un daño irreparable…

Leo no habría permitido que una persona que hubiera delinquido, por muy arrepentida o reformada que estuviera permaneciera en casa de su abuelo. Habría llamado a la policía y la habría acusado con presteza, sin vacilar. En lo relativo al crimen y su castigo, no era en absoluto liberal.

En los paquetes había un guardarropa completo para el niño. Ropa interior, pijamas, camisas y pantalones todo con la etiqueta de un establecimiento de precios razonables, no como los juguetes que debían de ser muy caros. Angie suspiré y se llevó a Jake a la cama después de bañarlo. Su hijo estaba muy cansado, pero por fin dijo la palabra fatal que ella esperaba no tener que oír.

—Waff… ¿dónde está Waff?

—Waff no está, cariño, Lo siento —contestó Angie mientras Jake comenzaba a hacer pucheros y sus Ojos se llenaban de lágrimas,

—¡Quiero a Waff! —lloró el niño.

Tras quince minutos de lamentaciones, el ama de llaves fue a ayudar a Angie en sus esfuerzos por consolar a Jake, pero no consiguió nada. Entonces, entró Leo sin avisar. Llevaba corbata y chaqueta de etiqueta, estaba a punto de salir a cenar. Miró a Jake, en la cama, y dijo;

—Tu hijo sabe cómo conseguir lo que quiere.

—Eso no es justo, Leo —musitó Angie en tono de reproche.

Leo suspiró, se sentó sobre la cama y sacudió al niño por los hombros para que le prestara atención.

—Jake… voy a por Waff.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —intervino Angie.

Demasiado tarde. Su hijo había levantado la cabeza de la almohada y miraba a Leo con ojos esperanzados.

—Si George Dickson quiere que lo lleve a los tribunales por una jirafa, lo haré —juró Leo poniéndose en pie.

—No seas tonto…, eso te llevaría toda la vida.

—Dame una hora… George parece una persona sensata

Atónita. Angie lo observó salir a grandes zancadas de la habitación, Jake se enderezó en la cama y se restregó los ojos,

—¿Y Waff? —musitó con una ligera sonrisa.

—Espera y verás…, quizá…

Leo estuvo de vuelta, sin embargo en menos de una hora. Atravesó la puerta con Waff bajo el brazo como si fuera una pequeña pero importantísima oferta de paz. Jake salió de la cama a toda velocidad se abrazó a las piernas de Leo y agarró a Waff posesivamente.

—Buenas noches —dijo contento, mientras Angie lo ayudaba a subir ala cama.

—¿Como lo has conseguido? —preguntó Angie en un susurro.

—Dickson se sentía muy violento, se desvivió por buscar la jirafa. Te manda sus disculpas por lo que él llama un «desafortunado malentendido» —contestó Leo secamente, dando la vuelta para

marcharse.

—¿En serio? —preguntó Angie, siguiéndolo hasta e pasillo—. ¿Y qué más dijo?

—Me temo que ahora no tengo tiempo para contártelo.

Angie observó la chaqueta de etiqueta y recordó la cita.

—Llegas tarde otra vez.

Los ojos negros de Leo brillaron escrutándola. Luego contestó:

—Mañana tengo que irme a Bruselas unos días. Tendrás la casa para ti sola hasta el jueves.

Leo bajó las escaleras y Angie oyó el portazo desde la distancia. Luego, entró a ver a Jake. Estaba dormido, con Waff. Angie se preguntó con qué mujer se habría citado Leo. ¿Le gustaría jugar? No, los juegos eran para las adolescentes, para las personas inseguras. Y jamás resultaban atractivos cuando se los reconocía como lo que eran.

Angie yacía en la cama despierta a primeras horas de la madrugada, Leo no había vuelto a casa, y era evidente que no iba a volver… ¿por qué se esforzaba inconscientemente por estar atenta a cada ruido? Un hombre guapo, atractivo sexy y rico como él tendría a cuantas mujeres quisiera, no volvería a casa a medianoche.

Angie encendió la luz y miró el reloj. Eran casi las dos. La casa estaba en silencio. Necesitaba algo de lectura para pasar el tiempo, así que salió de la cama y buscó la bata. Enseguida, se dio cuenta de que, con tantas prisas. Se la había dejado en casa de Claudia. Necesitaba comprar muchas cosas pero solo tenía cinco libras. Además las navidades estaban al caer, y aún no le había comprado nada a Jake.

Angie bajó las escaleras y entró en la biblioteca. Para su sorpresa, los libros estaban en griego. Estaba buscando entre las revistas, tratando de encontrar algo más ligero, cuando la puerta se abrió, Angie se sobresalto

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó Leo escrutándola de arriba abajo sin miramientos.

—Buscaba algo para leer

—¿En mí mesa? —volvió a pregunta, Leo secamente

Estaba a escasos centímetros de la mesa de Leo, pero él debía suponer que la había pillado in fraganti.

—No me he acercado a tu mesa —musitó Angie a la defensiva, apartándose mientras Leo se acercaba a ella.

—¿Y desde cuándo te interesa la electrónica?

Angie se le quedó mirando. Tenía el cabello negro revuelto y la camisa a medio abrochar mostrando a medias un pecho moreno que

Angie sabía estaba cubierto de vello rizado y negro. Cohibida, Angie cerró los ojos. Pero aun así continué viendo a Leo de pie, con la mandíbula tensa y cubierta con la barba incipiente de la madrugada. Como en aquella otra ocasión.

Deseaba poder olvidarlo, sobre todo porque era evidente que Leo acababa de estar en la cama de otra mujer. De pronto la asaltaron los celos,

—¿Buscas dinero?

—¿Di… Dinero? —tartamudeo Angie.

—No sé por qué me parece que aún no te has licenciado en la asignatura del robo.

—¡Vete al diablo Leo! — exclamó Angie al comprender por fin a qué se refería— ¡Yo jamás te robaría nada!—añadió apartándose desolada ante su desconfianza

—No te hace falta —contestó Leo—. Te daré dinero, si quieres.

—¡Eres un cerdo! —exclamó ella cubriéndose la cara con ambas manos—. ¡Solo estaba buscando algo para leer porque no podía dormir!

—Preferiría que fueras una cleptómana —continué Leo—. Es un problema al que podría enfrentarme, pero los cleptómanos no venden los botines de sus robos como tú.

—No quiero hablar de eso… —contestó Angie, volviéndose una vez más hacia él con los puños apretados.

—Me temo que me dejó muy mal sabor de boca descubrir que habías estado robándole a mi abuelo justo el día antes de compartir la cama conmigo.

—¡Te he dicho que no quiero hablar de eso! —exclamó Angie furiosa.

—Debiste ser especialmente hábil en aquella ocasión. Si no recuerdo mal, te pasaste toda la mañana montando a caballo, tratando de «tropezar» accidentalmente conmigo. Luego me llevaste la comida, que habías preparado especialmente pata mí. Los cocineros de Wallace jamás habrían podido cocinar nada así —continué Leo con un brillo burlón en la mirada.

—Leo…

—Después, por la tarde, estuviste por e bosque, cogiendo flores en una cesta… qué pintoresco. Luego me llevaste la cena, y esa misma noche sacaste a pasear al perro de Wallace. De hecho, perseguirme te ocupó casi todo el día. —continuó Leo con voz cada vez más temblorosa, sonriendo y echando atrás su arrogante cabeza—. Dios mío… Angie. cuando te vi tirando de aquel enorme perro para llevarlo a

casa…, me dio pena.

Angie había estado escuchando con la cabeza bien alta, sosteniendo su mirada pero al comprender que Leo no iba a omitir un solo detalle se sintió mortificada.

—¡Me alegro mucho de haberte entretenido tanto!—soltó tratando de pasar por su lado para marcharse.

Pero Leo la retuvo, dejó de reír y sus ojos la miraron penetrantes

—Me hiciste reír…, y, en aquel tiempo, me sentí muy agradecido por ello.

—¡Suéltame…!

—Al principio, quería preguntarte de dónde sacaste el tiempo aquel día para practicar con tus ligeros dedos, pero ahora eso ya no me importa —continuó Leo con voz cada vez más profunda—. Ahora que te rengo en mis — zos, medio desnuda, eso ya no me importa,…

Angie abrió los ojos perpleja y los bajó para observar su camisón verde hasta la rodilla. No tenía nada de provocativo Levantó la vista ruborizada y lo miró con expresión de reproche.

—No voy medio desnuda,

—Podrías tentarme igual vestida con un saco —contestó Leo, rodeándola con sus brazos.

—¿Qué estás ha… haciendo? —jadeó Angie con el pulso acelerado, sintiendo el calor que le proporcionaba su poderoso y enorme cuerpo, haciéndola sentirse como si estuviera de verdad medio desnuda—. Leo…

—Tiemblas cuando te toco… —prosiguió él con ojos negros intensos, brillantes…, — y no finjas que no eres consciente del efecto que provocas en mí.

Angie estaba temblando. Leo se agarraba a la curva de sus caderas sin inhibiciones, la estrechaba contra sí haciéndola notar la excitación de su masculinidad. Angie sintió que las piernas le fallaban, que los pezones se le ponían duros y que una ola de deseo la recorría. Luchó con toda su voluntad, pero fue inútil,

—No seas grosero.

Leo bajó la cabeza, su aliento rozó las sienes de Angie. Sus ojos oscuros sostuvieron la mirada de ella,

—Si yo puedo rendirme al deseo, tú también…

—¡No!

—Tú sientes el mismo deseo que yo, lo noto —continuó Leo con voz ronca, satisfecha. —.Lo noté anoche, y me juré que haría cuanto estuviera en mi mano para pasar al menos… ¡No perdamos más el tiempo, vamos a la cama!

Aquella palabra, «cama», sonó como una sensual invitación al paraíso. Angie se odió así misma por la debilidad de su cuerpo y de su voluntad, y ese odio le dio fuerzas para apartarse y resistirse al hechizo.

—Merecería que me ahorcaran si lo hiciera —contestó Angie soltándose—, No comprendo cómo puedes creer que te deseo hasta ese punto… porque no es verdad, te aseguro que no

—¡Claro que me deseas! —exclamó Leo impaciente—. ¿Por qué piensas que quería asegurarme de que estuvieras aquí esta noche?

Angie apenas era capaz de poner en orden sus pensamientos, pero a pesar de todo logró captar el sentido de aquella confesión,

—¿Asegurarte? ¿Y cómo ibas a asegurarte de que es tuviera aquí?

—Tu jefa reaccionó a mi provocación tal y como había supuesto que haría —Angie se quedó tan anonadada ante aquella confesión, que simplemente abrió la boca—. No tenía la menor intención de abandonar esa casa sin ti, Angie ¿Por qué crees que llevé la limusina? Solo un idiota trataría de meter a una mujer, a su hijo, y todas sus pertenencias, en un Ferrari.

—Así que trataste de que me echaran de esa casa deliberadamente… —repitió Angie horrorizada ante la arrogancia que demostraba al confesarlo—. Dios mío… ¿cómo puedes ser tan egoísta y destructivo?

—Solo miré por tu interés —contraatacó Leo.

Angie dio un paso atrás, absolutamente helada ante una respuesta tan desapasionada.

—Nos has hecho algo imperdonable… pero ni siquiera te das cuenta, ¿verdad? Tú no sabes lo que se siente al estar sin techo, sin trabajo, y sin hogar, y con un niño a mi cargo. No, ¿cómo iba a comprenderlo una persona como tú?

—Pase lo que pase con Wallace, yo, personalmente, me aseguraré de que tus condiciones de vida mejoren. Es una promesa

Angie apretó los dientes, sus ojos brillaban llenos de reproches,

—¡Oh qué generoso eres, Leo! Pero tu ayuda tendrá un precio, ¿no? No eres famoso precisamente por dar algo a cambio de nada.

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —gritó Leo.

—¡Y pensar que hace unas pocas horas te mostrabas tan superior! —exclamó Angie mortificada, recordando—. ¿Cómo decías, que suponías que había aprendido la lección?, ¿que esperabas que no hubiera tenido que depender de mi cuerpo para sobrevivir? ¿Y qué es lo que me estás ofreciendo tú ahora, Leo?

—Solo te estoy ofreciendo lo que los dos sabemos que deseas —

contestó Leo airado, con ojos brillantes

—¿Un revolcón con un golfo insaciable, que acaba de salir de la cama de otra mujer? —volvió a preguntas ella amargamente, con un gesto de desprecio.

Leo soltó una carcajada y se pasó los dedos por el cabello negro. Sus mechones revueltos, brillantes y espesos, volvieron a rizarse. Era exacto al cabello de Jake, re— flexionó Angie,

—Un revolcón —repitió él mirándola oscuramente. Sí, esa idea resulta muy atractiva cuando se trata de ti… además, no acabo de salir de la cama de otra mujer.

Angie se cruzó de brazos. Hubiera querido marcharse de la habitación, pero parecía como si tuviera pegados los pies a la alfombra. En lugar de ello, afirmo:

—No te creo.

—Anoche, en cuanto volví a verte, sentí de nuevo el deseo, pero aún no he caído tan bajo como para satisfacer ese deseo con otra mujer. ¡Y menos aún con una mujer que solo merece mi respeto!

Angie escuchó atentamente aquellas palabras. Enseguida comprendió que Leo la culpaba por despertar en él el deseo sexual. Era una eterna Eva, siempre tentadora y sexy, pero Leo no era ningún Adán inocente al que ella lleva ciegamente a la destrucción. Y, desde luego, habría preferido que Leo no le sugiriera que no era digna de respeto que profesaba a esa otra mujer.

—Te odio, Leo.

—No, no me odias. Un poco de odio no nos vendría mal a ninguno de los dos —contestó Leo con sinceridad—. Yo no busqué esta atracción, pero aún sigue ahí, entre tú y yo…

—¿Y es esa tu excusa para acercarte a mí como si fueras un elefante en una tienda de porcelana? —Leo se giró hacia ella musitando algo en griego. Sus ojos echaban chispas. Angie, inmóvil, lo miró dirigiéndole todo el odio que él acababa de asegurar no podía sentir, Se sentía humillada—. Pensaste que sería fácil, que bastaría con mirarme, con alargar una mano y decir: «vamos a la cama». Y yo me desviviría por complacerte. Después de todo, eres tan rico, tan guapo, y tan maravilloso en la cama, que un ser inferior como yo, que limpia lo de los demás, caería rendido a tus pies.

Una chispa animó los ojos negros de Leo, que extendió las manos tratando de hacerla callar.

—Me estas poniendo furioso… ¡apenas puedo creer que te atrevas a insultarme de ese modo!

—Aquella estúpida adolescente que creía que se iba a comer el mundo terminó derrotada hace dos años y me dio, y con facilidad. Esa es la lección que aprendí, Leo. Yo no significaba nada para ti, era solo un cuerpo que usaste…

Leo caminó a grandes zancadas hacia ella y colocó dos poderosas manos sobre sus hombros. Estaba tan furioso que Angie dejó escapar un grito de miedo. Entonces, él se apartó y dio un paso atrás.

—Tergiversas lo ocurrido en el pasado, ni siquiera lo reconozco… y no te atrevas a sobresaltarte así, como si fuera a pegarte.

—¿Es que acaso es culpa mía que no te guste que te hablen claro, teniendo en cuenta lo bien que lo haces tú?

—Ya sé lo que te pasa, lo que ocurre es que no puedes soportar que te diga cuánto me disgusta el hecho de sentir de nuevo esa atracción hacia ti.

—No hay ninguna atracción entre tú y yo, desde mi punto de vista.

—¿Ah no? —preguntó Leo mirándola seductor.

—Aléjate de mí, Leo.

—¿Y cómo voy a demostrártelo entonces?

—Ahora solo estás furioso conmigo.

—Ningún hombre podría estar furioso con una mujer como tú…

—Sigues siendo el rey de los clichés —añadió Angie.

Leo alargó un brazo y rodeó a Angie por la cintura tan deprisa, que ella se quedó desconcertada. El rió al ver aquella reacción y contestó:

—Ven conmigo mañana a Bruselas, dame algo que esperar ardientemente por el día…, y yo cuidaré de ti como jamás hayas soñado —prometió con tal intensidad de deseo y pasión, que Angie se echó a temblar.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Angie.

—¿Por qué luchar? ¿Por qué fingir? —Continuo Leo soltándola para mirarla desafiante—. No te estoy sugiriendo solo un revolcón… Quédate conmigo hasta que los dos nos sintamos saciados el uno del otro.

Angie recordó aquel día, en la pradera junto al lago, en que Leo se cansó de sus juegos de adolescente, de sus risitas provocativas y la arrastró hacia una pasión que excedía en mucho lo que ella, ingenuamente, había esperado. Leo había sobrepasado una barrera que ella había creído poder mantener. Cuando él quería algo, lo quería de inmediato. Bajo aquella apariencia de hombre sofisticado y cosmopolita, Leo seguía siendo muy primario en sus apetitos, igual que un pirata surcando los mares.

—No, y además no voy a darte las gracias por pedírmelo —musitó

Angie luchando por mantenerse firme.

—¡Cielos, Angie! —respiró Leo— ¿qué más puedes esperar de mí?

Angie sintió que se reponía de la parálisis que la había atenazado y soltó una carcajada. En ese instante, odiaba tanto a Leo que se maravillaba de no haberle saltado al cuello. Era un hipócrita con dos raseros distintos que aplicaba según el caso, y además perfectamente orgulloso de ello. La creía una ladrona y una cualquiera, no confiaba en ella si la veía acercarse a su mesa, y jamás la trataría como trataba a cualquier otra mujer.

—Si tu proposición me interesara, que no es el caso, podrías haber empezado como empieza cualquier otro chico…, podrías haberme pedido una cita…

—¿Una cita?

—¿Quien sabe? Si me hubieras regalado rosas y me hubieras invitado a champán, si hubieras tratado de engañarme con toda esa hipocresía que consideras inferior a ti, tal vez hubieras tenido suerte. Pero, tal y como lo has hecho, te has excluido a ti mismo a la velocidad del rayo. ¡Enhorabuena!

Y, tras decir esas palabras. Angie se apresuró a salir de la biblioteca antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas. Leo le había dicho lo que quería de ella…, sexo, solo sexo. La oportunidad de saciar una sed que le resultaba tan desagradable en ese momento como entonces. Aquel fin de semana debía de haber sido algo muy especial también para él. Ella jamás había estado con ningún otro hombre, no podía comparar. La idea la irritó. Un cúmulo de emociones y sentimientos la invadían, pero la tristeza era la más fuerte. Leo… Leo… Leo. Lo amaba tanto como lo odiaba por no haberle ofrecido algo más, pero, ¿a dónde le conducía ese sentimiento?

Una mano firme la despertó. Angie luchó por enfocar los rasgos de la persona inclinada sobre ella.

—Vete —gimió cerrando los ojos otra vez. Pero Leo le arrebató las sábanas y la levantó en brazos antes de que pudiera comprender lo que sucedía—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Bajarte a desayunar.

—¿Que hora es?

—Las seis…

—¿Las seis? —gritó Angie mientras Leo la bajaba en brazos, por las escaleras, en perfecta calma—. ¡Pero eso significa que solo he dormido

un par de horas!

—A las siete me voy al aeropuerto.

—Pues vete, pero déjame en la cama... ¡por el amor de Dios, suéltame!

Leo la dejó en el frío suelo del vestíbulo y le retiró un mechón de cabello con una familiaridad sorprendente Leo siempre la sorprendía.

Aquel lejano fin de semana había comprendido que él era una persona de temperamento volátil, de intensas pasiones. El aspecto frío y controlado que mantenía en público no era un fiel reflejo de su carácter. Descubrir aquel fuego que ardía aún más intensamente que el suyo había supuesto para Angie pasar de la ficción a la realidad, infinitamente más peligrosa y profunda, y al verdadero amor. Y, desde aquel momento, amar a Leo había sido para ella como viajar hasta el infierno con un billete solo de ida.

—¿Por qué me haces esto? —susurró tensa.

—Quería hablar contigo antes de marcharme.

—Está bien, habla.

—Vamos a desayunar primero —respondió Leo arrastrándola hasta el comedor.

—Yo jamás desayuno sin lavarme primero.

—Así, sin lavar, con el cabello revuelto y la piel sonrosada y sexy... me encantas.

Acobardada ante tan directa confesión y ante la sonrisa que la acompañaba, Angie corrió escaleras arriba y cerró la puerta mientras él reía a carcajadas Leo iba Con— quistando más y más terreno a cada paso que daba, como un ejército en el frente. Era extraño. Al principio, cuando ella lo persiguió, él la eludía. Luego, cuando por fin ella se mostraba sensata y se alejaba de él, entonces era Leo el que se lanzaba en su persecución. Aunque, por supuesto, para una persona como Leo, resultaba mucho más natural ser el perseguidor que el perseguido... Aquel fin de semana, efectivamente, él no había tardado en cambiar los papeles.

Angie tardó exactamente cinco minutos en lavarse la cara, los dientes, ponerse los vaqueros y una camiseta. Jake seguía profundamente dormido. Entro en el comedor y tomó asiento frente a Leo. Él se reclinó sobre la silla mientras Epifania servia café en tazas de porcelana. Leo era la viva imagen de la elegancia. Sintió que se le aceleraba el pulso.

Consciente del atento escrutinio de Leo, Angie rehusó el elaborado desayuno que Epifania le ofrecía y eligió simplemente tostadas.

Permanecieron en silencio hasta que la mujer salió.

—Quiero que me prometas que seguirás aquí cuando vuelva —dijo entonces Leo con calma.

—¿Para servirme después en una fuente como cena de Navidad en la mesa de Wallace? Debes de estar de broma

—Wallace es un hombre mayor, ha crecido en un mundo radicalmente distinto a este y, lo creas o no, has sido injusta con él. Deberías respetar su deseo de conocer a su único nieto. Confieso que yo también me sorprendí cuando me lo dijo, pero es así.

—Pues lo siento, pero no voy a ir —respondió Angie tensa.

—Me temo que no puedo ponerte a Drew como cebo para que vayas —murmuró Leo.

—¿Como dices?

—Que mi primo no irá a pasar allí las fiestas. Wallace y Drew tuvieron una discusión a propósito de unas deudas, y ambos se despidieron enfadados, sin hacer las paces —informó Leo— Desde entonces Drew vive en Nueva York.

Angie asintió. Aquellas noticias no la sorprendía real mente. Drew Neville había perdido a sus padres a los diez años, y Wallace lo había criado desde entonces concediéndole cada uno de sus deseos para, finalmente, renegar del resultado de tanta indulgencia. Wallace esperaba que Drew se hiciera cargo de la propiedad, pero este demostró una y otra vez una profunda aversión al trabajo. En realidad, las disputas a causa de sus extravagancias y de su pereza habían sido frecuentes y explosivas a lo largo de los años. Drew había disfrutado de una generosa suma mensual en la época en que ella vivía allí, y siempre se había jactado de la suerte que tenía al proceder de la línea masculina de la familia. No como su primo Leo que, hijo de una insignificante hermana de su padre, jamás heredaría Court

—¿No tienes ningún comentario que hacer? —preguntó Leo.

Angie frunció el ceño y sostuvo su penetrante mirada de ojos negros comprendiendo al fin el porqué de tanto escrutinio. Naturalmente, Leo había esperado una fuerte reacción por su parte ante el anuncio de que el padre de su hijo vivía al otro lado del Atlántico.

Angie bajó la cabeza y observó la taza de café. Por supuesto, debería haberlo imaginado. Drew vivía apartado de la familia. ¿Cómo si no podría haber surgido la idea de que él era el padre de su hijo? Después de todo, de haber vivido Drew en Inglaterra, se habría defendido de la acusación y habría afirmado no tener nada que ver, ni remotamente, con su embarazo. De pronto, Angie se sintió terriblemente

aliviada pensando que Drew estaba a miles de kilómetros de distancia. De otro modo, ella no habría podido conservar su orgullo aprovechándose del error de Leo al creer que Jake era de su primo.

—Francamente, después del tiempo transcurrido, no podría importarme menos dónde viva Drew. Y desde luego ni su ausencia, ni menos aún su presencia, podrían su poner para mí diferencia alguna en lo relativo a la decisión de volver a Deveraux Court.

—Pero irás, de un modo u otro —afirmó Leo con calma.

—¿Cómo? —preguntó Angie burlona—. ¿Es que piensas atarme y meterme en el maletero del coche?

Leo suspiró casi lánguidamente y después contestó:

—No me obligues a ejercer la fuerza, Angie. No estoy acostumbrado, pero si me obligas lo haré.

Angie sintió que palidecía. Aquella amenaza, proferida con voz de seda, resultaba infinitamente más efectiva que cualquier grito. Y la penetrante mirada que la acompañaba la hizo estremecerse.

—No puedes intimidarme.

—Acabo de hacerlo… y no debería ser necesario. Le debes una visita a Wallace.

—¿Y cómo encaja eso con lo que me propusiste anoche? —saltó Angie confusa.

—No encaja. Tú y yo somos un asunto, y mi abuelo y tú otro —le informó Leo secamente—. Y, teniendo en cuenta su edad, cito que él debe ir primero, ¿no te parece?

Capítulo 4

La mañana en que Leo debía estar de vuelta, Epifania iba de un lado a otro de la casa murmurando. Jake jugaba con la arena en el jardín de atrás, y Angie lo observaba metiendo las manos frías por dentro de las mangas de la chaqueta. Su traje más ele— gante, una falda azul a juego con una chaqueta, era de tela ligera, propia del verano. Le dolía la cabeza y la garganta con un principio de constipado, y tenía frío hasta dentro de la casa. Solo le faltaba tener que volver a Deveraux Court.

Wallace conseguiría conocer a su bisnieto simplemente porque tenía menos de cinco libras en el bolsillo y era una cobarde, incapaz de enfrentarse a las amenazas de Leo. Lo cierto era que se había confesado culpable de un robo, y aún podían detenerla. Naturalmente Leo utilizaría eso en su contra, no había tenido necesidad siquiera de decirlo en voz alta.

Al llegar Leo se detuvo para observarla, sentada en un banco, con la melena al viento y las piernas cruzadas. Jake fue el primero en verlo. Se puso en pie y corrió por la gravilla para arrojarse a sus rodillas.

—¡Es el hombre que trajo a Waff! —gritó nervioso.

Era difícil decidir quién de los dos, Leo o Angie, se quedó más sorprendido por la reacción de Jake. Angie se quedó helada, y a Leo se le veía tenso. A él siempre le habían gustado los niños, solo que no quería tener nada que ver con su hijo. Resultaba repugnante. De pronto, Leo se inclinó y levantó a Jake, y el niño, incapaz de distinguir un gesto sincero de uno falso, lo estrechó entre sus brazos.

—Déjalo en el suelo… —dijo Angie, incapaz de soportar aquella hipocresía.

Ver a padre e hijo juntos, y al mismo tiempo tan distante, tan inconsciente de su propia relación, la destrozaba. Repugnante. Pero la mentira que había hecho posible concebir a Jake también había sido repugnante, reflexionó.

—Cada vez que lo miro pienso en ti y en Drew —confesó Leo serio —. Pero la culpa no es de tu hijo, ¿verdad? Espero ser lo suficientemente

hombre como pan reconocer mis propios fallos.

—Me alegro de que reconozcas tus errores…, porque desde luego no querías que…

—No quería dejarte marchar, ni permanecer en un segundo plano, observándote y viendo cómo hacías el ridículo con mi primo —respondió Leo amargamente, en tono de reproche.

—Eso no es cieno. Déjame en paz, Leo. Me rechazaste como a un trapo viejo.

—Eres muy directa, pan ser una mujer —comento Leo apretando los dientes.

—Tú me enseñaste a serlo.

Angie se aclaró la garganta. Sentía curiosidad por saber cómo se había enterado Leo de que estaba embarazada

—¿Y cuándo te dijo Wallace que estaba embarazada?—preguntó tensa.

—No me lo dijo Wallace…

—Entonces. ¿Cómo…?

—Fue Drew quien no pudo esperar para contármelo. De hecho, no hacía más que jactarse de su virilidad.

—¿Qué Drew se jac… jactaba…? —tartamudeo Angie

Leo contempló el disgusto en los rasgos de Angie, pero mal interpretó por completo su sentido.

—Sí, supongo que se sentía a salvo, porque tú te habías ido hacía semanas… y según creo te dio dinero para que abortaras. Sin duda, estaba convencido de que lo harías.

Angie estaba muy quieta, pero de pronto apretó los labios y bajó la cabeza. Se maravillaba de no haber explotado de ira porque, después de aquello, no era de extrañar que Leo estuviera seguro de que Jake no era su hijo.

—Si te sirve de consuelo, le pegué —informó Leo.

—¿Que le pegaste…? —repitió Angie débilmente, atónita aún ante la traición de quien había creído su amigo, e incapaz, en aquel instante, de comprender por qué Drew habría hecho una cosa así—. No le pegaste lo suficiente, si es que sigue vivo.

El silencio se hizo pesado. De pronto, Leo levantó la cabeza y rio. Atónita ante una respuesta tan confusa, Angie lo miró.

—Nos marcharemos en cuanto estés lista.

Arrastrada de nuevo a la cruda realidad, Angie se puso en pie.

—Jamás te perdonaré por obligarme a volver.

—A veces uno se ve forzado a ser cruel para poder ser bondadoso

—contestó Leo secamente—. Si hubieras sido lo suficientemente estúpida como para marcharte mien— tras estaba fuera, quizá no te hubiera encontrado.

Pero Angie no escuchaba. Estaba imaginando el error y la humillación que la esperaban. En el retorno del hijo pródigo, pero no se celebraría ninguna fiesta. Wallace conocería a su bisnieto, aunque no fuera el hijo del nieto que él creía, y su padre o bien recibiría un shock, o bien estaba ya rezando para que la desvergonzada de su hija no tuviera la desfachatez de presentarse ante su vista. A ojos de Samuel Brown, Jake era una vergüenza pública tan grande como a ojos de su amo.

No obstante, para su padre, ser ladrona era un pecado mayor. Samuel Brown habría sido capaz de entregar a su hija a la policía si hubiera sido él quien la hubiera pillado en lugar de Wallace.

—Angie…

—Me debes un favor, Leo. Quiero que me prometas que me conseguirás un trabajo en alguna parte en cuanto termine esta desagradable visita.

—No te hará falta ningún trabajo, tu futuro está asegurado. O te quedas a cargo de Wallace, o a mi cargo.

—No necesito estar a cargo de nadie, Leo.

—Mi oferta seguirá en pie para cuando desees aceptarla.

—Eres increíblemente insistente —contestó Angie dándose la vuelta.

Leo enredó los dedos en su cabello rubio y atrajo suavemente su cabeza hacia él. Un vivo deseo brillaba en sus ojos oscuros de mirada directa.

—No, solo estoy hambriento…, muy, muy hambriento—la corrigió sin el menor asomo de vergüenza.

Angie se estremeció. Estaba demasiado cerca de él. Podía distinguir perfectamente su aroma cálido y masculino, que era como una droga para ella. La misma hambre recorría cada una de las fibras de su ser sin que ella se diera cuenta. No hubiera podido negar que lo deseaba, igual que no podía negar que necesitaba respirar, pero se daba cuenta de que esa debilidad física podía destruirla si no tenía cuidado. Angie apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, tratando de evitar hacer lo que deseaba: tocarlo.

Leo inclinó la cabeza y levantó la de Angie tomándola de la barbilla para mirarla a los ojos.

—Pareces tan desgraciada… cualquiera diría que te he insultado.

Solo estoy expresando un deseo abiertamente, con sinceridad, y no te prometo nada que no vaya a cumplir. Al final tú y tu hijo tendréis una seguridad. Quieres champán y rosas, pues bien, te las regalare… Yo solo te deseo a ti.

—Apártate. Leo —contestó Angie ladeando la cabeza.

—No sé cómo…, apenas he dormido desde que me marché de Londres… ¡estaba tan enfadado contigo! Podíamos haber estado juntos en Bruselas…

—Sí… creo recordar que, como mucho, crees capaz de concederme tu atención durante unos os días…

Con un movimiento brusco, lleno de ira y frustración, Leo la atrajo a sus brazos y posó los labios sobre los de ella. Angie sintió que la cabeza le daba vueltas, que las piernas le temblaban y que un calor interior la embargaba dejándola débil y, sin embargo, tan ardiente y sensible, que su piel parecía a punto de quemarse. Bajo la invasión erótica de su lengua, Angie gimió profundamente y se agarró a él.

Entonces una manita le tiró de la pierna exigiendo atención, y oyó a Jake, insistente, llamarla:

—Mami… mami…

Fue como un jarro de agua fría que calmara su pulso y su corazón acelerado.

Leo la soltó y dio un paso atrás. Jake miro a su madre con franca curiosidad y después al hombre que estaba junto a ella. Angie sonrió y el niño, contento, volvió a su cubito y su arena.

—Olvidaba que no estábamos solos —murmuré Leo en ton distante.

—Por favor, no vuelvas a hacer eso —rogó Angie sin atreverse siquiera a mirarlo a la cara, sintiendo aún un estremecimiento— Quiero que te mantengas apartado de mi.

—Eso es imposible, siento una necesidad urgente de poseerte que me domina.

—¡Pero yo no quiero que vuelvas a poseerme nunca más! —gritó Angie bruscamente.

—Puedes luchar conmigo pero, ¿podrás luchar contigo misma también? —inquirió Leo.

Atemorizada ante la sagacidad de la pregunta, Angie agarró a su hijo y lo metió en casa. Tras lavarle las manos y sacudirle el polvo, cerró la maleta y la levantó de la cama. Luego buscó un espejo en el que mirarse. Tenía los labios hinchados, los ojos brillantes. Había vuelto a ceder a la tentación. ¿Sería posible que Leo se arrepintiera de haberla rechazado años atrás? Seis semanas después de aquel fin de semana

apasionado, Leo había vuelto a Court para una cortísima visita…

Había bajado de so limusina en el patio y se había quedado mirándola mientras caminaba por el empedrado con unos altísimos tacones y un vestidito de satén. Iba apoyada sobre Drew para no perder el equilibrio, sonreía.

—¡Leo! —le había gritado Angie valiente, esplendorosa, fingiendo indiferencia y pasando por delante de él como si fuera cualquier otra persona en lugar del hombre que le había desgarrado el corazón.

Al volver sola a casa aquella noche, a primeras horas de la madrugada, su fachada de felicidad e indiferencia se había desvanecido. En su interior, estaba rota. Leo había salido entonces al porche y le había bloqueado el paso.

—Estás destrozando tu vida, Angie.

Aquellas palabras habían sonado exactas a las de su padre. Angie sonrió y contestó con indiferencia.

—Puede ser, pero me lo estoy pasando muy bien, Leo.

—Debe de ser emocionante jugar a ser el chofer de un borracho.

—Drew no es un borracho… le gusta divertirse, eso es todo —había protestado ella defendiendo al joven al que creía su amigo—. Me lleva a fiestas, a discotecas, y estoy conociendo a mucha gente. De hecho me lo estoy pasando mejor de lo que me lo había pasado nunca. ¿Qué te importa a ti? ¿Qué quieres de mí?

Aquella estúpida invitación a sincerarse con ella no fue bien recibida por parte de Leo. Sus ojos negros brillaron a la luz de la luna.

—Nada, absoluta y rotundamente nada —había asegurado con brutal convicción—. ¿Qué podría querer que no haya tenido ya? Lo siento, pero tu nuevo aspecto no me interesa, Angie. Ese vestido es una frivolidad.

Leo se marchó, y Angie se quedó ahí, de pie, durante un buen rato. Las lágrimas invadieron sus ojos hasta que finalmente se le corrió toda la pintura. Había sido entonces cuando Angie había decidido no decirle jamás a Leo que estaba embarazada. Por muy asustada o desesperada que estuviera jamás volvería a darle la oportunidad de mirarla por encima del hombro.

—Lo superarás —había dicho Drew en una de las escasas ocasiones en que había estado sobrio —. Estás encaprichada con él y él acaba de pasar unos cuantos meses de celibato forzoso. No, hagas de todo ello lo que no es. Traté de avisarte ¿recuerdas? A Leo siempre lo han perseguido las mujeres, desde que era adolescente. Ha visto a secretarias postrarse a sus pies, ha tenido invitaciones eróticas de extrañas bellezas

poniéndose en ridículo para atraer su atención… Angie, eres encantadora pero, por desgracia hay miles de mujeres adorables en el mundo, Jamás Conseguirás a Leo.

Drew había sido sincero en aquel entonces: simplemente le había dicho cómo estaban las cosas. Así era la vida. Leo se casaría, inevitablemente con otra chica rica y mimada que se pasaría la vida quejándose de que se le había roto una uña, o de que la humedad del clima londinense erizaba sus cabellos. En resumen, se casaría con otra Petrina egoísta y obsesionada consigo misma.

—¿Quiere que le baje la maleta, señorita Brown?

Angie se volvió. El chofer de Leo asomaba la cabeza expectante por la puerta. Ella asintió y tomó en brazos a Jake. Y entonces volvió a recordar a Drew. Había sido una estúpida confiando en él. Drew había sido siempre el preferido de su abuelo para finalmente acabar siendo motivo constante de críticas al comparársele con Leo. Debía haber notado el deseo sexual de Leo por la hija del mayordomo posiblemente su amistad se debiera solo al deseo de competir con su primo.

Aun así Angie seguía sin poder creer que Drew, a quien ella había confiado el secreto de su embarazo, hubiera caído tan bajo. El jamás le había dado dinero para un aborto. sencillamente porque ella ni siquiera se había planteado esa posibilidad. Y no lo había hecho porque el embarazo no había sido accidental.

Leo frunció el ceño al verla bajar las escaleras con Jake en brazos.

—¡Demonios… pero si estamos en mitad de invierno! Debes de estar helada. Creía que te estabas cambiando de ropa. poniéndote algo más apropiado.

—O esto o los vaqueros —contestó Angie ruborizada y cohibida—. Y creo que esto es más elegante.

—Pararemos y te compraré un abrigo —contestó Leo secamente.

—No, no pararemos en ningún sitio, ni compraremos nada —insistió Angie —. Sé muy bien a dónde llevan tus regalos.

Me estás insultando —replicó Leo.

—¿No es curioso lo sensible que puedes llegar a ser cuando se trata de ti, y lo insensible que te muestras a la hora de tener en cuenta mis sentimientos? —preguntó

Angie apretando los dientes.

Leo abrió la puerta bruscamente. Angie levantó la cabeza y subió a la limusina colocando a Jake en la sillita nueva que él había comprado

para su hijo. Una cosa era la seguridad de Jake y otra muy distinta ropa para ella. Leo se sentó de mal humor a su lado. Angie no dijo nada: solo miraba ciegamente por la ventanilla

De pronto, se despertó con la mejilla sobre un duro muslo masculino y las manos sobre el otro. Al comprender que estaba en el regazo de Leo y que el peso cálido que sentía sobre sus hombros era su brazo. Angie se puso colorada y se incorporó de golpe, lanzándose casi al suelo del vehículo. Luego volvió a su posición inicial, al otro extremo del coche, y se puso el cinturón de seguridad que Leo debía haberle quitado. Jake estaba dormido.

—Tu hijo ha sido una compañía maravillosa hasta hace unos veinte minutos —señaló Leo con ojos divertidos, contemplando los cabellos revueltos de Angie—. No puedes ni imaginarte cuántas cabras, ovejas y caballos hay por el campo.

—¿Qué hora es? —preguntó Angie mirando el reloj y comprendiendo que había dormido durante casi dos horas.

Era bastante tarde, pronto llegarían a su destino.

—Y además hemos visto un tren, que ha sido lo más espectacular de todo el viaje —continué Leo —. Pero lo que siempre recordaré es que Jake pidió urgentemente que paráramos para hacer pis justo cuando acabábamos de pasar por un área de servicio. Después, pasamos quince minutos al borde de la histeria…

—¿Lo has llevado al baño?, ¿por qué diablos no me has despertado?

—Parecías cansada, me sentí generoso.

Angie sintió un cosquilleo en la nariz y fingió buscar un pañuelo que, sabía, no tenía. Leo le ofreció el suyo.

—Gracias —dijo estornudando y comenzando a toser—: Lo siento, creo que… que he pillado un resfriado.

—En cuanto lleguemos te vas directa a la cama.

—¿Pero es que crees que puedo quedarme aquí hasta el Año Nuevo?

—Si me dejas quedarme contigo, no volverás a ver la luz del día hasta la primavera.

Angie se le quedó mirando. Leo sonreía con aquellos labios sensuales y vibrantes. Era incapaz de apartar la vista de él. No era solo sexo por parte de Leo, pensó Angie optimista y aliviada. Ella le gustaba, entendía sus bromas, parecía feliz a su lado. Se puso tensa, su mirada ensoñadora se transformó en un amargo reproche. En aquel entonces, se había engañado, había creído que Leo sentía lo mismo que ella. Desvió la vista hacia la ventanilla. Al reconocer la carretera su corazón comenzó a latir acelerado. Minutos más tarde, la limusina entraba en

Deveraux Court. Angie se recliné tensa sobre el asiento.

—Relájate. Angie —aconsejó Leo—. Estás en tu casa.

¿Su casa? Sí, por muy doloroso e irónico que resultara, hubo un tiempo en el que amó aquel lugar más que nada. El camino de grava giraba dando la vuelta a la casa, una mansión de ladrillo de estilo isabelino. La limusina se detuvo. Angie solo tenía ojos para la imponente puerta de entrada. Jake se despertó y comenzó a agitarse contento al ver a Leo desabrocharle el cinturón y tomarlo en brazos.

Angie ni siquiera le prestó atención. Por primera vez en su vida, estaba ciega y sorda a las necesidades de su hijo. Salió del coche y caminó lentamente hacia la puerta. Entonces, vio a su padre de pie, esperando, vestido con un traje de mayordomo pasado de moda, con poco más de sesenta años. Parecía tan tenso, tan inaccesible, que Angie sintió una punzada de dolor repentina aunque familiar.

—Papá…

—Buenas tardes, señorita, caballero… —murmuró Samuel Brown con rostro inexpresivo, haciendo un saludo cortés practicado durante años ante sus superiores—. Espero que hayan tenido ustedes un buen viaje. Hace una tarde maravillosa, ¿no es verdad?

Angie se quedó inmóvil, helada. Hasta Leo se quedó de piedra ante aquel recibimiento. Luego, tomó al niño con una sola mano y puso un brazo protector sobre los hombros de Angie.

—Brown…

—El señor Neville está esperándolos, señor —continuó Samuel con exquisita corrección— ¿Quiere usted que lleve a su invitada a su habitación?

—Yo la llevaré cuando llegue el momento, Brown—contestó Leo con frialdad—. Primero iremos a ver a mi abuelo, no hace falta que nos anuncies.

—Como desee el señor —contestó el mayordomo.

Capítulo 5

Angie observó a su padre alejarse. Leo dejó a Jake en el suelo.

—Wallace debe de estar en el salón.

—¡No te atrevas a fingir que no ha ocurrido lo que ha ocurrido! —exclamó Angie llorando—. ¿Acaso Wallace o tú habíais tenido en cuenta cómo iba a reaccionar mí padre?

—Lamento terriblemente que alguien se sienta obligado a llegar tan lejos para demostrar su desaprobación—contestó Leo—. Pero esa escena ha sido una farsa.

—Papá no cree que mi sitio esté en este lado de la casa…, de hecho es evidente que no me quiere bajo este techo de ninguna de las maneras, ¿y de quién es la culpa?

—De Drew —soltó Leo—. Aunque, en buena parte, también es culpa tuya. Tus relaciones con tu padre era ya tensas antes de marcharte,

—Siempre fueron tensas —musito Angie con sinceridad—. Si hubieras conocido a tu padre a los trece años, siendo un completo extraño para ti, ya verías.

—Brown acabará por ceder…, no le queda más alternativa —aseguró Leo con convicción.

—No te atrevas a decirle nada., ¡no te atrevas a humillarlo diciéndole nada sobre esto! —advirtió Angie enfadada, con ansiedad—. No me importa si me trata como, si fuera invisible, puedo soportarlo, pero no te atrevas a interferir, Leo. El tiene su vida privada y su familia, y no es asunto tuyo.

Leo escrutó su rostro fascinado. Angie demostraba pasión en la defensa de su padre.

—¡Dios mío…, cómo quieres a tu padre!

Jake, olvidado, no hacía más que tirarle a Leo de los pantalones, pidiendo que lo tomaran en brazos:

—¡Leo! —Angie se quedó mirándolo—. Quiero brazos —repitió el niño en tono de ruego. Angie fue a levantarlo, pero el niño se resistió—. No, tú no, Leo,

—No está acostumbrado a los hombres —se apresuró Angie a disculparlo—. George Dickson apenas estaba en casa, y con sus hijos tenía más que de sobra.

—¿Por qué te disculpas? Jake y yo nos hemos hecho amigos mientras tú dormías.

—No quiero que te moleste— musitó Angie

—Me gustan los niños… y no me enorgullece mi primera reacción ante tu hijo, así que no insistas.

Angie observó a su hijo abrir los brazos efusivamente hacia Leo e imitarlo en sus movimientos y gestos. Aquello la ponía histérica, la hacía sentirse culpable. Wallace Neville era un anciano perspicaz. ¿Qué ocurriría si notaba el parecido y descubría su mentira? O, peor aún, ¿y si al ver al niño moreno, afirmaba no creer que fuera su bisnieto, el hijo de su nieto rubio y de ojos azules?

Leo abrió la puerta del salón. Nerviosa y aprensiva, Angie lo precedió de la mano del niño. El abuelo de Leo estaba de pie con un bastón en la mano, delante de la chimenea, con porte orgulloso. Angie se quedó inmóvil. Leo la hizo pasar y cerró la puerta. Wallace Neville observó al niño, que se soltó de su mano y echó a correr hacia un perro en medio de un tenso silencio. Entonces. Angie corrió tras él, pero Wallace levantó una mano para detenerla

—A Boris le encantan los niños, y tu hijo no tiene miedo. Deberías estar orgullosa de él.

El perro se tumbo sobre la alfombra y restregó la cara contra el pecho de Jake.

—Lo estoy —respondió Angie a la defensiva.

Wallace observó al niño y al perro durante unos tensos minutos, y después murmuró satisfecho:

—Es un muchacho encantador, y tiene un fuerte aire de familia. ¿Tú qué crees, Leo?

Angie tragó, contuvo el aliento.

—Sí, es un chico encantador —admitió Leo.

—Sé reconocer la nariz de un Neville cuando la veo—aseguró el anciano mientras tiraba de una cuerda junto a la enorme chimenea. Has hecho muy bien criándolo tú sola, Angie. No te ha debido de resultar nada fácil.

Angie volvió a tragar, y se preguntó si era una locura ver agresividad en la sonrisa de Wallace cuando la recibía con mucha más cortesía de la que jamás hubiera esperado.

—No, no lo fue.

—Bueno, ahora eso ya se terminó. Tu vida está apunto de cambiar —la informó Wallace.

—No estoy muy segura de que quiera que mi vida…

—Tengo muchas ganas de tener a un niño en esta casa por Navidad —continuó Wallace como si no la hubiera oído—. Las fiestas son muy distintas cuando todos han crecido. Querrás lavarte antes de la cena, claro. Espero que te encuentres a gusto entre nosotros, Angie. Deberías tener… hemos contratado a una niñera para que te ayude.

—¿Una niñera? —repitió Angie incrédula.

—Harriet Davis trabajaba para uno de nuestros vecinos, y tiene excelentes referencias —asintió Wallace—. Está ansiosa por conocer a este pequeñín.

Angie abrió la boca para protestar pero en ese instante se abrió la puerta y entró la niñera con paso decidido. Sonrió ampliamente, mirando a Angie, y volvió su atención de inmediato sobre el niño, que seguía arrodillado en la alfombra junto al perro.

—¡Oh, qué perro tan bonito! —exclamó la niñera.

—La señorita Davis va a quedarse vigilando mientras Jake y yo nos vamos conociendo —añadió Wallace dando por concluida la entrevista.

Leo agarró a Angie por los hombros y la sacó de la habitación.

—Jake estará bien —comentó Leo observando su desconcierto—. No puedes pasarte noche y día atada a un niño. Te enseñaré tu habitación.

—Ahora que ya me has separado de mi hijo… misión cumplida ¿no es eso? —contestó Angie en tono de reproche mientras lo seguía por las escaleras.

—Si mi misión estuviera cumplida… —dijo Leo haciendo una pausa en el descansillo de la escalera para esperarla—…, no estaría aquí, ardiendo de lujuria.

—Leo… —contestó Angie con un estremecimiento, observando sus explícitos ojos.

—Por otra parte la última vez no conseguí saciarme—confesó Leo con voz ronca—, No tuve suficiente de ti. Ni tú de mí. Ningún hombre olvidaría una bienvenida como la que me diste tú —Angie se ruborizó profundamente y sus pechos se pusieron tensos. Leo continuó—: ¿Quién podría culparme por querer saborearlo una vez más? Y no finjas que a ti no te ocurre lo mismo, porque tendré que acusarte de mentir. ¿Por qué mentir? No hay nada de malo en admitir que se tiene sed…, ni en satisfacerla.

Angie respiró hondo y apartó la vista. Seguía profundamente

ruborizada. El punto de vista de Leo lo simplificaba todo. El sexo era un mero apetito, sin complicaciones. Pero, ¿por qué iba a ver Leo ninguna complicación? La facilidad con la que ella se había rendido dos años y medio atrás explicaba su opinión. Tenía una doble moral, jamás amaría o se casaría con una mujer de valores permisivos. Drew se había mostrado muy sarcástico al hablar de la falta de relaciones prematrimoniales entre Leo y Petrina.

—Dice mucho sobre la forma de ser de Leo —había asegurado Drew —. Ha tenido un montón de aventuras, pero cuando se trata de contraer matrimonio vuelve la vista hacia su casa y escoge a una griega que es un dechado de virtudes.

Recordar aquello la hizo ruborizarse. Angie comprendió que había estado con la mente en otra parte, y que Leo la observaba inquisitivo mientras la esperaba.

—¿Donde voy a dormir, en el ático?

En respuesta a aquella pregunta, Leo continuó caminando y abrió la puerta de un dormitorio magnífico la: suite china. Angie se quedó de pie en el umbral observando el exquisito interior de paredes de papel pintado y la cama con dosel.

—Acuéstate un rato antes de la cena —sugirió Leo amablemente

Nada más quedarse sola, Angie dio un paso adelante sobre la mullida alfombra con cierto sentimiento de culpabilidad. La habitación disponía de baño y vestidor, y estaba en el ala sur, junto a la mayor parte de habitaciones de invitados. El ala sur había sido construida en el siglo XVI y era completamente distinta de la parte original, de estilo Tudor, oscura y con paredes de madera.

El padre y la madrastra de Angie vivían en la planta baja del ala norte construida unos ciento quince años atrás al estilo victoriano Era la parte más nueva y, sin embargo, la de menor resistencia al paso del tiempo.

—Es un agujero oscuro e inmundo —había dicho su madre, Grace, con desagrado—. ¡No entiendo cómo esperaba tu padre que viviera en un lugar así! —

La separación de los padres de Angie había sido amarga y definitiva Grace había pedido el divorcio y jamás había vuelto a miras atrás. Era una cocinera cualificada, y había puesto su propio restaurante mientras llevaba a Angie a un internado a la edad de siete años. Solo entonces le había confesado a Angie que su padre, a quien jamás había visto, era mayordomo y que tenía que mantenerlo en secreto si no quería que sus compañeras de colegio se rieran.

En resumen, Angie había crecido aprendiendo a avergonzarse de su padre y de su trabajo. Sin embargo, a los trece años, Grace había muerto de un ataque al corazón,

y Samuel Brown había pasado a ser alguien importante en su vida.

Angie se vio obligada entonces a abandonar el colegio y todo lo que le era familiar en el plazo de un mes, a asistir a un colegio de Devon y a vivir en Deveraux Court. Alegre y dicharachera, Angie irrumpió en la vida de su padre y de su madrastra, tranquila y humilde, como una amenaza para sus costumbres y sus expectativas. Las oscuras y húmedas dependencias de la servidumbre la horrorizaron y, al igual que a su madre, la lealtad incontestable de su padre a un viejo amo que le pagaba una miseria la había sublevado.

Descubrir que su padre había vuelto a casarse había sido un shock pan ella, pero Emily, tímida y callada, no había sido una mala madrastra. Su nueva madre, adoctrinada en el servicio y la lealtad a un amo como su marido, era la esposa perfecta para Samuel Brown.

Angie se mordió la lengua incómoda pensando en su madrastra, una mujer a la que no había llegado a conocer realmente hasta que no había sido demasiado tarde. Miró por la ventana y contempló el jardín que tanto había amado. Court era como un túnel del tiempo lleno de maravillas, de recuerdos personales de los antepasados que habían vivido entre sus paredes a través de los años.

Cuatro años atrás, sin embargo, algunos de aquellos maravillosos e irreemplazables recuerdos habían comenzado a desaparecer misteriosamente. Primero un reloj de latón, después un estuche de manicura de plata. Ambos habían desaparecido de habitaciones que apenas se frecuentaban. Poco después, no obstante, los robos comenzaron a ser más importantes, comenzaron a desaparecer objetos de más valor,

—Tiene que ser alguien con fácil acceso a la casa —le había dicho la policía a Wallace.

El servicio fue interrogado en repetidas ocasiones. Cada vez que Samuel Brown descubría una nueva desaparición, la casa entera se revolucionaba. Las sospechas

sembraban el rencor, y su padre se quedaba despierto por las noches esperando pillar al culpable. Samuel Brown había respondido a aquellos robos como si fueran responsabilidad suya por no guardar debidamente la propiedad. Y sin embargo nadie, ni una sola vez, sospecho de la persona a la que Angie pillo robando aquella miniatura…

Angie, desconcertada y asustada, había buscado coartada mientras

se apresuraba a devolver a su lugar el objeto robado antes de que nadie pudiera echarlo en falta. Sin embargo Wallace la había sorprendido con la miniatura en la mano y, naturalmente, había pensando que era ella la ladrona. Demasiado, tarde para comprender el riesgo que corría auxiliando al ladrón.

Aquel día, al recibirla Wallace no había hecho un solo comentario sobre tan humillante episodio, pero Angie no había podido olvidar la ira de su rostro ni el miedo que había pasado, que la había impulsado a confesar su embarazo. Sacudió la cabeza tratando de olvidar aquellos recuerdos y observó a tres figuras paseando por el jardín. Eran Wallace, Jake, y la niñera. Suspiro y se derrumbo sobre la cama. Le pesaba la cabeza. Decidió descansa un rato, se desnudó, quedándose en ropa interior, y se metió en la cama.

Un débil sonido la despertó haciéndola abrir los ojos. Alguien había encendido la lámpara de la mesilla y había descorrido las cortinas, Leo estaba de pie junto a la chimenea.

—¿Que estás haciendo tú ahí? —susurro Angie, trémula, con los ojos muy abiertos.

—Vine a ver cómo estabas y me quedé a echar más leña al fuego.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece. Te sugiero que no bajes a cenar, que te quedes en la cama.

—Pero eso le causaría muy mala impresión a tu abuelo, ¿no crees? —contestó Angie sentándose bruscamente sobre la cama—. Un invitado no puede llegar y meterse en la cama así, sin más.

—Todo el mundo está entretenido con Jake, no creo que deba preocuparte la impresión que puedas causar.

—No me preocupa.

—Estás muy inquieta desde que has llegado —continué Leo—. Te vendrá bien descansar, por los nervios.

—Yo no estoy nerviosa —insistió Angie, que no queda admitir ninguna debilidad ante él.

—Sí, lo estás, lo está cada centímetro de tu exquisito y apasionado cuerpo, y en los lugares más remotos —contraatacó Leo con ojos brillantes acercándose a la cama mientras Angie se ruborizaba.

—¡Aléjate de mí! —advirtió ella gritando.

—¿Se trata de otro juego?

—No sé de qué estás hablando.

—De tus maniobras evasivas y tus gritos de virgen en peligro.

—Simplemente no quiero tener relaciones contigo.

Leo se desabrochó la chaqueta y se dejó caer al borde de la cama.

—¿Tanto daño te hice? —preguntó en un susurro, haciéndola ver que dominaba la situación—. No podías conmigo, ¿no es eso, Angie? Hace dos años y medio tú solo querías jugar, pero yo me lancé y tomé mucho más de lo que tú estabas dispuesta a dar.

—¡Cállate, Leo! —exclamó Angie.

—Pero ahora yo te pregunto… ¿qué esperabas de un hombre que acababa de enterrar a su mujer y a su hija y que se veía acorralado por los recuerdos? Yo quería estar solo, pero tú no hacías más que venir a molestarme. Me forzaste a notar tu presencia y, en cierto sentido, te odié Por ello, Pero ni siquiera entonces podía negar que yo también te deseaba.

—¡Lo único que quiero ahora es que me dejes sola!

Leo acaricié con un dedo la mano de Angie, que se aferraba a las sábanas, y ella la retiro aprisa como si la quemara.

—Has aprendido a ser cauta., esta vez estás asustada…esta vez estas asustada…

—¡No estoy asustada!

—¿No? —preguntó Leo mirándola fijamente. Angie sintió que todo su mundo se venia abajo con aquella mirada profunda—. ¿Entonces por qué te comportas así cada vez que me acerco a ti?

—No me comporto de ninguna manera…

Leo acarició sus cabellos rubios y la atrajo irremisiblemente hacia sí. El corazón le retumbaba en el pecho. Angie apenas podía respirar. Sabía que estaba perdida si él la tocaba, y sin embargo no encontraba fuerzas para resistirse.

—Eres toda una mujer, Angie… te derrites en mis brazos —dijo él respirando profundamente—. Como debe ser…,

—¡Al diablo… es muy peligroso! —gritó Angie.

—Pero las cosas seguras pueden ser muy aburridas—continué Leo con voz ronca, inclinando su cabeza morena y arrogante y presionando los labios sedientos contra los de ella.

Angie se dejó tentar por aquel beso como una mujer muerta de hambre en un banquete. Un atormentado deseo la torturaba. De pronto, abrió los brazos tratando de alcanzarlo, de encontrar sus anchos hombros, de acariciar sus músculos y de sentir el calor de su cuerpo. Tenía el pulso acelerado, el corazón le latía a toda velocidad, el deseo la embargaba.

Leo jadeo satisfecho y rodó por la cama apartando las sábanas y abrazándola, agarrándola de las caderas y presionándola contra su masculinidad excitada. Angie tembló y cerró los ojos con fuerza mientras una ola de anhelo la recorría por entero. Su cuerpo recordaba aquella primera vez, y exigía, ardiente una segunda.

La lengua de Leo jugueteé eróticamente en el interior de la boca de Angie mientras ella buscaba dónde aferrarse, acariciando con las manos la piel de él por debajo de la chaqueta y gimiendo como si estuviera torturándola. Leo levantó la cabeza. Sus ojos, brillantes, reflejaban satisfacción,

—Tú me deseas tanto como yo a ti…

Alargó una experta mano y le desabroché el sujetador, Luego le bajó los tirantes y se la quedó mirando. Aquella apreciativa y escrutadora mirada endureció sus pezones como si se tratara de un beso de fuego. Angie hizo un movimiento instintivo tratando de cubrirse pero Leo se echó a reír y se lo impidió

—Me muero por… quiero poseer cada centímetro de ti enseguida —confesó Leo voraz—, pero al mismo tiempo quiero que me lo ruegues, porque es mejor así… lenta— mente, como un tormento calculado que te llevará al paraíso.

Aquella intensísima sensualidad la excitaba. Angie no podía apartar los ojos de él. Luego, cuando él bajó la cabeza y su lengua comenzó a lamer sus pezones, Angie arqueó la espalda y jadeo alargando las manos para enredarlas en sus cabellos y tirar de él. Leo acaricio con dedos expertos su parte más sensible y jugueteo con sus pezones hasta que Angie creyó desfallecer.

Angie oyó a alguien gemir, pero no se dio cuenta de que era ella. No podía quedarse quieta. Cuando Leo la tomó por las caderas y la estrechó apretándola contra sí Angie gritó de satisfacción. La boca de Leo la devoraba con pasión carnal mientras se acoplaba entre sus piernas, bien abiertas. Sentir su peso y su calor contra la parte más sensible de su cuerpo casi la volvió loca. Un calor insoportable pulsaba en su interior., hasta que Leo, maldiciendo se aparté de ella.

Solo entonces comprendió Angie que llamaban a la puerta. Leo se pasó una mano por el cabello y se levantó de la cama. Angie, que al principio se había quedado helada, pasó de la frustración al shock al comprender que había cedido y se había entregado.

—¡No te atrevas a contestar! —susurré horrorizada saliendo de la cama ella también—. No quiero que nadie sepa que estás aquí.

Angie abrió la puerta asomando la cabeza y tapándose el cuerpo., a

medio vestir.

—Lo siento, estaba en el baño.

—La señorita Davis me ha pedido que le diga que pronto llevará a su hijo a la cama —dijo una sirvienta desconocida de uniforme.

—Gracias, iré dentro de diez minutos —prometió Angie, cerrando la puerta con un fuerte sentimiento de culpabilidad.

Leo caminó a grandes pasos hacia la puerta. Sus ojos brillaban.

—Dije que no te molestaran…

—Es una lástima que tú mismo no siguieras tus propias órdenes— contestó Angie mirando para abajo y ruborizándose al ver sus pechos desnudos—. Y ahora, por favor, ¿quieres marcharte? No quiero que vuelvas a acercarte a mí…

—Hasta la próxima vez…, y la siguiente —contestó Leo, con suprema arrogancia—. Hay cosas contra las que no puedes luchar, y esta es una de ellas. Ahora eres mía, será mejor que vayas haciéndote a la idea. Después de todo, yo puedo ofrecerte muchas cosas

—¡Que romántico eres, Leo! —exclamó ella ante aquel cinismo.

—Te sorprendería saber lo romántico que fui en una ocasión —contestó Leo con una risa despreciativa, abriendo la puerta—, pero eso ya pasó. Lo que hay ahora entre nosotros es algo primario, sincero y mucho más de mi gusto.

—¡Maldito seas, no hay nada entre nosotros! ¿Te dignas escuchar alguna vez algo de lo que te digo?

—Te escucharé cuando digas algo sensato. Te sugiero que vayas a ver a Jake, te vuelvas a la cama y pidas que te traigan la cena. Para ser francos, tienes un aspectolamentable.

Seguía pesándole la cabeza y doliéndole la garganta, pero no estaba dispuesta a faltar a la cena por un simple catarro. Wallace Neville despreciaba a los cobardes. Angie se cepillo los cabellos, se vistió con la única ropa decente que tenía y se apresuré a la habitación de su hijo.

Harriet Davis estaba leyéndole un cuento a Jake. El niño estaba metido en la cama con los ojos medio cerrados. Al ver a su madre los abrió brevemente y dijo algo incoherente sobre unos caballos, pero enseguida se durmió.

—Siento haberla dejado sola al pie del cañón —dijo Angie incómoda.

—Pero si es para eso para lo que estoy aquí, señorita Brown —alegó la mujer sorprendida—. Jake es encantador, ni es tímido ni se siente extraño. No tiene que preocuparse por él. Baje a cenar, yo me quedaré aquí —explicó señalando una puerta que daba a otro dormitorio—.

Dejaré la puerta abierta por si Jake se despierta.

—Jake solo se despierta si tiene pesadillas.

Angie se puso tensa al escuchar el sonoro ruido del gong anunciar que iban a servirse los aperitivos antes de la cena. Salió al pasillo y comenzó a bajar. Leo no dudaba ni por un momento de que ella iba a acabar por ceder. Dos años y medio atrás, tampoco había concebido ninguna duda. En el corto lapso de cuarenta y ocho horas había saciado su curiosidad, su lujuria, y la había abandonado. Le había enseñado una dura lección, pero ella podría haberla encajado mejor de haber sido él menos franco y sincero.

—Esto… —había dicho él en aquella ocasión—, ha sido solo un error de juicio por mi parte. Sobrio, y con dominio sobre mí mismo, jamás te habría llevado a mi cama.

—Me deseabas —había contestado Angie, desolada ante su brusco cambio de opinión.

Angie se había acostado con un amante y, a la mañana siguiente se había levantado con un extraño.

—¡Dios mío… llevo meses solo! ¡Necesitaba una mujer…! —había exclamado Leo entonces—. Y tú estabas en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Un accidente, reflexionó Angie con creciente angustia. Lo que había sido cierto entonces, seguía siéndolo en ese momento. Ella no cometía graves errores de juicio en las cosas relacionadas con el corazón, como él. No, por que nunca había sido lógica cuando se trataba de Leo Demetrios. Ni siquiera el día en que se casó con Petrina. Y menos aún dos años y medio atrás, el día en que él se tumbé en la hierba con los vaqueros ajustados, la camisa desabrochada y una botella de brandy en la mano y la miró como si estuviera desolado…

Por fin, llegó a la planta baja, pero llegó desgarrada: una parte de sí misma, la que no podía controlar, necesitaba a Leo. Su mente, sin embargo, insistía en que mantuviera las distancias. Angie vaciló, levantó la cabeza y entró en el salón.

Leo se dio la vuelta. Iba de etiqueta. Angie no vio a nadie excepto a él. Aceptó una copa de sherry de un sirviente con una bandeja y vio, sorprendida, cómo Leo la rodeaba por la cintura en un gesto íntimo completamente inesperado.

—¡Angie…! —la llamó una voz familiar, atónita.

Solo entonces vio Angie al resto de personas que había en la habitación junto a Wallace, un hombre alto y rubio, Drew. Su semblante reflejaba verdadera sorpresa ante su aparición. Pero, la sorpresa se

apodero también rápidamente de Angie, que de pronto se dio cuenta del peligro que corría. ¿Cómo seguir creyendo que Drew era el padre de Jake, cuando él estaba allí para desmentirlo? Al concebir la idea de asumir la paternidad Drew había estado convencido de que ella abortaría, y no se le había ocurrido pensar que al final ese niño podría ser un arma contra él. ¿Pero sabía Drew que ella había tenido un hijo, y que estaba durmiendo, en ese momento unos cuantos pisos más arriba?

—Alguien debería haberme dicho que Angie había vuelto —dijo Drew tenso y ruborizado, consiguiendo, no obstante, echarse a reír.

—Las navidades son una gran ocasión para la reconciliación— señaló Wallace.

—¡Y encima va a cenar con nosotros! —continué Drew, sin relajarse —. ¿Es que ha ocurrido algo aquí que yo no sepa?

—Bueno, sin duda Leo tiene a Angie agarrada así por algún motivo que solo él conoce —comentó Wallace mirando divertido a su nieto.

Angie se ruborizó y se aparto de Leo como si la hubieran pillado haciendo algo indecente. El gong volvió a sonar. Era la hora de pasar al comedor. Drew seguía

mirando a Angie con el ceño fruncido.

—¿Has venido con Leo?

—¡Dios mío!, ¿estás de broma? ¿Leo y yo? —preguntó Angie medio gritando, fingiendo sorpresa.

Segundos más tarde, miró a Leo de reojo y deseo no haberlo hecho. El sonreía con tal frialdad que Angie se quedó helada,

—Vamos a cenar antes de que los sirvientes se desconcierten —decretó Wallace haciendo caso omiso de la tensión que se respiraba en el ambiente.

Drew se apresuro a unirse a Angie para preguntarle en un susurro:

—¿Que demonios está ocurriendo aquí?

Angie no contestó. De pronto, no sentía más que desagrado y amargura. Drew la había dejado en mal lugar ante Leo. Habría podido dejarla en paz, abandonarla a su suerte, a su mala reputación, pero no había hecho ni eso. Y, en cuanto a Leo, ¿por qué no la había advertido de que Drew estaría allí? ¿Era la presencia de Drew la razón por la que Leo le había sugerido que no bajara a cenar?

Una vez en el comedor, un sirviente la ayudé a sentarse retirándole la silla y abriéndole la servilleta. A pesar de su estado de abstracción. Angie era consciente del gran número de sirvientes nuevos de la casa. Dos años y medio atrás era su padre quien servía la cena. Esa noche, en cambio, Samuel estaba de pie, en un ángulo del comedor, dirigiendo en

silencio a todos los sirvientes como si se tratara de un maestro de ceremonias

Tras ignorar el comentario de Drew, Angie se sentó y bebió dos copas de vino esperando caer en la más maravillosa de las inconsciencias. Drew la miraba de reojo de vez en cuando con una expresión curiosa, pero al mismo tiempo hablaba y hablaba sin parar de su carrera en Nueva York como ejecutivo de publicidad. Se refirió tres veces a un premio que había ganado, y no dejó de ponerse por las nubes tratando de hacerles ver a todos que era una persona de éxito.

Leo, en apariencia atento, le hizo unas cuantas preguntas perfectamente corteses a las que Drew respondió de mal humor, como un fanfarrón un jactancioso, y un arrogante. Wallace solo respondía asintiendo.

—Por Supuesto, estoy pensando en trasladarme a Londres —les informó Drew con una enorme sonrisa. No puedes ni imaginarte lo bien que me siento de estar otra vez en casa, abuelo. Veo que aquí ha habido algunas mejoras…

—Más de las que imaginas —recalco su abuelo,

—Este lugar necesitaba unas cuantas reformas. Si quieres, luego me llevas a dar una vuelta después de la cena y me enseñas lo que has hecho— continuó Drew como si le estuviera concediendo un favor.

—Te aburrirías —intervino Leo Secamente

Drew sostuvo la mirada, pero apretó los dientes.

—Si hay algo que he aprendido viviendo en el extranjero, es el valor de mi propia casa.

—Pues es un poco tarde para eso, Drew —contestó Wallace directo —.Vendí Court con todo lo que había dentro hace dos años. A Leo.

Angie abrió los ojos inmensamente, estuvo a punto de tirar la copa. Drew abrió la boca atónito, mirando a su abuelo incrédulo. Wallace sonrió satisfecho. A juicio de Angie, fue la sonrisa más sincera que había visto jamás en él. Solo Leo permaneció inmutable.

Capítulo 6

Wallace Neville se aclaró la garganta y miró a Drew.

—Gracias a tus malas artes, estuve a punto de arruinarme. Tus deudas casi acabaron con la propiedad. Court necesitaba reparaciones, y yo no estaba en posición de financiarlas. Siempre pensé que había heredado esta propiedad en depósito para pasarla a futuras generaciones, pero me temo que está más segura en manos de Leo que en las tuyas.

Mientras Wallace hacía ese comentario, Drew se ponía rojo de ira. Angie no sabia adónde mirar. Estaba muy nerviosa por la noticia de que Leo era el propietario de Deveraux Court, pero más aun por tener que escuchar una conversación familiar.

—¿Y por qué no me lo dijiste hace dos años? —exigió saber Drew resentido—. ¿No crees que tenia derecho a saberlo?

—No —negó Wallace rotundo—. Cuando me dejaste solo con tus deudas, sin importarte mi suerte, perdiste todos tus derechos en relación a Court. Pero tranquilo, Drew… Leo me pagó bien, tengo los cofres llenos.

Drew se echó atrás, y Angie se levantó bruscamente de la mesa.

—Creo que todos estaréis mucho más cómodos si os dejo solos…

—¡Tonterías, niña! —exclamó Wallace decidido e impaciente—. Siéntate y cállate. Hay más, y te atañe a ti precisamente.

—¿A mí? —repitió Angie hundiéndose en el asiento.

—¿Y cómo puede relacionarse con ella? ¿Quiere alguien decirme de una vez qué ocurre aquí? —exigió saber Drew, airado y lleno de frustración.

—Tienes poca memoria, Drew —comentó Leo con calma.

—Sí, ella es la madre del niño —respondió Wallace sarcástico, escrutando el airado rostro de su nieto—. Angie es la madre de tu hijo, Drew. ¿A que es un buen regalo de Navidad?

Angie se quedó helada. Estaba aterrorizada y disgustada.

—La madre de mi… ¿qué? —repitió Drew a punto de explotar.

—Angie no abortó tal y como tú le sugeriste—explico Leo secamente—, Tiene un hijo.

—Pues si lo tiene, entonces es de… — pronto Drew cerró la boca, recordando, evidentemente sus propias palabras reclamando ser el padre. Drew echó una mirada incrédula y acusadora a Angie—. ¡Dios mío! ¿qué es esto?, ¿una caza de brujas—continuo preguntando, volviendo la vista hacia su abuelo—. ¿Para qué me has invitado esta Navidad?

—Siempre serás bienvenido aquí, mientras viva, Drew—Le informó Wallace con tranquilidad—, Pero creo que debo informarte de que corres el peligro de ser desheredado en favor de tu hijo.

—¿Des…heredado? —repitió Drew con gran esfuerzo.

Leo estaba tenso. Angie lo observaba. Tenía el ceño fruncido, observaba a su abuelo sin perder detalle. Era evidente, aún para ella, que aquel anuncio en particular era una sorpresa también para él.

Angie retiró ruidosamente la silla sin decir palabra ni mirar a nadie, se levantó tambaleante y salió de la habitación. Estaba desolada, temblando, sudando. Había hecho bien al sospechar de los motivos de Wallace para invitarla, al dudar de la bondad de su corazón. Los había reunido a todos deliberadamente molesto contra su nieto, tratando de utilizarla a ella y a su hijo como arma arrojadiza contra él.

Y no podía permitir que Wallace hiciera una cosa así…, debía entrar de nuevo en la habitación y decir a todos que Jake era hijo de Leo. Pero, sin duda, Drew ya se habría encargado de eso. No permanecería impasible y en silencio ante la última amenaza de Wallace.

Angie llegó al Orangery, en el ala norte, sin darse cuenta; era su sala favorita de la casa en la adolescencia, un invernadero que la familia apenas usaba. Sin embargo estaba tan cambiada, que apenas la reconocía. El suelo de baldosas había sido restaurado, había una fuente de bronce con un león y enormes plantas. Una carcajada escapo de sus labios.

¿Pero en qué había estado pensando desde el momento de su llegada?, se preguntó. Era evidente en el cuidado jardín, en el aumento del personal de la servidumbre, en la ausencia de la más mínima mota de polvo, en la exquisitez de la comida, magníficamente presentada… Tantos cambios, y todos ellos revelaban una riqueza que Wallace jamás había poseído.

—Angie…

Angie se enderezó, pero no fue capaz de darse la vuelta para enfrentarse a Leo. El aún no sabía que era el padre de Jake. ¿Cómo lo sabía? Por su forma de llamarla, demasiado tranquila y controlada… Tal y como era de esperar, Leo caminó a grandes zancadas para mirarla de frente y evitar que huyera.

—Yo no sabía que Wallace había invitado a Drew, no me lo dijo —confesó ásperamente—. No conocía sus planes. Jamás te habría puesto en una situación como esta a sabiendas.

—A que ahora mi padre trabaja pasa ti —susurró Angie temblorosa. Leo permaneció en silencio. Angie se estremeció. Luego, bruscamente, se volvió hacía otro lado—. ¡Maldito seas, Leo! ¡Deberías habérmelo dicho!

—No es tan importante…

¿Que no es tan importante?—replico ella perpleja.

—Wallace ocupa ahora una serie de habitaciones de la planta baja, pero es porque, debido a su salud, ya no puede subir y bajar escaleras. Para todo lo demás, él ha sido y sigue siendo el señor, y yo no hubiera permitido que hubiera sido de otro modo —explicó Leo—. Drew casi lo arruina. Compré esta casa porque tenía que comprarla, no porque quisiera privar a Drew de lo que toda la vida ha considerado suyo.

—De todos modos él la habría vendido —musitó Angie sin darse cuenta, pensando en voz alta

—Ha sido una noche muy reveladora —murmuré Leo oscuramente, dejando a un lado la conversación convencional, tal y como había hecho ella antes, y demostrando con ello que estaba más afectado de lo que parecía bajo su fría compostura

Angie cruzó los brazos sobre su torso en un gesto defensivo y contestó con sinceridad en un susurro:

—Aterradora

—Mírame —ordenó Leo.

—No… puedo…

¿Cómo iba a mirarlo a la cara cuando se lo dijera?, ¿cómo iba a decir que Jake era su hijo? Leo se pondría hecho una furia. La odiaría no le volvería la espalda a Jake, asumiría su responsabilidad pero la despreciaría por colocarlo en semejante situación,

—¡Demonios! —exclamó Leo explotando y poniendo una mano sobre su hombro para hacerla volverse y mirarlo a la cara—. ¡Te he dicho que me mires!

Angie se tambaleo. Lo miró aterrorizada con la boca seca y el corazón palpitante. Él buscó en su mirada, observó su rubor y, de

pronto, la apartó de sí con un solo movimiento y una expresión de desprecio.

—¡Eres una zorra no podías apartar los ojos de él!

—¡No, yo…!

Leo extendió los brazos en un gesto de desprecio y luego volvió a dejarlos caer. Sus ojos brillaban

—¡Te metió en su cama, te poseyó y te abandonó! ¡Y, no contento con eso, encima se jactó de su hombría. Y sin embargo ahí lo tienes: Drew entra en el comedor esta noche, después de dos años, y de repente no existe para ti nadie en este mundo más que él.

—¡Pero si no ha sido así…! —se defendió Angie confusa.

—Quizá no te fijaste en su reacción al conocer la noticia de que habías tenido un niño —continuó Leo—. Se había olvidado por completo de que hubiera tenido nunca ese problema. Se quedó paralizado. Habría negado incluso toda responsabilidad, de no haberse acordado a tiempo de que había estado jactándose de su virilidad

—Leo…, tengo algo que decirte…

—No, no tienes nada que decirme, nada que yo quiera oír —la interrumpió con rudeza y rotundidad—. Esta noche he descubierto al fin lo que quería saber. Aún estás

loca por Drew

—Yo no estoy loca por…

—¡Eres patética, Angie! —exclamó Leo echándole un ultimo y despreciativo vistazo antes de alejarse a grandes zancadas.

—¡Leo! —gritó ella tras él, quedándose paralizada después al ver aparecer a Drew en el umbral de la puerta.

—¡Es toda tuya —gritó Leo al pasar al lado de él.

Angie, temblorosa, buscó un sillón de mimbre y derrumbó sobre él.

—¿Que le pasa? —inquirió Drew irritado, deteniéndose delante de ella.

—Todo esto es por culpa de tus mentiras —respondió Angie.

—Así que Leo te contó que…

—Sí,

—Bueno todos hacemos tornerías cuando bebemos más de la cuenta —alegó Drew como si nada, negándose a reconocer su error de un modo insultante— pero eso no explica por qué todos siguen creyendo que tu hijo es mío. ¿Por qué no les has dicho la verdad?

—No me siento demasiado bien —contestó Angie hundiendo el rostro entre las manos.

—Pues lo siento… pero has arruinado mi vuelta a casa—la condenó

él.

—Hiciste algo terrible, Drew… no trates de echarme toda la culpa de esta situación a mí —advirtió Angie.

—Pero si tiene solución, y fácil —alegó Drew con estudiada naturalidad—. Dile a Leo que, cuando descubriste que estabas embarazada, creíste que el bebé era mío, y que luego te diste cuenta de tu error

Angie soltó una risa ronca. Era el mismo Drew de siempre, tremendo, ridículamente consciente de su propio ego ante Leo. No estaba dispuesto a que lo tacharan de fanfarrón y mentiroso, ni siquiera estaba dispuesto, después de dos años, a admitir que jamás habían sido amantes. Drew siempre se había distinguido por su egoísmo. Angie apoyó las manos en los brazos del sillón y se puso en pie.

—¿A dónde vas? —inquirió Drew.

—A la cama…, le contaré la verdad a Leo el día en que tú también se la cuentes —aseguró Angie temblorosa con ojos azules enfebrecidos por la inamovible convicción.

Drew la observó incrédulo y enfadado.

—¡Pero sino va a creerme!

—Pues tendrás que hacer algo para resultar convincente… porque yo no voy a fingir que soy una zorra y una promiscua solo para que puedas fanfarronear.

—¡Dios mío…! ¿Pero qué puedes perder tú?, ¿a Leo? Jamás será tuyo, y sin embargo ese niño podría ser para ti un salvavidas, un cheque en blanco de por vida. ¿Por qué no aprovecharlo? —Angie lo miró atónita. Drew jamás se había mostrado tan mezquino ante ella—. Está bien…, es cierto que Leo no va a darle la bienvenida a un bastardo. Sobre todo ahora, que Marisa Laurence va a convertirse en la segunda señora de Demetrios, Pero te aseguro que merecerá la pena. No tendrás que volver a trabajar.

Angie se volvió pálida.

—¿Marisa… Laurence?

Drew enarcó una ceja. Se divertía cruelmente observándola.

—Sí, ya sabes, su amiga de toda la vida —le recordó Drew—, Sea lo que sea lo que hayas pensado, ya puedes ir olvidándote. Marisa es una mujer muy decidida. Si yo fuera tú, me daría prisa.

Angie volvió a cerrar los ojos y se marchó, temerosa de desmayarse si seguía de pie. Marisa Laurence… la hija del mayor terrateniente de la zona, visitante habitual de la casa. Un agudo dolor la embargó. Aquello era más de lo que podía soportar. Así que era con ella con quien había

estado la noche anterior a su viaje a Bruselas.

—Dime una cosa… —susurró Angie sin volver la cabeza—, ¿por qué pasaste de ser mi amigo, en el que yo confiaba, a mi enemigo?

—Así que por fin te has dado cuenta, ¿eh? —contestó Drew—. ¿Y no lo sabes? Hace dos años y medio, yo estaba enamorado de ti.

—¿Qué? —dijo Angie dándose la vuelta atónita.

—Oh, sí —insistió Drew con amargura—. No es que me enorgulleciera conformarme con las sobras de mi primo. Por desgracia, Leo no dejó gran cosa, ¿no crees? En aquellos días tú eras una zombi, eras como un caparazón andante sin nadie en el interior. ¡Me utilizaste para salvar tu orgullo ante Leo!

Angie enrojeció de vergüenza. Era cierto. En cierto sentido lo había hecho. Era cierto que había vivido obsesionada con su propia agonía, que había estado por completo ciega, que no había visto ni lo que ocurría delante de sus narices.

—Lo siento, Drew… lo siento de verdad —consiguió decir Angie llena de lágrimas, con un nudo en la garganta, esforzándose por volverse de cara a él.

—Olvídalo. Quizá, si no hubieras estado embarazada de Leo, te habría convencido de que te casaras conmigo, y eso habría sido un grave error. No, no te molestes en disculparte… si te hubieras casado conmigo, habría tenido que encerrarte y tirar la llave cada vez que Leo viniera a visitarme. Llevas tanto tiempo siendo suya que dudo que alguna vez puedas ser de otro.

—¡Ya no es así! —se apresuró Angie a protestar.

—¿No? —preguntó Drew sarcástico, hiriendo un poco más su ya maltratado ego—. Solo te queda el orgullo, Angie, es la verdadera razón por la que no le dices a Leo que él es el padre de tu hijo. Hasta a mí me das pena por lo que vas a tener que afrontar. Rasca un poco y descubrirás en Leo la moral y los viejos valores de un dinosaurio. Tener un hijo ilegítimo sería para él lo peor, y te aseguro que es uno de los tipos más incapaces de perdonar que he conocido jamás.

Drew se marchó por el corredor, y Angie se agarró a la puerta para no desmayarse presionando la frente contra el cristal. Un brazo amigo la agarró por la espalda

—Deberías irte a la cama…, tienes mucha fiebre como siempre que pillas un resfriado.

Angie se volvió confusa y observó a su padre.

—¿Papá?

—Me gusta mantener en privado mi vida —dijo Samuel Brown,

sosteniéndola por el oscuro corredor—, Hace casi dos años, Angie. No quería saludar a mi hija y a mi nieto por primera vez delante de mi amo. No era ni el momento ni el lugar pero sigues siendo mi hija, y nada puede cambiar eso.

—Pensé que estabas enfadado conmigo… —contestó Angie con lágrimas en los ojos.

—Todos comete errores, Angie. Tú… yo. Quizás si hubieras hablado conmigo antes de huir, habría podido ayudarte.

Angie apoyó la cabeza sobre su hombro. Era difícil. Él era más bajo que ella, pero aquello era lo más cercano a un abrazo Samuel no era un hombre efusivo, las demostraciones de afecto lo cohibían. Posiblemente esa había sido por la que se habían mantenido alejados cuando ella se había ido a vivir a Deveraux Court. Sin embargo Angie lo veía cambiado, sus rígidos principios se habían suavizado, y no podía dejar de preguntarse por qué.

—Te mandaré a Emily ¿quieres? —ofreció Samuel al llegar arriba, a las dependencias de los sirvientes—. Te ayudará a meterte en la cama.

—No, no será necesario —contestó Angie tensa—. No molestes a Em, enseguida estaré bien. Buenas noches, papá… y gracias.

La cabeza le daba vueltas. Tenía náuseas, frío, estaba mareada. Apoyo una mano sobre la pared para guiarse y, de pronto, tras escuchar unas rápidas pisadas, sintió que

se mareaba y la cabeza se le iba.

Leo parecía acercarse a cámara lenta hacia ella. Angie se tambaleo, pero enseguida un par de manos la sujetaron mientras caía al suelo. Fue Leo quien la tomo en brazos, Leo la última persona a la que vio antes de que todo se pusiera negro. Y fue a Leo a quien escuchó decir:

—Tranquilo, Brown… yo me ocuparé de esto.

—Angie no se lo va a agradecer si llama al médico, señor —aseguró Samuel Brown con voz distante mientras Angie salía de lo que, suponía, era un sueño delirante—. Ella detesta que se arme tanto jaleo, y probablemente mañana ya estará bien,…

—¿Probablemente? —lo interrumpió Leo, exasperado—. Puede que tenga una neumonía…

—No lo creo, señor. La primera vez que tuvo tanta fiebre como hoy nos dio un buen susto, pero es que ella siempre pilla los catarros así. Por favor, no se preocupe usted. Emily va a meterla en la cama, y se quedará con ella toda la noche…

—He dicho que yo… ¿es que necesito carabina? —preguntó Leo.

—El señor Wallace dijo una vez que mi hija necesitaba un

guardaespaldas las veinticuatro horas del día, y yo estoy de acuerdo con él, señor.

Angie se fijó en Leo en los tensos minutos que siguieron. Estaba irritado, enfadado. Pero la réplica de su padre era espléndida.

—Estoy preocupado por ella.

—Es usted muy amable, señor… pero no hace falta que se tome más molestias.

No, no necesitaba tomarse tantas molestias. Si Drew tenía razón. Leo tenía otra mujer en su vida. Angie volvió a sumergirse en el sueño.

Cuando abrió los ojos de nuevo, la cabeza ya no le daba vueltas, se sentía mucho mejor. Sin embargo tenía mucha sed. El sol naciente se colaba por la ventana, por el hueco de las cortinas, dibujando la silueta de una figura alta, de pie, junto a la ventana. Era Leo, con su traje. inmaculado, su camisa y su corbata. Angie trató de sentarse y él se giré en su dirección.

El corazón comenzó a latirle de tal modo, que apenas podía respirar. Los brillantes ojos negros de Leo estaban llenos de energía, de fuerza de voluntad. Aquellos ojos la penetraban como un cuchillo. Entonces, Angie supo que aún amaba a Leo. No podía seguir engañándose. La afilada lengua de Drew la había forzado a reconocer la verdad. No había cura posible, solo podía soportarlo con paciencia.

—Esta mañana, a primera hora, encontré a tu madrastra dormida en el sillón.

Angie recordaba vagamente a Emily haciendo algo a su alrededor, en medio de la noche. Ofreciéndole algo de beber y retirándose después entre las sombras. Las dos se sentían incómodas. No era de extrañar, después de lo ocurrido, pero Angie sabía que tendría que arreglar aquel asunto si no quería que su padre se diera cuenta de que pasaba algo.

—Mañana me voy de viaje a Londres durante un par de días —continuó Leo con rostro inexpresivo. Angie sintió que la esperanza y el corazón se le rompían, y se odió a sí misma por ello, Alargó una mano y trató de alcanzar un vaso de agua de la mesilla—. Tally, la novia de Drew, vendrá enseguida a pasar unos días…

Tenía que decirle que él era el padre de Jake. Tenía que resolver el asunto de una vez por todas, le decía el sentido común. ¿Pero por qué molestarse?, ¿por qué tomarse el trabajo?, preguntaba una voz más seductora en su interior. Contárselo a Wallace. dejar que él hiciera lo que quisiera y desaparecer mientras Leo estaba fuera. Su padre le prestaría algún dinero para seguir adelante y…

—Así que te sugiero que vuelvas a Londres conmigo—añadió Leo en

voz baja.

—¡No! —respondió Angie volviendo los ojos torturados hacia él con un gesto de reproche.

—No es para compartir mi cama, ni siquiera pan compartir el mismo techo. Creía que anoche había sido lo suficientemente franco, pero es obvio que no. Me retiro de esa lucha, Angie… Sin embargo soy el responsable de que estés aquí, y no creo que sea una buena idea que te quedes.

—Así que me echan —contestó Angie dolorida.

—Te rescatan, te salvan de ti misma —la contradijo Leo secamente —. ¿De verdad necesitas que lo diga en voz alta? Tú, Jake, Drew, y esa novia suya, sentados a la mis ma mesa… La verdad es que Wallace se muestra bastante indiferente a todo excepto a su propio deseo de obligar a Drew a sudar sangre. En el fondo, sin embargo, sigue queriendo mucho a mi primo y, aunque creo que le dejará a Jake algo en su testamento, dudo mucho que Drew vaya a perder nada.

Los robos aquellos terribles robos. Naturalmente Leo creía que ella se quedaría para tratar de sacar provecho. La verdad jamás saldría a relucir, ¿Cómo iba a salir a relucir? Emily se llevaría el secreto de su culpa a la tumba, y ella lo guardaría eternamente por el bien de su Padre. Angie se puso pálida.

—Estás convencido de que ese dinero me importa, ¿verdad?

Leo escrutó su rostro con ojos negros, brillantes, y rasgos duros.

—Creo que eres peligrosa, y que como amante mía lo serías aún más, serías perfectamente capaz de destrozar esta familia,

—¡Yo no voy a ser tu amante… jamás hubo la menor posibilidad! —juró Angie.

—¿En serio crees que no la hubo? —repitió Leo arqueando una ceja sarcásticamente—. Bueno, ahora ya no importa. De todos modos, me niego a quedarme en un segundo plano, observándoos a Drew y a ti —de pronto sonó un timbre. Leo se sacó un teléfono móvil del bolsillo y caminó hacia la puerta—. Luego nos vemos.

—¡Leo…! —lo llamó a gritos Angie llena de frustración.

La puerta, no obstante, se cerró. Ya bastaba de fingimientos. Se vestiría y se enfrentaría a Leo, le diría la verdad de una vez por todas. Después de haber tomado aquella decisión, Angie salió de la cama, se bañó y se lavó el pelo. Y, mientras se secaba el pelo, comprendió que se le había hecho tarde: eran casi las diez de la mañana.

El dormitorio de Jake estaba vacío. Angie bajó las escaleras. Asomándose sobre la barandilla, vio a su padre abajo y lo llamó:

—¿Donde está Jake?

—Fuera, dando un paseo con Harriet y con el perro.

—¿Y Leo…?

—Ocupándose de negocios. Ha salido, creo que va a pasar todo el día fuera.

Angie gruñó de mal humor. Hubiera debido de suponerlo, tendría que haber salido corriendo tras él descalza y en camisón

—¿Tienes el número de su teléfono móvil? —Samuel, puso cara de póquer, como si le hubiera pedido las joyas de la corona—. Papá, por favor, no seas tonto.

Una vez conseguido el número, Angie bajó a la biblioteca a usar el teléfono.

—Demetrios —contestó Leo impaciente.

Angie escuchó voces masculinas de fondo. Respiró hondo y dijo;

—Soy Angie… he estado pensando y… necesito hablar contigo, en serio.

—Pues este no es el mejor momento —respondió Leo con frialdad —. ¿De qué se trata?

—Leo, no es algo de lo que se pueda hablar por teléfono… es algo muy… bueno, muy…

—¿Muy qué?

—Intimo, personal… —susurró Angie retorciendo el cable del teléfono—. Es sobre ti y sobre…, mí.

El silencio al otro lado de la línea se hizo espeso.

—¿En serio…? —inquirió Leo respirando hondo, profundamente, con un acento que la estremeció.

—Solo quería asegurarme de que nos veremos a solas en cuanto vuelvas. Podríamos encontrarnos en el Orangery

—Mejor en mi suite. El Orangery estaba lleno de gente anoche,

—¿Cuándo? —preguntó Angie.

—Utilizaré el helicóptero… espérame dentro de una hora —murmuró Leo con voz ronca. Luego, Angie oyó que decía antes de colgar, para el resto de caballeros que

estaban con él—: Señores, esta reunión ha terminado.

—¿Una hora? Esa sí que era una sorpresa, pero de las buenas. Se sentiría infinitamente mejor en cuanto le contara a Leo la verdad, Le estaba tremendamente agradecida por haberse dado cuenta de que se encontraba en un estado de fuerte ansiedad y necesitaba hablar urgentemente con él.

Wallace jamás aparecía antes del mediodía, y Drew nunca había

sido madrugador, así que Angie desayunó sola resistiéndose a la tentación de preguntarle a su padre por Maria Laurence. Pedirle esa información era ponerlo en un compromiso, y lo más probable era que Drew hubiera mencionado ese nombre pura y simplemente por malicia. Era imposible que Leo tuviera relaciones con otra mujer.

Jake entró a verla y Angie lo levantó en brazos. Veinte minutos más tarde, su padre asomó la cabeza para preguntar si podía llevarse a Jake a las dependencias del servicio. Conmovida y sorprendida ante semejante petición, Angie observó a su padre y a su hijo caminar de la mano y se maravilló de que aún no le hubiera hecho una sola pregunta al respecto. Quizá juzgara más inteligente esperar. Angie sintió que se ruborizaba. Recordaba haber discutido con su padre cuando este descubrió que ella había pasado dos noches en el Folly con Leo, mientras él acompañaba a Wallace a Londres.

Era casi la hora de la cita con Leo. Angie subió las escaleras y se dirigió a la Long Gallery, en donde había estado siempre la suite de él. Al escuchar el ruido del helicóptero apretó el paso y entró en una zona de la casa que siempre le había estado prohibida. Su padre siempre había mantenido que las dependencias privadas de la familia eran sacrosantas, y ella jamás se había atrevido a asomar la cabeza.

Angie se encontró con un espacioso salón lleno de muebles de roble y cómodos sillones. Según su padre, la puerta de la izquierda daba al dormitorio, al vestidor y al baño, y la de la derecha al despacho. Angie quería echar un vistazo a ambos lados, pero no quería que la pillaran.

En realidad estaba completamente aterrorizada. Leo era muy inteligente, tremendamente sincero. Pedirle que comprendiera las razones que la habían llevado a dejar que todos siguieran creyendo que Drew era el padre de Jake… bueno, era como pedirle que comprendiera a un loco cuando él estaba cuerdo.

Leo llegó sin previo aviso. Las paredes eran demasiado sólidas como para que Angie escuchara sus pisadas en la distancia. Angie estaba alisándose la falda por décima vez y enredándose los dedos en los cabellos cuando la puerta se abrió. Ella vaciló. Leo la volvió a cerrar con un movimiento de cadera y miró a Angie con la más encantadora y hechicera de las sonrisas. Eso fue todo lo que ella vio: su fantástica sonrisa transformando los duros rasgos como un sol cegador en mitad del invierno. Aquello la dejó clavada en su sitio, el pulso se le aceleró siguiendo el ritmo de una música alocada.

Pero de pronto Leo rompió aquel momento mágico sacando un enorme ramo de rosas rojas. Angie, atónita, acertó a recogerlas y solo

entonces vio que, en la otra mano, Leo llevaba una cubitera con hielo y una botella de champán. Lo observó sacar dos copas de un armario y abrir la botella y, finalmente, servir las copas.

—¿Sabes que nunca había comprado flores para ninguna mujer? Supongo que ya te habrás dado cuenta—murmuró bromeando—. Mi padre siempre decía que le regalar flores es una tontería, a menos que sean para un enfermo o las lleves a una tumba —Angie sintió un nudo en el estómago—. Esta noche cenaremos fuera —prometió Leo contemplando su figura de arriba abajo con aires posesivos—. Esto ha sido todo lo que he podido conseguir en tan poco tiempo, y te confieso que comienzo a sentirme como un adolescente que trata de seducir a una chica bajo el mismísimo techo en el que vive su padre. Me sentiré mucho mejor en cuanto nos vayamos a Londres…

Rosas y champán, reflexionó Angie absorta. observando a Leo, de tan buen humor, y comprendiendo cada vez con mayor claridad que él había malinterpretado sus palabras.

Capítulo 7

Angie agarró la copa que Leo le ofrecía y dio un largo sorbo de champán para mojarse la boca, seca de pronto. Luego, musitó:

—Las rosas son muy bonitas, de verdad, son… pero me temo que no has comprendido la razón por la que…

—Comprendo perfectamente —la interrumpió Leo quitándole las flores y desabrochándose la chaqueta—. Has hecho la elección más lógica —añadió dando un sorbo de champán, desanudándose la corbata y quitándosela para dejarla junto a la chaqueta—. Ya no hay sitio para ti en la vida de Drew. Con un poco de suerte, no serías para él más que una tentación que no puede permitirse, y en el peor de los casos simplemente un problema, Tally Richardson es la hija de su jefe. Y él está profundamente…

—No es a eso a lo que me refiero, Leo —intervino Angie con voz trémula, a pesar de sus esfuerzos.

Una mano morena le quitó la copa de champán de las manos temblorosas para dejarla aun lado.

—No seas tan tímida, Angie. No hará falta que hablemos de Drew nunca más porque no pienso traerte a Court cuando él venga a visitar a Wallace.

Angie sacó la punta de la lengua para humedecerse el labio inferior.

—Pero creo que has entendido mal… Cuando te llamé, no estaba…

—Hablas demasiado… contestó Leo con los ojos negros fijos sobre sus generosos labios. Angie se quedó sin aliento, sintió un cosquilleo en los pechos, un inmenso

calor entre las piernas. Con un solo movimiento, Leo la atrajo a sus brazos—. Y ahora mismo no me apetece hablar…, lo que quiero hacer es tumbarte sobre mi cama y hacerte el amor una y otra vez. Entonces, sabré que no hay vuelta atrás —recalcó con voz ronca.

La boca de Leo se inclinó sobre la de ella en un beso apasionado que la devoró casi por entero y la dejó temblando. Su lengua se deslizó profundamente entre los labios de ella en una imitación electrizante de

la penetración que pensaba realizar. Angie sintió su masculinidad excitada contra el vientre, se sintió llevada por la pasión. Estaba tan desesperada por dejarlo hacer exactamente lo que quería con su tembloroso y deseoso cuerpo que dejó escapar un gemido.

Leo gimió de pasión, en voz alta y sin vergüenza, y se inclinó para tomarla en brazos. Luego, empujó la puerta con los hombros para llevarla al dormitorio. Angie veía estrellas y luces, estaba en el paraíso. Enredó los dedos en su cabello revuelto y acarició con la palma de la mano su mejilla. Después, presionó los labios contra la piel morena de su cuello por encima de la camisa e inhaló lentamente la suave fragancia que emanaba de él. Pero, finalmente, con un estremecimiento, se arrepintió y jadeó:

—¡Leo…suéltame… por favor! —Leo la dejó sobre la cama con dosel. Angie se sentó y se retiró el pelo de la cara temblorosa—. Antes, por teléfono, me has mal interpretado…

Leo se quedó paralizado en el mismo instante en que se acercaba a ella. Frunció el ceño y escrutó su rostro.

—¿Como es posible que te haya malinterpretado? Algo privado y personal entre tú y yo… ¿qué otra cosa puede ser, sino esto?

—Ha sido culpa mía —contestó Angie tragando—. ¿Cómo ibas a saber de qué se trata antes de que te lo diga?

—¿De qué diablos estás hablando?

—Vas a enfadar mucho…

—Ya estoy enfadado —replicó Leo sin vacilar—. Primero sí, luego no…

—No se trata de sexo. se trata de algo mucho más importante…

—¡En este instante no hay nada más importante! —exclamó Leo lleno de frustración, con ojos negros brillantes y airados.

—Leo… ¡Demonios, no hay forma de terminar con esto!—confesó Angie desesperada. obligándose a sí misma a mirarlo a la cara—. Jake no es hijo de Drew… es hijo tuyo.

El silencio se prolongó… se prolongó más allá de lo que Angie esperaba. Ella respiró temblorosa. Leo estaba tan quieto, que ella prefirió no hablar. Y después sus rasgos se retorcieron en un gesto fiero de condena.

—¿Que clase de broma pesada es esta?

Angie vaciló. Sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Pregúntale a Drew, si no me crees —aconsejó—. Antes de marcharme, le dije a Drew que estaba esperando un hijo tuyo. Estoy segura de que eso lo admitirá, aunque no quiera contarte toda la verdad.

—¡Esto es indignante…! —gritó Leo incrédulo—. Drew me dijo que…

Pero el temperamento de Angie estalló en ese instante sin que pudiera controlarlo, sin previo aviso:

—¡No me importa lo que te dijo Drew! Yo no tengo por qué inventar excusas o explicar el estúpido comportamiento y las crueles mentiras de tu primo sobre mí, yo no tengo nada que ver con eso…

—Estás mintiendo… tienes que estar mintiendo… —respondió Leo tremendamente pálido.

—¿Y por qué iba yo a mentir? —lo interrumpió Angie elevando la voz—. ¿Solo por que no te gusta lo que estás oyendo? Bueno, a mí me da igual. Adelante, Leo, sigue pensando que estoy mintiendo y no hagas caso de nada de esta conversación…

—¡Cállate!—soltó Leo. Angie parpadeó atónita—. ¿Por qué me gritas como una histérica? ¿Crees que alguien puede tragarse esa historia así, sin más, de repente? Me acosté contigo hace dos años y medio, has tenido tiempo de sobra para decirme que estabas embarazada.

—No quise hacerlo.

—¿Y qué sentido tiene eso? —preguntó Leo incrédulo—. ¿Quieres prestar un poco más de atención a lo que tú misma estás diciendo?

Angie bajó la cabeza. Se sentía intensamente mortificada.

—Siento mucho que sea tuyo, lo siento de verdad, pero es algo que no puedo cambiar, Leo —musitó en una especie de ruego, con voz trémula—. ¿Qué ves cuando miras a Jake? tiene los ojos castaños, el cabello negro, la piel aceitunada…

—Dijiste que lo había heredado de tu madre.

—Mentí. Mi madre era tan rubia como yo —musitó Angie

—Saliste con Drew y con sus sospechosos amigos durante semanas, y la mitad del tiempo él estaba demasiado borracho como para darse cuenta siquiera de lo que estabas haciendo —señaló Leo—. ¿Crees que soy tan estúpido como para dejarme impresionar por unos ojos marrones y un cabello castaño? ¡Quién sabe con cuánta gente te acostaste!

—Creo que ya has dicho suficiente —contestó Angie sintiendo que se le encogía el estómago y saliendo de la cama con los miembros adormecidos—. No tengo por qué aguantar que nadie me trate así.

Leo la agarro del antebrazo al pasar por su lado.

—No voy a disculparme por decir en voz alta lo que pensaría cualquier hombre.

Angie estaba temblando como una hoja, pero sus ojos, llenos de

lágrimas, brillaban llenos de censura.

—Tú fuiste el primer hombre con el que me acosté… ¿en qué te basas para suponer que me convertí en una zorra a las pocas semanas? —preguntó Angie observando cómo le latía una vena en la sien—. Jake nació ocho meses y tres semanas después de ese fin de semana. Tengo un certificado de nacimiento que lo demuestra. No podría ser hijo de nadie más.

—Pero, si pusimos medios para protegernos…

—¿Cómo lo sabes?—musitó Angie tensa, reacia a confesarse, pero desafiándolo, sin embargo.

Leo se quedó mirándola con los ojos entornados.

—Dijiste que estabas tomando la píldora anticonceptiva. ¿Quieres decir que fallo?

—No… —contestó Angie respirando hondo, tras una pausa.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Nunca tomé la píldora —confesó Angie temblorosa, y decidida a contarle toda la verdad—. En eso también mentí

—¿Que mentiste…? —repitió Leo dejando caer la mano de su brazo, confuso. Angie apartó el rostro de él. Estaba colorada de la vergüenza, se sentía culpable, el corazón le latía a toda prisa. Por fin asintió—. ¿Por qué?

—Quería quedarme embarazada —confesó Angie.

—¿Querías quedarte embarazada? —repitió Leo con incredulidad. Leo se alejó de ella a toda prisa, como una pantera a la que a jaula le quedara pequeña, para volver de in— mediato a su lado—. ¿Lo confiesas abiertamente ante mí?

—Ahora ya no tiene mucho sentido mentir, así que ya puedes odiarme.

Pero Leo ni siquiera la miraba. De pronto, comenzó a jurar en griego. Antes de que Angie pudiera detenerlo, Leo salió a grandes zancadas de la habitación, cruzó el salón y abrió la puerta que daba a la Long Gallery con tal brusquedad que esta retumbo y fue a golpear la pared.

—¡Leo! —gritó Angie persiguiéndolo… ¿A dónde vas?

—¿A dónde crees tú? —preguntó Leo violentamente—, A matar a Drew… ¡Voy a golpearlo contra la pared más próxima! ¡Por mentir!

—¡Leo, no!

Leo se sacudió la manga para librarse de Angie, que se había agarrado a ella, y caminó hacia el vestíbulo con zancadas decididas.

—¡No me importa lo que le hicieras tú…! ¡Ni siquiera me importa

que hayas tratado de hacer pasar a mi hijo por hijo suyo para conseguir atraparlo! —exclamó en un tono de voz cada vez más alto para detenerse en seco y mirarla de frente—. Nada de eso importa ya, pero no hay excusa para sus mentiras cuando la vida de mi hijo estaba en peligro… Te dejó abandonar esta casa sola, sin un penique, sabiendo que… ¡ese egoísta, ese desgraciado sabía que llevabas a mi hijo en tu vientre, y no solo no me lo dijo, sino que hizo todo lo posible para asegurarse de que no tuviera motivos para seguirte!

—Leo… yo no traté de hacer pasar a Jake por hijo de Drew cuando me quedé embarazada —protestó Angie—. Aunque hubiera querido, era imposible, porque Drew y yo jamás…

—¡Si no hubieras estado con dos hombres de esta familia, nada de esto habría ocurrido! —la condenó Leo despectivo—. ¡Jugaste con los dos, nos enfrentaste al uno contra el otro, y mira el resultado!

—¡Eso no es justo! —gimió Angie—. Yo jamás me acosté con Drew

—Yo te diré qué es lo que no es justo —respondió Leo haciendo caso omiso, aparentemente, de sus protestas—. Lo que no es justo es lo que le has hecho a mi hijo… él es la víctima inocente

Angie se quedó completamente pálida. Leo continuo su camino, pero ella dejó de perseguirlo. Ya no tenía tantas ganas de salvar a Drew de una muerte segura. Jamás había jugado con los dos hombres, no los había enfrentado. Aquella acusación no era justa. Había estado demasiado enamorada, demasiado atormentada por la idea de perder a Leo y, después, por estar embarazada, como para darse cuenta de que Drew abrigaba algo más que sentimientos de amistad por ella.

De pronto, oyó un grito y un gemido amortiguado corrió a las escaleras. Bajó la mitad de la distancia y se quedó helada al ver el espectáculo. Abajo, en el Gran Hall, Drew salía inocentemente de desayunar para batirse después en franca retirada. Leo caminaba a zancadas hacia él.

—¿Es que tengo que perseguirte para poder pelearme contigo? —preguntó Leo a voz en grito.

—Así que Angie te lo ha dicho por fin… ¿Qué te pasa?, te hice un favor contándote esa historia. ¡Y si la hubieras dejado en paz, ella jamás habría vuelto a asomarse por aquí! —Leo pegó a Drew con tal violencia, que Angie solo vio un rápido movimiento, y después a Drew, tratando de ponerse en pie. Pálida y temblorosa, Angie se aferró a la barandilla ¿Por qué me echas la culpa a mí cuando por fin conoces las consecuencias de tu error?—añadió Drew resentido.

Leo comenzó a soltar improperios en griego, y justo entonces una

puerta se abrió en la parte de atrás del vestíbulo. Era Jake, que corrió contento y excitado a lanzarse a las piernas de Leo. Drew aprovechó para salir por la puerta principal diciendo:

—Me voy a recoger a Tally al aeropuerto… utilizaremos el apartamento de la ciudad durante una noche o dos…

Leo no dijo nada. Ni siquiera miró en dirección a su primo. Miraba a Jake fijamente. Inconsciente de lo que ocurría, el niño continuaba tirando a Leo de la ropa, alargando los brazos y pidiendo que lo tomaran en brazos.

—¡Llévame Leo… llévame!

Los ojos de Angie se llenaron de lágrimas. Trató de calmarse. Cuando volvió a mirar, Leo estaba agachado al nivel de Jake, diciéndole algo. Podía notar la tensión en sus hombros, pero no veía su rostro. Ella bajó las escaleras y Leo tomó al niño en brazos.

Leo acunó al niño sin dejar de mirarlo, mostrando sin vergüenza sus sentimientos, más intensos que nunca. Sus ojos brillaban como no lo habían hecho jamás. Angie sintió un nudo en el estómago. Entonces, él la vio y se puso rígido, la miró con tal expresión de enfado y de reproche que sintió que los músculos se le agarrotaban.

—Lo siento… —se disculpó ella, sobrecogida por la culpa.

—Tus disculpas jamás serán suficientes —juró Leo curvando los labios.

Angie no trató de seguirlo cuando lo vio llevarse a Jake por las escaleras. Sabía que no podía hacer nada con Leo de tan mal humor. Y además tenía derecho a estar a solas con Jake.

—Se calmará… antes o después —contentó Wallace detrás de ella, sobresaltándola—. Yo que tú lo evitaría mientras tanto —Angie se volvió. El abuelo de Leo caminaba ya hacia el salón—. Aquí hace frío. Cierra la puerta cuando entres.

Tras una pausa, Angie reconoció en aquellas palabras una invitación y lo siguió.

—¿Cómo sabías que…?

—Lo sospechaba mucho antes de que llegaras —confirmó el anciano —, Pero lo supe con toda certeza en cuanto lo vi.

—Pero si le dijiste a Drew que… ¡aquí mismo, anoche, le dijiste que yo era la madre de su hijo!

Wallace se sentó lentamente en su sillón.

—Se merecía el susto. Actuó muy mal contándole esas mentiras a Leo —explicó posando unos divertidos ojos azules sobre el rostro atónito de Angie—. Y si no le hubieras contado tú la verdad a Leo, habría

acabado por contársela yo. Ahora es como un oso enfadado, y todo por tu culpa. Deberías haber imaginado lo que suponía para él tener un hijo.

—¡Pues no hace tanto tú mismo deseabas que me deshiciera de él! —replicó Angie.

—Sí, es cierto —contestó Wallace serio—. No quería que lo tuvieras porque estaba convencido de que era de Drew. Drew jamás podría igualar a Leo y lo último que necesitaba era una esposa que solo estaba con él por que no podía conseguir a su primo.

—¡Pero si yo jamás miré a Drew más que como a un amigo! —contestó Angie poniéndose toda colorada.

—Bueno, en aquella época yo no tenía ni la más remota idea de que Leo y tú habíais estado juntos en el Folly, sin hacer nada bueno —admitió Wal con un reproche directo—. Llevabas semanas con Drew y, naturalmente, supuse que él era el responsable de tu estado. Ni siquiera hablé de ello con él.

Angie cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Estaba inquieta, molesta ante los francos reproches de Wallace. Seguramente, en algún momento hablaría de

los robos. En aquel entonces, su convicción de que era una ladrona había influido en su actitud, Wallace continuó:

—Entonces, Leo dejó escapar un comentario. Dijo que Drew se jactaba de haberte dado dinero para abortar. Pero eso no tenía sentido. Drew estaba chiflado por ti, hubiera debido desear casarse contigo. Y la explicación más lógica era que tu bebé no era hijo suyo, y él lo sabía… no me hizo falta ir muy lejos para ver que Leo no se comportaba como un mero observador que no tuviera ningún interés.

—¿Y cómo se comportaba entonces? —se apresuró a preguntar Angie.

Wallace la miró con ojos de experto.

—Sigues siendo la admiradora más devota de Leo, ¿verdad? —inquirió divertido—. Diré una cosa en tu favor, Angie: no eres frívola ni inconstante. Demuestras tener energía y eres insistente y yo admiro mucho eso en una mujer

La puerta del salón se abrió y Samuel Brown entró con el periódico del día. Wallace le dirigió una inesperada y calurosa sonrisa.

—¡Brown, viejo amigo… eso de soltar a Jake justo a tiempo ha sido un toque maestro!

—Gracias, señor.

Angie asimiló aquel intercambio de comentarios con perplejidad. La aparición de su hijo en el vestíbulo no había sido, según parecía, pura

casualidad.

—Relajó el ambiente, desde luego —continuó Wallace en tono de aprobación.

—Bastante, señor… y supongo que después de pasar cierto tiempo en compañía de la joven americana, el señor Drew encontrará fácil fingir que nada ha ocurrido.

—¿Crees que volverá para Navidad? —preguntó Wallace.

—Por supuesto, señor. Yo no me preocuparía por eso—aseguró el padre de Angie con una sonrisa cínica, recogiendo una manta para echársela a Wallace por las piernas casi con ternura.

—Me gustaría poder estar orgulloso de ese chico —Comentó el anciano con pesar—. Leo es más recto que una vara, con él no hay peligro… De dos, uno; no debería quejarme, ¿no crees?

Angie, mareada y atontada, perfectamente consciente de que ya nadie reparaba en su presencia, se marchó. Sin embargo, sabía que jamás olvidaría aquella imagen de Wallace con su padre: el diálogo de dos amigos que se conocían de toda la vida. Por primen vez, había comprendido que la distancia formal que mantenían en público no era una muestra real de sus verdaderas relaciones, y que, tras la lealtad de su padre, se escondía un afecto verdadero.

Temerosa de encontrarse con Leo y de montar una escena delante de Jake si subía las escaleras, Angie se dirigió a las dependencias del servicio por primera vez desde que había llegado a aquella casa y buscó a su madrastra,

—¡Angie… oh! —gimió Emily con expresión de culpabilidad.

—Gracias por quedarte conmigo anoche…

—¿Sabes dónde está el señor Leo? —la interrumpió Emily.

—Está arriba, con Jake, creo. Si tienes algún mensaje para él, dáselo a papá…

La voz de Angie se desvaneció mientras observaba a su madrastra salir corriendo llorando y pasar por su lado. Angie vaciló, dudó de si seguirla pero no tenía ganas de enfrentarse a nadie más después de lo ocurrido. Ya hablaría con Emily. Atravesó las cocinas donde los cocineros se afanaban en preparar la comida, y al final de un largo corredor entró en la habitación de su padre para tomar prestado su abrigo.

Era nuevo, notó con sorpresa Y parecía caro. Quizá hubiera sido de Wallace. Angie metió los brazos por las mangas mientras buscaba en el armario de las llaves. Segundos más tarde, localizaba la llave que buscaba y se dirigió hacia el túnel de la servidumbre que daba al jardín.

Estaba oscura y húmedo como siempre. Había sido construido hacía un siglo para permitir a los criados entrar en la casa sin tener que pasar por los jardines ofendiendo así la vista de la familia y de sus invitados. Aquel túnel era un cómodo atajo,

Angie se metió las manos en los bolsillos. Más allá del viejo invernadero por el sendero, se llegaba al lago. Una de las peores ideas de Drew había consistido en transformar el Folly en un hotelito y, haciendo caso omiso del gusto de su abuelo por la intimidad se había gastado una fortuna en transformarlo

—¡Les va a encanta, a las parejas de recién casados!—había pronosticado Drew mientras mandaba instalar una bañera con jacuzzi y una cama del tamaño de una plaza de toros.

Sin embargo nadie había tenido oportunidad de utilizarlo. Nadie excepto Leo. Angie caminó por el lago sin advertir cómo las ramas se movían con el viento, recordando en su lugar aquel verano, tiempo atrás, y sus flores salvajes, su intenso calor… y a Leo, esperándola milagrosamente…

—Únete a mí —había sugerido él como por casualidad, señalando la cesta de excursión sobre la manta—. Hoy voy a comenzar una nueva vida.

Leo no estaba del todo sobrio, pero Angie, en su excitación ni siquiera se había dado cuenta. Solo veía que por fin le prestaba atención, que por fin expresaba el deseo de estar en su compañía. Con su padre en Londres, Angie llevaba toda la semana buscando la oportunidad de encontrarse con Leo, arrojándose a sus pies con creciente desesperación, esperando aterrorizada escuchar que por fin se marchaba a Grecia.

Sin embargo, una vez instalada sobre la manta, consciente de la mirada sugerente de Leo y de que los hombres la consideraban bella, Angie se había subido a la más alta cumbre para despertar bruscamente a la realidad de la vida.

—Me recuerdas a una gata lamiendo crema —había confesado Leo alcanzándola con una mano segura y besándola hasta dejarla sin aliento.

Angie no tenía control sobre su cuerpo ni sobre los sentimientos que Leo despertaba en ella. Leo jamás había sido como aquellos admiradores jóvenes y poco sofisticados a los que sabía mantener a raya. Mucho antes de lo que ella hubiera querido recordar. Leo la llevó al Folly y le hizo el amor apasionadamente, con una impaciencia salvaje que la había asustado y confundido.

Recordar su comportamiento aún la hacía sentirse enferma,

temblorosa. Debía haberle parecido una desvergonzada, una patética obsesa. En sus peores momentos, incluso Angie se preguntaba si no se habría acostado con ella para librarse por fin de su persecución.

Angie metió la llave en la cerradura de la puerta del Folly y entró, Casi se desmayó del susto. La trasformación de Drew había desaparecido. El lugar había vuelto a su antigua forma para servir al propósito inicial de su construcción: ser el mirador desde el que contemplar el lago, en lo alto de la colina, un lugar cómodo en el que sentarse incluso en invierno. Angie subió las escaleras de piedra del rincón y contempló toda la habitación. De pronto, súbitamente, volvió a bajarlas y salió precipitadamente al aire fresco. Las lágrimas de arrepentimiento resbalaban por sus mejillas. Aquel fin de semana había sido inmensamente feliz, pero al mismo tiempo había sido tan estúpida que había creído que él también lo había sido.

—Me gustan las mujeres que saben lo que quieren… siempre y cuando sea lo mismo que quiero yo, claro… y lo es… lo es —le había confesado Leo lleno de satisfacción, mirándola con ojos penetrantes, disfrutando aparentemente del afecto y del calor que ella le había prodigado—. Y lo que más me gusta es que me miras como si fuera el centro de tu universo…

¿Cómo se había atrevido a preguntarle, después de aquello, si lo había utilizado como cebo pan poner celoso a Drew? Aquel fin de semana ni siquiera había sido capaz de ocultar sus sentimientos, se había mostrado irremisiblemente, delirantemente feliz.

¿Cómo podía seguir amando a Leo cuando él jamás, nunca jamás, la había querido? El la odiaba. ¡Claro que la odiaba! ¿Qué hombre podría darle la bienvenida al fruto de un encuentro sexual accidental con una muja que no significaba nada para él? No obstante Leo, reputado de honorable en la familia, amaría y aceptaría a su hijo porque Jake no era más que la víctima inocente del irresponsable comportamiento de su madre.

El crujir de una rama interrumpió los pensamientos de Angie, que se volvió. Leo estaba de pie, muy quieto, a la sombra de los árboles, mirándola imperturbable con sus ojos negros. Angie lo miró de reojo, aterrorizada, y desvió la vista de nuevo. Debía haberla visto desde la casa y, sin duda, la había seguido para discutir sin que nadie pudiera oírlos. Angie se cruzó de brazos aterrorizada, esperando sus reproches.

—Jake se quedó dormido en mitad de la comida, creo que lo cansé demasiado —comentó Leo en tono prosaico

—Angie parpadeo y se metió las manos en los bolsillos—. Sería un

hipócrita si me lamentara por su existencia—musitó casi como si estuviera pensando en alto, solo para sí mismo—. Él es parte de mí, es mi hijo y, ahora que ya se me ha pasado un poco el susto, tengo que confesarte que estoy muy ilusionado con él. Podría enfadarme y decirte que me he perdido sus primeros años de vida por tu culpa pero, ¿para qué? —aturdida ante lo que estaba escuchando, Angie lo miró y abrió la boca—. Habría sido mucho más fácil para ti abortar, pero no lo hiciste. Y tengo que estar agradecido por eso.

—¿Agradecido? —repitió Angie profundamente confusa.

—Y también tengo que estarte agradecido por tu franqueza de antes —continuó Leo sin dejar de mirarla a los ojos con alarmante intensidad —. Pocas mujeres habrían confesado que planearon fría y abiertamente atrapar a un marido rico.

Aquella sacudida hizo volver a Angie a la vida y ruborizarse hasta las puntas del cabello.

—Yo… yo… —comenzó a decir.

Sin embargo, antes de continuar, Angie comprendió que no podía desmentir que había planeado pescarlo sin confesar primero que estaba locamente enamorada de él y, lo que en aún peor, tan ciega como para creer que su hijo podría reemplazar a la niña que él había perdido.

Un silencio eléctrico se apoderó del ambiente mien tras Leo, con una ceja enarcada, esperaba su respuesta.

—Sí, bueno… —musitó Angie encogiéndose de hombros—. Ahora ya lo sabes.

—Pero entonces, ¿por qué no intentaste recoger los frutos de tu fecundidad? —Angie se puso tensa, no estaba preparada para una pregunta tan obvia—. Escucha, hay algo que no logro entender. Es posible que Wallace, al calor de la discusión, llegara a un ridículo trato contigo: él olvidaba los robos, y tú desaparecías, pero lo único que tenías que hacer era ponerte en contacto conmigo. Es evidente que yo no te habría denunciado a la policía. Tu embarazo era un as en la manga, y sin embargo, por alguna razón, decidiste no sacarlo.

Angie se estremeció. No se sentía capaz de indagar más en los motivos de su conducta de entonces. El silenció fue creciendo.

—No me atreví a decirte que estaba embarazada, así de sencillo, ¿de acuerdo? —contestó de mal humor—. En realidad, después de cómo me trataste, habría preferido beber veneno.

—Bueno, eso me parece comprensible —respondió Leo irónico, con la mirada fija sobre su rostro colorado y desafiante— Te herí en tu ego, y nada, ni siquiera la ambición, habría podido persuadirte de que mi

hijo era más importante que tu orgullo herido.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en comenzar a hablar así —respondió Angie haciendo una mueca y apartando la mirada.

—Tienes mucha razón, no sirve de nada habla, así. Después de todo, por fin ha llegado el esperado momento, el momento en el que todos tus planes dan su fruto… —cada una de aquellas sedosas palabras iba dando en el blanco. Angie volvió la vista con desagrado hacia él. Leo sostuvo su mirada—. Solo puedo hacer legítimo el nacimiento de mi hijo casándome contigo —añadió con una sonrisa al ver su estupefacción—. Y me propongo hacerlo. Nadie, jamás, volverá a llamar a mi hijo un «error».

Capítulo 8

¿Me estás pidiendo que me case contigo? —tartamudeó Angie perpleja.

—No, no te lo estoy pidiendo, te lo digo —recalco Leo acortando la distancia que los separaba—: Vamos a casarnos.

Angie trago y abrió la boca de nuevo, perpleja Por fin tenía una prueba de que no volvería a haber ninguna mujer en la vida de Leo.

—Nos casaremos antes de que las revistas del corazón nos despierten con un crudo titular sobre la hija del mayordomo y el fruto de una pasión —continuó Leo torciendo la boca—. Antes de que Jake comience a hacer preguntas desagradables. De ese modo, tendré plenos derechos sobre mi hijo.

—Pero…

—¡No hay peros que valgan! —exclamó Leo bruscamente—. Se lo debes a tu hijo y me lo debes a mí! —Angie trató de dar un paso atrás, pero Leo estaba preparado para esa eventualidad. Alargó las manos y la atrapo, haciéndola prisionera allí mismo—. Y no finjamos que compartir el lecho marital supone un gran sacrificio para ninguno de los dos. Tú te consolarás con mi dinero, y yo me consolaré con tu precioso cuerpo… es una unión perfecta.

Leo la obligó a dar un paso atrás para ponerla contra Uno de los pilares que sujetaban la entrada porticada del Folly, le soltó las manos y posó las suyas sobre la femenina curva de sus caderas. Angie se estremeció violentamente, las piernas se le debilitaron el cerebro se le derritió. Sentía el glorioso calor del torso de Leo, plano y musculoso contra la suavidad de su piel, provocando una excitación violenta en su interior.

—Leo… —susurró ella en tono de ruego

Los ojos de Leo ardían reluciendo como el oro. El le apartó el abrigo y acarició lentamente sus piernas Ella se estremeció, se inclinó hacia atrás, se expuso ante él Leo aceptó la invitación que ella le ofrecía con una sed salvaje que la electrizó posando la boca sobre la de ella. Luego

gimió y se apartó. Angie abrió los ojos llena de confusión, indefensa. Era como recobrar la conciencia después de una contusión.

—¡Estamos a la vista de todos! —exclamó Leo. Angie se ruborizo y la vista, luchando por recobrar el control —.No puedo quitarte las manos de encima —añadió Leo apretando los dientes pero no debería comenzar algo que no puedo terminar. Además, tenemos que cumplir los deseos de Wallace y buscar un árbol de Navidad.

—¿Un árbol de… de Navidad? —musitó Angie con los ojos muy abiertos

—Es la tradición Angie —explicó Leo soltándola estirándole la falda y colocándole el abrigo en vista de que ella parecía incapaz. A mi abuelo le gusta mucho la tradición. Como próxima señora de Court, eres la encargada de escoger un árbol y contemplar cómo lo talo.

—Pero yo no he dicho que vaya a casarme contigo,

—No veo razón alguna por la que vayas a rechazarme. Simplemente que no la amaba. Angie palideció ante aquella verdad. Leo, su héroe de la adolescencia, su único y verdadero amor, el padre de su hijo, había sido su más destructivo punto débil desde los trece años, Pero, ser su esposa, poseerlo legalmente, poseer su cuerpo, aunque no poseyera su alma… volverse en la cama por las noches y encontrarlo… tener derecho a descolgar e teléfono y escucha, su voz cada vez que lo deseara… una ola de emoción la embargo

—Está bien… me casaré contigo —contesto roja de vergüenza con la cabeza gacha, consciente del tremendo amor que la embargaba y de su falta de orgullo y sensatez.

—Por supuesto que te casarás conmigo… así lo he entendido yo hace un instante, cuando te has ofrecido a ti misma, apoyándote así sobre el pilar, a plena luz del día.

Angie, con el rostro rojo escarlata, levantó la vista y sus ojos tropezaron con la divertida mirada de Leo. Aquello la estremeció. Lo cierto era que nada de lo que Leo había hecho o dicho en los últimos diez minutos se había acercado ni por asomo a sus expectativas, reflexionó mientras, aturdida, se dejaba guiar por el puente hasta el lago.

Era como si un coro de vibrante felicidad iluminara el interior de Leo, incapaz de ocultarlo. A causa de Jake, por supuesto. Su hijo había sabido llegar al corazón de Leo de inmediato, encontrando un lugar allí mejor de lo que hubiera podido hacerlo ella nunca.

—Lo arreglare todo para conseguir una licencia especial —informó Leo cruzando la gravilla del jardín delantero de Court—. Nos casaremos

antes de Navidad…

—¿Antes de Navidad? —repitió Angie sobresaltada.

—Para vísperas de Navidad. si le parece bien al párroco. Una ceremonia familiar, tranquila. Necesitarás un anillo, por no mencionar un guardarropa. Y luego está el tema de los regalos de Navidad de Jake. Sé que no está bien, pero apenas puedo esperar a saquear las tiendas de juguetes. Mañana mismo volaremos a Londres.

—Sí —musitó Angie débilmente, exhausta, mientras entraban en casa.

Su padre los esperaba, con Emily. en el Creat Hall. Tenía el rostro pálido y su mirada era evasiva.

—¿Podríamos tener unas palabras con usted, señor?—preguntó tenso.

Angie, recordando que su madrastra había querido hablar con Leo, se puso tensa. pero Leo la empujó suavemente hacia la biblioteca poniendo una mano sobre su espalda y tranquilizándola. Emily comenzó a hablar antes incluso de que se cerrara la puerta.

—No fue Angie quien robó todas esas cosas… yo dejé que ella cargara con las culpas por mí —aseguró su madrastra tartamudeando, hablando a toda velocidad, entre sollozos—. Fui yo quien lo robó todo y quien lo vendió. Angie solo estaba tratando de devolver la miniatura a su lugar cuando el señor Wallace la pilló.

Angie miró primero a su padre, de rostro y gravedad impenetrables, después a su madrastra, francamente aterrada, y por último a Leo, inmóvil, en medio de la habitación.

—El señor Neville conoce la verdad desde hace años—añadió Samuel Brown.

Angie se puso tensa del susto, pero finalmente comprendió por qué Wallace le había dado una bienvenida tan calurosa a su casa. Leo escrutó el rostro de su mayordomo con incredulidad.

—¡Que mi abuelo lo sabía?

—Mi mujer no me lo confesó hasta que estuvo en el hospital, y para entonces…

—¿Cuándo estuvo Emily en el hospital? —interrumpió Angie ansiosa.

—A los pocos meses de marcharte tú, tuve un ataque de nervios —respondió su madrastra.

—¿Y por qué no me había contado nadie a mí nada de esto? —exigió saber Leo.

—Para cuando quise contarle al señor Wallace lo que había hecho

Emily, señor, ya había vendido Court —explicó Samuel—. El señor Wallace nos advirtió que guardáramos el secreto.

—Que guardarais el secreto —repitió Leo apenas sin aliento—. ¿Mi abuelo os pidió que no me lo dijerais a mí?

—El señor Wallace creyó que usted nos despediría. que era lo que nos merecíamos… pero en aquel entonces, con mi esposa enferma y sin ahorros… —continué explicando Samuel, con creciente dificultad.

—¡Así que todo el mundo piensa que soy así de cruel! Angie cruzó la habitación para abrazar a su madrastra.

—Tranquila. Em—la consolé echándole una mirada de súplica a Leo —. Leo lo comprende. No está enfadado.

—Es evidente que debo ofrecerle mi renuncia —continuó su padre pálido.

—Voy a casarme con tu hija, Samuel, así que me temo que estarás ligado a esta familia durante el resto de tu vida.

—¿Casarse con mi hija? —repitió el anciano aturdido.

—Si… nos casamos —confirmó Angie.

Una amplia sonrisa iluminé el rostro tenso de su padre.

—Es una noticia maravillosa —vaciló, incómodo y confuso en su nueva situación—. Si no le molesta, señor, voy a llevarme a Emily abajo. Este asunto ha sido demasiado para ella.

El silencio inundó la habitación mientras los sirvientes se marchaban. Angie miró a Leo con aprensión. El en cambio, la miraba abiertamente, con una expresión de condena.

—¡Te lo habría contado en cuanto estuviéramos casados! —se apresuró a asegurar Angie.

—Muchas gracias por tu confianza en mí —contestó Leo torciendo la boca—. ¿Por qué diablos no me lo dijiste la semana pasada?

—Bueno, para empezar, ni siquiera sabía si Emily se lo había dicho a mi padre —explicó Angie—. Además, no era yo quien tenía que decir la verdad, no era yo quien sufriría las consecuencias si tú te decidías a denunciarlo a la policía.

—Así que, en lugar de ello, dejaste que siguiera llamándote «ladrona» —comentó Leo con dureza, pasándose unos dedos nerviosos por el cabello.

Angie se apresuró a explicarle a Leo la razón por la que Emily había actuado así. Su madrastra había contraído demasiadas deudas con una tarjeta de crédito. Estaba demasiado avergonzada como para confiar en su marido, y sabía que, con sus ingresos, jamás lograrían pagarlas. Por eso, desesperada, había decidido robar. Después, lo había malvendido

todo por una minucia a un comercian te sin escrúpulos en el mercado local. Angie había encontrado la miniatura en las dependencias de la servidumbre por pura casualidad y, tras sonsacarle a su madrastra la verdad, había pagado sus deudas con los ahorros de su trabajo a jornada parcial.

—El salario de tu padre llevaba quince años sin aumentar —comentó Leo con sencillez—. Él jamás se quejó, y nadie se dio cuenta hasta que mi contable examinó las cuentas de la casa y se hizo cargo de todo. Supongo que eso justifica de alguna manera el que tu madrastra se metiera en semejante lío.

Leo lo comprendía. Lo comprendía sinceramente. Angie se sintió aliviada y avergonzada al mismo tiempo, las rodillas le temblaban.

—Jamás dudé de tu culpabilidad —confesó Leo con ni rudeza y sinceridad, tenso—, Cuando, hace dos años, vi el lastimoso estado en el que se encontraban las dependencias de la servidumbre, me quedé horrorizado. Wallace llevaba veinte años sin bajar, y jamás se le había ocurrido ir a comprobar cómo andaba todo. Entonces comprendí que estuvieras resentida hacia nosotros a causa de tu familia, y por eso creí que eras culpable de los robos.

—Siento mucho no haberte dicho la verdad…

—Así que ahora ya lo sé todo, ¿verdad? —saltó Leo de pronto con voz tranquila y ojos brillantes, sin dejar de mirarla—. La hija del mayordomo decidió no robar sino, en su lugar, hacer algo más sensato y directo: pescar al hombre más rico de la familia, ¿no es eso?

—No me encuentro muy bien, Leo —musitó Angie apartándose el pelo de la cara mientras sentía que se mareaba.

—Claro, porque no te cuidas —contestó Leo tomándola en brazos—. Anoche estabas enferma, pero, ¿qué se te ocurre hacer hoy? Saltarte la comida, quedarte de pie durante horas, expuesta al frío, y, además, negarte a abrocharte ese abrigo. Tienes un enorme agujero en donde otros tienen el sentido común…, y lo más extraordinario de todo es que me siento bien.

—Es por Jake —musitó ella desolada.

—No te quejes… has pescado a un millonario.

—No me estaba quejando.

—Pues a mí me ha sonado a queja. Relájate, dejaremos lo de escoger el árbol de Navidad para mañana, Wallace lo comprenderá. Ahora mismo vas a comer y a dormir.

Angie estaba demasiado cansada como para discutir.

Al día siguiente, Angie desayunó en la cama. Se sentía

deliciosamente mimada, increíblemente tranquila. Había dormido doce horas, y veía el mundo a través de unas gafas de color rosa. Iba a casarse con el hombre al que amaba.

Nada más terminar de vestirse, tomó a Jake de la mano y lo bajó a las dependencias de la servidumbre con su padre y su madrastra.

—Creo que te vas a llevar una sorpresa —advirtió su padre. Cierto. Las oscuras y húmedas dependencias que ella recordaba habían sido transformadas en un lugar luminoso, cómodo y agradable—. El señor Leo mandó arreglarlo para nosotros. —explicó Samuel Brown—. Y además me subió el sueldo… es un amo muy generoso.

Emily, que ya había superado la angustia de lo ocurrido el día anterior, sonrió abiertamente.

—Ahora que todo está aclarado, me siento mucho mejor.

—Tenía que aclararse en cuanto volvieras a casa —señaló su padre —. Jamás habría permitido que cargaras con la culpa de esos robos, pero para cuando supe la verdad ya te habías marchado, y el señor Leo había comprado Court. No me sentía bien callando…

—Está bien, papá. Bastante tenías ya con Em enferma. —se apresuró a decir Angie.

—Todo el mundo cree, como la policía, que jamás se pilló al ladrón pero se recuperaron la mayor parte de los objetos.

—¿Que te parece que me case con Leo?

—Me alegro mucho por ti, claro…para mí es… me llevará tiempo acostumbrarme —admitió Samuel Brown sonriendo.

Angie subió contenta las escaleras para recoger el abrigo de Jake, y cuando volvió a bajarlas con la misma euforia, vio a Leo esperándola en el Great Hall. Alto, moreno, espectacular. Leo alargó una mano y le ofreció un abrigo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Angie poniéndoselo y dándose la vuelta para mirarse en un espejo.

Le encantaba aquel abrigo largo y negro. Con el cuello levantado parecía Anna Karenina.

—Fue una compra impulsiva.

—Es precioso —comentó Angie acariciando el tejido de cachemira, incapaz de recordar la última vez que había tenido algo de ropa que le gustara tanto.

—¿Entonces has cambiado de opinión en relación a los regalos?

—Depende de qué quieras a cambio —bromeó Angie saliendo hacia el Range Rover

—A ti… esta noche —declaró Leo escueto. Angie se ruborizó y lo

miró temblorosa, con expresión de reproche—. Mi riqueza a cambio de tu cuerpo —le recordó Leo sin el más mínimo remordimiento, clavando los ojos negros en ella—. No es un intercambio muy sensato, realmente, Angie… pero no voy a quejarme. ¿Qué hombre en su sano juicio se quejaría? Después de todo, si estuvieras enamorada de mí, ahora tendría que hacer enormes esfuerzos para satisfacer tus deseos de romanticismo

—Creo que te toparías con un desafío imposible —respondió Angie con ojos sospechosamente brillantes.

Capítulo 9

Te equivocas completamente acerca de la razón por la que me caso contigo —le dijo Angie a Leo caminando nerviosamente de un lado a otro por el césped—. ¡Oh,por favor, deja ya de dar hachazos a ese árbol un momento! Leo se enderezó. Se le transparentaban los músculos bajo la fina, húmeda camisa de seda. Angie se quedó tan absorta contemplándolo, incapaz de apartar la vista, que estuvo a punto de tropezar con un leño. Leo estaba sudoroso, excitante, e increíblemente sexy. Angie se sentía como una mujer primitiva escogiendo al rey de los hombres, al que tenía los mejores genes, y se estremecía al imaginar que Leo la arrastraba hasta una cueva para poseerla. Al despertar al mundo real estaba ruborizada, y sus ojos brillaban como zafiros. La sorprendió encontrarse a Leo escuchándola.

—Te escucho —la animó él a continuar—. Decías que me equivoco completamente acerca de…

—¡Ah sí! —recordó Angie comenzando de nuevo a caminar en círculos mientras Jake saltaba aun lado y a otro del tronco—. Te estaba diciendo que… que me caso contigo por muy buenas razones.

—Tú dirás —contestó Leo dando otro hachazo al árbol,

—Una, porque Jake necesita un padre… Dos, porque quiero que tenga absolutamente todo lo mejor… Tres…—la voz de Angie se desvaneció lentamente,

Era incapaz de apartar los ojos de aquellos poderosos músculos de sus muslos flexionándose, embutidos en los vaqueros. Su respiración comenzó a hacerse irregular.

—¿Tres? —preguntó Leo,

—Eres tan perfecto… quiero decir… —Angie lo miro ruborizada y comenzó a caminar frenética de un lado a otro—. Quiero decir que eres fuerte… ¡y eso es importante! Es evidente que jamás querría casarme con alguien que estuviera a punto de estirar la pata.

—Tranquila… no voy a estirar la pata esta noche, ya veo que eso es muy preocupante para ti, teniendo en cuenta que no puedes pensar en

otra cosa que en esta noche —contestó Leo dando un repentino empujón al árbol, que cayó con gran alboroto.

Jake saltó arriba y abajo al verlo, y luego corrió a ver el árbol en el suelo. Angie se metió las manos en los bolsillos y fingió no haber escuchado el último comentario de Leo. Sentía que le ardían las mejillas. Leo, evidentemente, se divertía observando su falta de sofisticación y su escasa habilidad para ocultar sus emociones.

—Es que no quería que pensaras que… —comenzó Angie a decir, de nuevo,

—Tranquila, Angie. Petrina también se casó conmigo por dinero, solo que fue bastante menos sincera que tú

—Angie se quedó perpleja, paralizada. Tras aquella repentina e inesperada revelación, Leo soltó un juramento y gritó—: ¡Jake, no!

Luego echó a correr tratando de evitar que el niño acariciara el filo del hacha. Asustado por el grito. Jake se alejó llorando Leo lo tomó en brazos y lo abrazó consolándolo,

—Deberías haber estado observándolo

—Y tú no deberías dejar eso a su alcance —respondió Angie.

Colocarían el árbol en el Great Hall para colgarle las bolas de Navidad, Leo y Angie subieron en silencio al Range Rover, pero ella no podía dejar de pensar en lo que él le había revelado sobre Petrina.

—Yo creía que Petrina era una rica heredera —dijo ella de pronto bruscamente al llegar a la puerta principal de la casa,

—Las empresas del padre de Petrina tenían serios problemas. El día después de la boda, que Petrina había fijado expresamente en beneficio de su padre, me informaron de que mi obligación era solucionar sus problemas. Aquella experiencia acabó casi con todas mis ilusiones —confesó Leo saliendo del coche.

—¿Cuando nos vamos?

—Necesito una ducha —respondió él sin apartar la vista de Angie, con una sonrisa—. Puedes quitarte el abrigo, no va a salir corriendo.

Tras un almuerzo temprano, regado con el buen humor de Wallace, volaron a Londres en helicóptero. Leo lo pilotó. Jake estaba entusiasmado, pero Angie se pasó la mayor parte del viaje tratando de calmar a Harriet Davis. Al llegar al aeropuerto se dividieron: Jake y su niñera fueron al apartamento, Leo y Angie se dirigieron a Cartier.

Media hora más tarde, habían salido de la tienda. Habían comprado un par de anillos de boda, y Angie estaba atónita con un anillo de compromiso con un opulento zafiro y un diamante, por no mencionar el exquisito reloj de oro y los dos pares de pendientes que, de algún modo,

habían atraído la atención de Leo. Angie, que jamás había visto a nadie comprar tanto a tanta velocidad, estaba perpleja.

—De verdad que no esperaba un anillo de compromiso —confesó apenas sin aliento al subir a la limusina, moviendo la mano en un sentido y en el otro para ver el reflejo de las preciosas gemas, incapaz de ocultar su felicidad,

—Bueno, como es natural, quiero que todo el mundo piense que esta relación es perfectamente normal —explicó Leo. El brillo del anillo pareció desvanecerse entonces de repente, y con él la felicidad de Angie, como si Leo hubiera pinchado un globo con un alfiler—. Además les he pedido a mis ahogados que redacten un acuerdo prematrimonial —continuó Leo con la vista clavada en ella—, Te atará de tal modo, que si alguna vez se me ocurriera divorciarme te arrodillarás suplicando, que no lo haga.

—¿Como dices? —preguntó Angie con las mejillas del color del carmín

—Sería un tonto si no te pusiera unos límites bien definidos. En un matrimonio estrictamente de conveniencia, como este, es necesario tener en cuenta la posibilidad de que tu atención pueda desviarse hacia…

—¡Pero si aún no nos hemos casado! —exclamó Angie incrédula —¿Ya estás hablando de que mi atención pueda desviarse?

—Me gusta considerar las cosas desde todos los ángulos posibles. Soy un hombre de negocios —señaló Leo en cogiéndose de hombros

Angie estaba perpleja. Aquello era un shock estaba enfadada con él. Leo seguía convencido de que andaba detrás de su dinero. Aunque ciertamente quizá a ella también le viniera bien que se lo recordara para así poner los pies sobre la tierra. Desde el momento en que Leo le había pedido que se casaran, había estado en las nubes. ¿Y por qué? Porque casarse con Leo era para ella un sueño. Sin embargo, tenía que enfrentarse al hecho de que, aunque ella siempre lo había amado, él jamás la había correspondido. Aquellas preparaciones para la boda no tenían nada que ver ni con romances ni con celebraciones.

Leo insistió en llevarla a comprar ropa y Angie comenzó a enfadarse Empezaba a sentirse cono una posesión, como un objeto inanimado que debía vestirse y presentarse adecuadamente para el consumo público. Fueron a una boutique exclusiva, y Leo se sentó en un sillón con una copa de vino mientras ella se probaba ropa y más ropa.

Angie entró y salió del probador cientos de veces, magnífica en su creciente ira, con tacones altos, tratando de hacerlo sentirse incómodo.

Pero Leo, perfectamente inmutable, continuó relajado, observándola, con aire de tener sueño.

—Quédate con eso puesto —murmuró él al salir ella del probador con un conjunto escarlata que le sentaba muy bien—. ¿Qué hay de la ropa interior?

Angie le dirigió una mirada asesina.

—Ya me ocuparé yo de eso cuando esté sola

—Pero si me estoy divirtiendo —confesó Leo sin vergüenza.

—Quiero un vestido de novia —dijo Angie con los dientes apretados —. Quiero un vestido de novia con metros y metros de cola, un velo, flores, y kilos de encaje…

—Buena idea —contestó Leo—. Wallace disfrutará de todos esos detalles tan tradicionales, pero hoy no tenemos tiempo.

—¡Creo que debería ponerme algo negro con el símbolo de la libra estampado! —añadió Angie furiosa—. ¡Es lo que te mereces!

—Ah, creo que sé qué es exactamente lo que me merezco —respondió Leo mirándola irónico—, y apenas puedo contener mi ardor.

Angie enrojeció y el pulso se le aceleró. Fue la primera en despertar de la sensual imagen que él había sugerido. Volvió al probador y, revisando la ropa que se había probado, decidió qué llevarse. Dudaba entre un par de cosas. Por ultimo, entró en el departamento de bolsos y zapatos y señaló lo que le gustaba.

—Puedes llevarte lo que quieras —insistió Leo—. Cualquier cosa… y por favor, no mires el precio.

Al salir de nuevo a la calle las luces navideñas ya estaban encendidas. Bonitas, brillantes, multicolores, daban color al cielo oscuro mientras la gente invadía las aceras llenas de escaparates y tiendas. Angie se paró a contemplarlo.

—Es precioso, ¿verdad?

—Sí —contestó leo, que no miraba las luces sino a ella, cosa de la que Angie no se daba cuenta.

—Siempre he sido un poco infantil con eso de la Navidad —confesó ella cohibida, en voz baja.

—Bueno, tiene su encanto —respondió Leo guiándola a la limusina que los esperaba—. Tenemos una cita con Jake, es la hora de su baño.

Cuarenta minutos más tarde, Angie permanecía de pie, algo retirada, observando a Leo hundir balsas de plástico en la bañera con un avión de juguete mientras Jake chapoteaba entusiasmado salpicando agua por todas partes. Hubiera podido caer muerta allí mismo sin que Leo se diera cuenta, reflexionó desesperada, molesta y avergonzada ante

su propia e irreprimible envidia.

Leo iba a ser un padre maravilloso. Pocos hombres tenían la habilidad de saber ponerse al nivel de sus hijos para jugar y disfrutar. Pero lo que más la emocionaba era la ternura y el amor que veía en los ojos de Leo al contemplar a su hijo. A ella jamás la miraría así. Ella siempre estaría fuera del círculo de las personas a las que Leo amaba… jamás sería necesaria.

Iban a salir a cenar fuera, y Angie quería cambiarse. En cuanto Jake estuvo acostado, Angie abrió la puerta del dormitorio adjunto al del niño y se quedó paralizada al ver la bolsa de viaje de Harriet. Leo entró en silencio detrás de ella, la tomó de la mano y la hizo salir, guiándola por el pasillo hasta el dormitorio principal.

—Dentro de tres días estaremos casados —dijo Leo—, Y no tengo intención de ir de puntillas para no hacer ruido en mi propia casa.

Angie se ruborizó y se apresuró a ir al vestidor. Fue abriendo puertas y más puertas hasta que dio con lo que buscaba: un vestido de noche azul, de maravillosa, sencillez y elegancia. Al salir del vestidor Leo abrió tres cajones contiguos para enseñarle varios conjuntos de ropa interior de seda y encaje de suaves colores.

—Escogí esto para ti mientras tú estabas ocupada en otra cosa —explicó Leo. Angie inclinó la cabeza y deslizó un dedo por una de las prendas. El calor comenzó a invadirla al pensar que Leo había escogido todo aquello especialmente para ella—. A veces, eres increíblemente tímida—continuó él riendo, acariciando con un dedo su labio inferior y despertando en ella una fuerte excitación—. Aún me cuesta creer que, a pesar de todo el tiempo que estuviste con Drew, no le dieras el sí.

Sorprendida ante tan inquietante afirmación. Angie miró para arriba encontrándose con unos inquisitivos ojos negros. Apenas tenía aliento.

—Drew jamás me lo pidió.

—No me trates como si fuera idiota —replicó Leo con desprecio.

—Éramos amigos. Eso fue todo lo que le ofrecí, y él aceptó —insistió Angie levantando el mentón.

Leo no pareció en absoluto sorprendido por aquella explicación. Angie se dio la vuelta enfadada. El no podía creer que no se hubiera acostado con Drew. Aunque, pensándolo bien, era lógico. A Leo le faltaba justamente la pieza que hubiera dado sentido a todo el puzzle: su amor por él y el hecho de que Drew fuera perfectamente consciente de ese amor. Ambas cosas habían mantenido a Drew a distancia.

—Ya te he respondido, ahora voy a vestirme —añadió Angie tensa.

Leo sostuvo su mirada llena de ansiedad durante unos segundos y después, con una sonrisa que a Angie no le gustó, inclinó la cabeza con arrogancia y giró sobre sus talones. Angie se aclaró la garganta y añadió:

—¡Y no quiero volver a ser interrogada una segunda vez sobre lo mismo, Leo!

—La mejor manera de zanjar el tema definitivamente es dándome una respuesta sincera.

—¡Estas celoso de Drew… no puedo creerlo! —exclamó Angie impotente—. De un hombre que ni siquiera me gusta…

—¿Yo… celoso de Drew? ¿Te has vuelto loca?

—Me alegro de verdad de que no seas un hombre celoso —mintió Angie apartando la mirada,

En tres días, se convertiría en la mujer de un hombre, tremendamente posesivo y celoso. Bajo aquella apariencia de fría y tranquila sofisticación se escondían oscuras pasiones. Angie sentía un intenso deseo de rodearlo por el cuello y decirle que lo adoraba pero el preacuerdo matrimonial y el anillo de compromiso, comprado únicamente de cara a la galería, enfriaba tal deseo.

Angie se vistió en el baño y al salir se encontró con que Leo la esperaba en la planta de abajo. Lo vio en el vestíbulo al bajar las escaleras Alto, moreno atractivo. El corazón le palpitó. Ahí estaba, llevando por fin una chaqueta de etiqueta solo para ella. Por un segundo, tuvo miedo de no poder contener sus emociones

—Estás muy atractiva —murmuro Leo ronco,

—Sí, bueno… fuiste tú quien compró el vestido —sonrió Angie reteniendo las lágrimas. No solo lo había comprado, sino que se reservaba el derecho de quitárselo. Angie se ruborizó al pensarlo. Leo se echó a reír—. ¿Qué es eso tan divertido?

—No se podría traducir muy bien —contestó Leo envolviéndola en el abrigo de cachemira

Leo la llevó aun restaurante muy elegante. Al entrar, muchas cabezas se volvieron, para mirarlos. Formaban una pareja impactante. Una docena de personas murmuraron un saludo en dirección a Leo, pero ninguno de ellos se acercó a satisfacer su curiosidad sobre la rubia que lo acompañaba. Leo sonreía y asentía, pero no se detuvo a saludar a nadie

—Supongo que esto forma parte del paquete fingir que nuestra relación es normal y presentarme en público — comentó Angie tensa, en tono de condena—. La primera cita, Leo

—Nuestra primera cita fue hace mucho tiempo. Fue una excursión

junto a lago —respondió Leo con voz de seda—. Puede que no comiéramos mucho de la cesta hasta bastante tarde aquella noche, pero ha sido mi única cita que ha durado todo un fin de semana.

Angie se ruborizó y se escondió detrás del menú hasta que un camarero les llevó una delicada y preciosa cesta de flores silvestres a su mesa. Angie parpadeo sorprendida al verla y al leer la tarjeta, con la firma de Leo. ¿De dónde diablos había sacado flores silvestres en pleno invierno? Tenía que preguntárselo.

—He mandado traerlas de un lugar con clima cálido.

—Ah…

Aquel día, junto al lago, había flores silvestres, y su fragancia había inundado el cálido aire del verano mientras retozaba en sus brazos… Pero desde luego no podía haber sido precisamente ese tierno recuerdo el que habría llevado a Leo a tener ese gesto.

Durante el primer plato, Leo posó decidido su mirada directa de ojos negros sobre ella y dijo:

—Aquel día lo tenía todo planeado. Ordené que me prepararan la cesta y me tumbé a esperarte, convencido de que tú me encontrarías —Angie estuvo a punto de escupir un trozo de melón del shock, Leo le sirvió un vaso de agua—. Tengo que confesarte que no tenía ni una sola intención decente —continuó Leo. Angie comenzó a toser y se tapé con la servilleta. Luego retiró el plato y bebió agua tratando de calmarse—. Además, tenía que castigarte por infiltrarte en todas mis fantasías sexuales. Me sentía muy culpable. Llevaba siete meses viudo, y mi matrimonio había sido un desastre en la cama —continuó Leo con increíble sinceridad—. Y ahí estabas tú, haciendo caso omiso de todas mis señales para que te mantuvieras alejada, haciendo de mí tú blanco con tal tenacidad y tan abiertamente que…

—Por favor, no digas nada más, Leo —susurró Angie suplicante bebiendo agua helada con las mejillas escarlata.

—…tan abiertamente que aquello supuso una verdadera atracción para mí —continuó Leo,

Angie frunció el ceño mientras trataba de asimilar, aquella última frase. Leo rió divertido al ver su expresión.

—Sí… tú no te diste cuenta, ¿verdad que no? No te dabas cuenta de que, mientras por un lado te arrojaba jarras de agua fría, por otro estaba impresionado Tu insistencia me atraía.

—Pues no lo demostrabas —declaró Angie mirándolo con el corazón acelerado.

—No, no quise reconocerlo, ni siquiera para mí mismo—admitió

Leo con voz ronca— Petrina jamás me había deseado así, era incapaz de sentir esa pasión. Pero tú sí, y parecías ofrecerme exactamente lo que yo quería y necesitaba.

Angie volvió a ruborizar pero era incapaz de apartar los ojos de él, de la intensidad de su mirada. De pronto, se hizo el silencio, un silencio pesado, espeso. Angie se lamió nerviosamente el labio inferior. Observándola, Leo vaciló.

—Vámonos de aquí —dijo de pronto—. Ha sido un error ponerme a hablar de ese fin de semana en público.

Angie se quedó atónita, pero Leo ya se estaba levantando. Sus ojos estaban sedientos de sexo, y no hacía el menor esfuerzo por ocultarlo, el maitre se acercó a su mesa, Angie se puso en pie. Leo la rodeó posesivamente con el brazo y le hizo un gesto, refiriéndose vagamente a una cita previa.

Apenas fue consciente de los curiosos comentarios de la gente mientras Leo la guiaba hasta la salida, Angie estaba ruborizada pero no podía resistirse, Leo le señalo la limusina.

—¡Espera, mis flores! —gritó Angie asustada— ¡He olvidado…!

Entonces un camarero salió del restaurante con la preciosa cesta, Leo rió incrédulo

—¡Pero si es inútil… dentro de un par de horas estarán marchitas!

Angie se aferró a la cesta. Leo la miró divertido y, sin previo aviso, con un gemido de impaciencia, tiró de ella y la estrechó en sus brazos posando la boca exigente sobre la de ella. Angie accedió a aquel beso apasionado con rodillas trémulas, entrando después en el coche medio en las nubes

—No te acerques a mí —advirtió él con voz ronca mientras la limosina arrancaba y las luces nocturnas de la ciudad le iluminaban el rostro pronunciando sus pómulos—. No te acerques, a menos que quieras que te posea aquí y ahora… estoy al límite.

Angie se estremeció convulsivamente. La vibrante pulsación del deseo la hacía estremecerse. Leo juro nuevamente en griego.

—¡No me mires de esa forma… eso no me ayuda!—gritó Leo. Angie tenía la boca seca—. Lo haría… no soy ningún caballero inglés como mi primo. Me da la sensación de que vas a tener que aprender a hacer el amor en los sitios más increíbles, porque a veces, cuando te miro, creo que no puedo esperar… ¡ni un solo día más, ni una sola hora, ni un solo segundo! —gruñó echando la cabeza arrogante atrás y cerrando los ojos —. Y saber que tú sientes lo mismo añade toda una nueva dimensión a mi agonía.

—Así que me consideras una persona lasciva, ¿no es eso? —preguntó Angie.

—Para mí es perfecto que seas lasciva, Angie —le confesó Leo—. De hecho, cuando clavas esos enormes ojos azules sobre mí, creo que la testosterona me sube a niveles peligrosos. Hace dos años y medio, cuando pasé repentinamente del hambre al festín, aquello resulto ser la experiencia más increíble del mundo.

Angie se encogió en un rincón. Estaba enterándose de muchas cosas, pero no le era grato escuchar ninguna de ellas. De modo que el aspecto íntimo de su matrimonio había sido poco satisfactorio. Si se hubiera parado a considerarlo en aquel momento, probablemente habría llegado a esa conclusión. Leo era un hombre de un físico imponente, espontáneo de sangre caliente; y Petrina una mujer fría, profundamente narcisista. Pero le dolía tener que escuchar que la gran atracción que había ejercidos; sobre Leo era únicamente física, que se debía solo a su frustración sexual. Era duro aceptar el hecho de que Leo veía en ella solo a una compañera de cama, dispuesta a satisfacer sus necesidades con un mínimo de exigencias.

—En aquel entonces, no eras más que una adolescente inmadura —continuó Leo de pronto con voz ronca, levantando la cabeza para mirarla directamente a los ojos—. Por fuera una mujer, por dentro una niña imprudente. Pero yo entonces no lo veía… ni siquiera me di cuenta de que eras aún una adolescente hasta que no fue demasiado tarde,

—¿En serio?

—Te recuerdo jugando en el jardín de atrás, hace años… pero, de no haber montado a caballo tan bien, jamás me habría dado cuenta de tu presencia —admitió Leo—. Pusiste especial cuidado en no decirme que acababas de terminar el colegio ese verano. Hablaste del trabajo que ibas a comenzar en agosto, pero jamás admitiste que era tu primer empleo.

—Tenía un año más que el resto de la gente de mi curso… el año que murió mi madre lo perdí, comencé a quedarme retrasada, y tuve que repetir. No estaba tratando de ocultar mi edad.

—Disculpa, pero sí —Contraatacó Leo.

—Solo quería… parecer más natural —protestó Angie.

—Ah, pues lo conseguiste —contestó Leo mientras el chofer les abría la puerta y salían del coche—. En realidad, lo hiciste tan bien que no me di cuenta de que estaba en la cama con una virgen hasta el momento mágico.

Angie se dirigió hacia las escaleras a toda prisa, necesitaba escapar

de aquella violenta conversación. Pero Leo continué:

—Jamás habría soñado que una virgen pudiera ser tan hábil ni tan tentadora —susurró Leo en su oído desde detrás, colocando las manos sobre sus caderas justo cuando ella intentaba escapar—. Naturalmente, pensaba que tenías experiencia.

—¡Pues no te quejaste cuando descubriste que no era así! —gritó Angie soltándose, corriendo hasta el descansillo de la escalera.

Leo subió hasta ponerse a su nivel y colocarse en una posición agresiva, con las largas piernas separadas, mirándola.

—Cierto primitivismo en mí se regocijó ante la idea de ser tu primer amante… pero cuando recupere la cordura me sentí cómo un completo bastardo.

—Pero tuviste buen cuidado de no sentirte así hasta después de haber conseguido lo que querías —exclamó Angie acusándolo.

—¡Dios mío… cuando se te mete una idea en la cabeza te pones imposible! Algunas veces me dan ganas de estrangularte —confesé Leo con impaciencia, alcanzándola y atrayéndola a sus brazos, negándose a que ella lo rechazara—. ¡Pero eso no es nada comparado con lo que deseé hacerte cuando te vi con Drew! ¡Y encima me sonreíste como si fueras una cualquiera, una pequeña y maliciosa…

Leo no terminó el resto de la frase, sino que juró algo en griego recordando el momento con rabia. Luego, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio principal con unas cuantas zancadas.

—¡Yo no sonreía… no es cierto! —jadeó furiosa Angie—. ¡Suéltame!

—Será un placer… —respondió Leo dejándola sobre la cama en una posición poco elegante, con las piernas abiertas y el cabello revuelto—. Es hora de que tú y yo tengamos una charla sincera. No es algo en lo que tú seas muy buena… pero tendrás que aprender a serlo conmigo.

—¿Te parece? —preguntó Angie,

—Lo sé. Me has acusado de dejarte tirada como si fueras un periódico viejo, hablas como si me hubiera aprovechado deliberadamente de tu inocencia —dijo Leo censurándola y abalanzándose sobre ella—. Pero los dos sabemos que tú jugaste un papel muy importante en tu propia caída. Cuando una mujer se ofrece a sí misma a un hombre de esa forma, él ve en ella una invitación sexual no el comienzo de un romance.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Angie furiosa, temblando.

—Quizá puedas explicarme cómo hubiera podido continuar el romance cuando todo lo que había entre nosotros era sencillamente insostenible— continué Leo—. Tú eras excesivamente joven. Yo tenía

veintisiete, tu diecinueve.

—¡Y además yo era la hija del mayordomo, no lo olvidemos! —exclamó Angie echando chispas por los ojos.

—Mis antepasados eran pescadores en Grecia, pero a mí me enseñaron a sentirme orgulloso de mis raíces. Abre los ojos… hoy en día no importan las diferencias de clase.

—¡Pero algunos no lo ven así! —exclamó Angie levantando orgullosa la cabeza mientras trataba de sacar las piernas por el borde de la cama.

—Quédate donde estás —ordenó Leo en tono de advertencia mientras se quitaba la chaqueta—. Seguiremos hablando de esto aunque nos lleve el resto de la noche. Los dos traicionamos la confianza de nuestras familias aquel fin de semana, pero yo al menos reconozco que hice mal… ¿cuándo piensas reconocerlo tú?

—Lo reconozco… lo reconocí entonces, pero… —con testó Angie temblorosa, tartamudeando,

Leo lanzó la chaqueta al otro extremo de la habitación como si ella le hubiera dado pie a una concesión largamente esperada.

—Entonces, cuando te diste cuenta de que habías dado un paso en falso, te dijiste a ti misma: «me siento bien, así que, aunque esté mal, voy a seguir haciéndolo», ¿es eso?

—No… pero— contestó Angie ruborizada.

—No hay peros que valgan —continuó Leo—. Yo hice lo que creí que era lo mejor en aquel momento, y como no estaba preparado para comprometerme contigo, puse fin

a nuestra relación.

—Me rechazaste… —musitó Angie tensa.

—No hubiera sido justo dejarte esperando, con la impresión de que quizá algún día podía volver contigo—respondió Leo respirando hondo.

—Pues puedes estar orgulloso, lo conseguiste —dijo Angie soltando una risita sin ganas.

—Lo sé… —asintió Leo en voz baja, dándole un gran peso a sus palabras. Su rostro estaba en sombras—, Sé perfectamente qué hice. Fue un fin de semana loco, maravilloso, pero también fue demasiado intenso, demasiado precipitado. Necesitaba volver atrás para reflexionar, por el bien de los dos

De pronto, Angie se sintió incapaz de mirarlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba escuchando la verdad, comprendió dolorida «Demasiado intenso». Había mostrado sus sentimientos demasiado abiertamente, y sin duda, Leo había comprendido que ella sería una

carga.

Había sido un «maravilloso» fin de semana, pero él no deseaba repetirlo, así que… no podía haber sido tan «maravilloso», después de todo.

El colchón se hundió ligeramente bajo el peso de Leo que, con sorprendente ternura, apartó el velo de cabellos de su rostro, dejando que sus nudillos acariciaran suavemente sus mejillas.

—A veces eres tan niña… simplemente te lanzas sin mirar. Yo no soy un hombre impulsivo, pero aquel fin de semana solo vi el instante, y no calculé las consecuencias hasta que no fue demasiado tarde. Hubo un precio que pagar. Yo no quería hacerte daño…

—¡Pero me lo hiciste… huiste de mí lo más rápidamente que pudiste!

Leo la estrechó fuertemente entre sus brazos obligándola a permanecer muy cerca de él y añadió:

—No confiaba en mí mismo cuando estaba cerca de ti…

Angie luchó por seguir respirando. Estaba atemorizada, temía perder el control y ponerse a gritar allí mismo, en sus brazos, así que apoyo el rostro contra su hombro y se preguntó cómo diablos había acabado tan unida a él. Era como si el cuerpo de Leo fuera su segunda piel, recibía demasiada seguridad de aquel abrazo como para apartarse.

—Y aún sigo sin confiar…—musitó Leo inesperadamente, enterrando los labios en el hueco de su cuello y hombros con un gemido amortiguado, despertando de pronto el cuerpo de Angie a la vida

Leo volvió a levantar la cabeza. Angie presiono los dedos sobre su garganta sintiendo que tenía el pulso acelerado. Estaba temblando, y ni siquiera se daba cuenta. En medio de aquel silencio, Leo alargó la mano hacia su espalda para bajarle la cremallera del vestido. Luego, lo deslizó por sus brazos exponiendo abiertamente los pechos abultados y firmes, recogidos por un sujetador de encaje azul, que subían y bajaban al ritmo de la respiración. Lentamente Leo la empujó contra la almohada.

Unos ojos negros brillantes la contemplaron disfrutando intensamente. Leo le quitó hábilmente el vestido bajándoselo hasta las caderas para retirárselo luego por entero y arrojarlo a un lado. Después salió de la cama y comenzó a desvestirse. Primero, se quitó la camisa descubriendo un pecho moreno de fuertes y musculosos pectorales y vello negro rizado. Entonces, Angie pudo apreciar sus anchos hombros morenos, su vientre plano. No podía apartar la vista de él. Tenía la boca seca, el pulso acelerado.

—Me haces sentirme como si fuera un exhibicionista —murmuró

Leo divertido.
Angie bajó la vista, se ruborizó.
—Tú jamás habías sido tímido.
Leo rió y se quitó el resto de la ropa. Estaba muy excitado, pero no parecía preocuparle en absoluto. Angie se puso tensa. De pronto, se sentía tremendamente cohibida ante él. y perfectamente consciente de su masculina virilidad.
—Ven aquí… —dijo él tumbándose sobre ella, deslizando una larga pierna entre las de Angie con masculino dominio, tomando sus labios.
Angie dejó de respirar. Él lamía su generoso labio inferior, y ella se tensó y sobresaltó. Entonces, Leo se movió sinuosamente sobre ella e introdujo eróticamente la punta de la lengua entres sus labios haciéndola estremecerse.
—Leo…
—Paciencia, amor mío… he esperado esto durante mucho tiempo, y pretendo saborear cada segundo —contestó Leo respirando dificultosamente, con voz ronca.
Entonces Leo invadió su boca y la besó hasta que Angie perdió el sentido y lo estrechó entre sus brazos convulsivamente. Leo levantó la cabeza.
—Así está mejor —añadió Leo apartando ligeramente la cabeza para soltarle el sujetador y contemplar sus pechos
Leo acarició con un dedo uno de sus tensos pezones y Angie dejó escapar un gemido. La observó con inmensa satisfacción e inclinó la cabeza para torturarla mordisqueándola con la boca. Angie sintió un inmenso calor recorrerla. El corazón le latía aceleradamente, se retorcía bajo él. Clavó sus uñas en la espalda y luego lo agarró del espeso cabello.
—Eres tan preciosa —murmuró Leo deliberadamente, dando forma a sus pechos con las manos, dejando que su lengua lamiera con sensualidad los pezones hinchados.
Angie apretó los dientes ante aquella excitante tortura Jadeó y luchó por seguir respirando mientras las olas de sensación la embargaban. Entonces él mordió su carne hinchada con los dientes y ella levantó las caderas gimiendo en voz alta.
Leo la miró con ojos brillantes. Sus pómulos ardían enfebrecidos.
—Me vuelves loco cuando estás fuera de control—confesó con voz ronca.
—¡Te deseo…! —jadeó ella—. ¡Te deseo tanto que me duele!
Leo dejó escapar el aire contenido y. arqueándose sobre ella se

inclinó dejando caer todo su peso sobre el cuerpo de Angie mientras invadía su boca vorazmente con la lengua una y otra vez.

—¡Soy demasiado violento? —preguntó él.

—Oh, no… —musitó Angie en cuanto pudo recuperar el aliento alzando una mano para tocar sus bellos labios y acariciarlos mientras una ola de amor la embargaba.

Leo enredó una mano posesiva en sus cabellos revueltos y sonrió voraz mientras retiraba suavemente la última y frágil barrera, la última prenda de encaje y seda que rodeaba sus caderas.

—Eres mi mujer…, y necesito urgentemente poseerte, —. ¡lo necesito!

El deslizó una mano segura entre sus piernas acariciando su feminidad húmeda y cubierta de rizos rubios hasta alcanzar delicadamente su centro. Angie ladeó la cabeza, gimió con una angustia que la delató. Leo la observaba voraz, buscaba con dedos expertos las partes más sensibles hasta volverla loca, hasta oírla gemir y lloriquear de placer.

—¡Leo… por favor…! —rogó ella arqueando todo su cuerpo hacia él.

Leo se tumbó sobre ella con un solo movimiento y penetró en su suavidad con un gemido de satisfacción. Aquella sensación superó todas las expectativas de Angie. El no había hecho más que empezar, pero el corazón le latía ya rabiosamente en el pecho. Cada centímetro de piel, cada nervio, estaba centrado en aquella poderosa, lenta invasión. Los ojos de Angie brillaban fijos sobre los tensos rasgos de leo.

—¡Leo…! —gritó ella—. ¡Leo!

Entonces, él se movió invadiendo profundamente su interior. Angie sintió una ola de placer físico fulgurante. Se sentía tan deliciosamente poseída que se rindió por completo. El la llevó a un ritmo acelerado. Angie gritó en medio de aquel éxtasis estrangulado mientras el deseo voraz crecía y crecía cada vez más. Finalmente, ese deseo alcanzó un punto sin control, y Angie llegó a una cima electrizante de sensaciones desde la que cayó al paraíso.

Pero después no volvió a la tierra. Al abrir los ojos, Leo la estrechaba entre sus brazos con tal fuerza que ni siquiera una brizna de aire hubiera podido interponerse entre sus cuerpos sudorosos y calientes. Aquello era otro paraíso.

—¡Puedo seguir? —preguntó Leo con voz ronca. Angie parpadeó y de pronto comprendió.

—Oh… —contestó sintiéndose culpable, poniéndose colorada al ver

que él levantaba la cabeza para mirarla.

Los ojos de Leo brillaban divertidos, vibrantes.

—Has durado tres minutos enteros… —murmuró él disculpándola—… eso ya es un récord.

Angie encendió la luz en mitad de la noche y observó a Leo dormir. Lo único que deseaba era darse una fiesta para los ojos. El estaba tumbado boca abajo, con el cabello revuelto, las pestañas negras como el ébano y la mandíbula con una sombra de barba incipiente. Tenía la espalda cubierta de arañazos, y asomaba una pierna por entre las sábanas enredadas.

Angie, sintiéndose posesiva, lo tapó cuidadosamente igual que tapaba a Jake. y después se deslizó fuera de la cama para buscar de puntillas su ropa. Era tan feliz, que no podía dormir. Solo una nube oscurecía el horizonte. Leo había tardado horas en quedar exhausto, hasta la medianoche, pero no era ese el problema. En realidad no había nada tan maravilloso como el hecho de que Leo sintiera una sed insaciable de procurarle placer.

Se había mostrado apasionado, tierno, tal y como ella lo recordaba., solo que en esa ocasión Angie estaba aterro rizada ante la idea de que él notara que aún estaba locamente enamorada. «Demasiado intenso». Eso era, precisamente, lo que lo había alejado de ella dos años y medio atrás. Leo pedía decir cuanto quisiera acerca de que ella era demasiado joven entonces, pero nada de eso la convencía.

Sería la esposa de Leo en el plazo de dos días. Él no la amaba, pero si tenía que amar a alguien. algún día, sería a ella. En cuanto acabara con él. Firmaría el estúpido acuerdo prenupcial y él comprendería que no buscaba su dinero. Y después, un poco de frialdad, cierta distancia, y algo de misterio, y enseguida conseguiría ser una esposa más deseable a sus ojos… Inmersa en sus pensamientos, Angie respiró la fragancia masculina de Leo impregnada en su camisa mientras continuaba tramando y planeando.

Angie se despertó con la camisa de Leo puesta. Jake se subió a la cama con manchas de helado alrededor de la boca, Tenía los ojos brillantes, y no hablaba más que de que había desayunado con su padre, de que había ido al parque y de que se había columpiado y se había caído. Luego, se subió la pernera del pantalón y le enseñó la rodilla herida. Agarró a su hijo sobreexcitado segundos antes de que se diera de bruces y cayera de la cama.

—Ve a lavarte —dijo él dándose importancia, soltándose de sus brazos y corriendo a la puerta—. Papa ha dicho que vayas a lavarte.

Angie salió de la cama en su persecución, pero se detuvo al ver a Harriet en la puerta. La niñera le dijo que ella se ocuparía de él, que tenía que cambiarlo antes de salir. Angie se duchó y se puso un vestido de lana negra. Luego, se pellizcó las mejillas para darse color. Necesitaba un neceser completo con pinturas, decidió.

Bajó las escaleras. La puerta de la biblioteca estaba abierta. Escuchó a Leo hablando, así que se quedó detrás, por si estaba con alguien.

—No hay ningún riesgo… —murmuraba él visiblemente divertido —, pero no me sentiré a salvo hasta que no le haya puesto ese anillo en el dedo… no, no puedo quedar contigo antes., no quiero que ella sospeche lo que estoy tramando… Marisa —continuó en voz aún más baja—, eres tremenda…

Angie se quedó paralizada, se acercó a la puerta y continuó escuchando. Escuchó claramente un comentario picante sobre «una cama cualquiera, con tal de que quepan dos», y luego, con voz ronca, un susurro: «Vas a hacer que me avergüence…»

¿Leo, avergonzarse? Leo era incapaz de todo punto de avergonzarse. Angie se estremeció. Se apartó de la puerta y fue al salón. No debía preocuparse por si volvía a avergonzarse, más bien debía preocuparse por seguir viviendo.

Capitulo 10

Enferma, aterrorizada ante lo que acababa de escuchar, Angie se dejó caer en un sillón y se quedó mirando al vació. Leo y Marisa Laurence. Solo dos días antes de casarse con ella Leo se permitía el lujo de tener una sugestiva y erótica charla de esas que solo se tienen entre amantes. Después de lo de la noche anterior, ¿cómo podía Leo traicionarla así?

Incapaz de quedarse quieta, con el estómago revuelto, Angie se puso en pie. Tenía la mente en blanco. Lo único de lo que era consciente era de su propio dolor, de su propia incredulidad. Pero luego tuvo que cuestionarse también esa sensación porque. ¿de dónde se había sacado la idea de que Leo le sería fiel? Había sido muy ingenua.

Angie trató de recordar exactamente lo que había oído. Leo no quería ver a Marisa antes de la boda por miedo a levantar sospechas. Y también había dicho que no se sentiría seguro hasta que ella no tuviera el anillo en el dedo. Por supuesto Leo no quería estropearlo todo antes de tiempo. Tenía mucho que perder si no se casaban.

Se había permitido el lujo de olvidar que Leo solo se casaba con ella para adquirir plenos derechos sobre su hijo. Angie recordó el acuerdo prenupcial y sintió que la sangre le hervía. Era evidente que Leo planeaba continuar con su aventura, Preocupado ante la idea de que esa aventura pudiera acarrear una demanda de divorcio, Leo buscaba salvaguardar su riqueza. La cabeza le estallaba. Angie parpadeó, respiré hondo Estaba dejando volar su imaginación.

Leo amaba a Jake, y tenía que saber que si luchaba con ella por su custodia, seria el niño quien saldría perdiendo. No, Leo no tenía ningún plan maquiavélico para robarle a su hijo, no.

Angie se cruzó de brazos y luchó contra su dolor con decisión. Si se negaba a casarse con Leo y se enfrentaba a él, ¿a dónde la llevaría eso? Su riqueza siempre le daría ventaja. El tendría que mantenerlos. Ella tendría que soportar que visitara a Jake por el bien de su hijo. Quizá incluso tuviera que soportar que Marisa Laurence fuera su madrastra.

No, casarse con Leo le proporcionaría cierta igualdad frente a él. Alejarse de él solo conllevaba seguir siendo dependiente…

Al salir de la casa Leo la rodeó por los hombros con un brazo y ella se apartó.

—¿Qué ocurre? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Nada.

—Escucha, es evidente que algo no anda bien —afirmó Leo al llegar a Harrods, viendo cómo se comportaba Angie.

—Quizá no tenga un buen día —contestó ella con frialdad.

Harriet los seguía a poca distancia, y eso hacia imposible mantener un diálogo en privado. A la hora del almuerzo, mientras todos comían. Angie bebió varias copas de vino con el estómago vacío, consciente de las miradas de frustración que le dirigía Leo.

Habían pasado varias horas en Harrods. Angie se había resistido cada vez que alguien le había sugerido que buscan un vestido de novia, Jake, en cambio, estaba ya en posesión de un guardarropa tal que podrían vestirse con él varios niños. Cuando se trataba de su hijo, Leo no tenía sentido de la proporción. Además, había saqueado el departamento de juguetes, sobrepasando cualquier expectativa de Angie.

Ella, en cambio, había pasado de la rabia a la melancolía a la velocidad del rayo. Se sentía enferma, desesperadamente celosa. Era como un veneno que la corroyera por dentro. Había llegado a un punto en el que primero estaba convencida de que se casaría con Leo y haría de su vida un infierno espiándolo a cada minuto, y al segundo siguiente pensaba que no podía seguir con la boda dadas las circunstancias.

Sus emociones la controlaban peligrosamente. El helicóptero rodeó Deveraux Court y aterrizó al oeste de la casa. Era tarde, y comenzaba a nevar.

—Nieve… —comentó Jake entusiasmado con los primeros copos, corriendo hacia la puerta principal de la casa.

Leo observaba a Angie. Ella contemplaba a su hijo como un gesto trágico. ¿Cómo privar a su hijo de un padre al que adoraba? Seguridad, amor, dos padres… eso era lo que su hijo necesitaba. El árbol de Navidad ocupaba gran parte del Great Hall. Brillaba y relucía con decoraciones doradas y plateadas y luces navideñas.

—Soy capaz de rasgarte a jirones tu precioso traje de diseño si me eres infiel —dijo Angie con naturalidad, mientras se quitaba el abrigo

Leo había estado observando a su hijo trotar perseguido por sus dos abuelos, pero de pronto volvió la vista hacia ella. Angie tuvo el placer de ver cómo se quedaba helado. Sus ojos la miraron incrédulo. La

sonrisa de Angie era gélida. Ella subió las escaleras y continuó diciendo:

—Soy capaz de contar toda la historia, con todo lujo de detalles, a la prensa.

—¡Angie…!

—Soy capaz de quitarte hasta el último penique si me traicionas —continuó advirtiendo Angie desde la galería—. Voy a ser de ese tipo de ex mujeres que producen las peores pesadillas. No me mostraré en absoluto razonable, seré manipuladora, exigente y tramposa.

—¿Qué diablos le pasa? —exigió saber Leo subiendo a grandes zancadas las escaleras tras ella—. Aparte de haber bebido demasiado vino, claro…

—Pensé que debías saber dónde te metías antes de casarte conmigo. Si alguna vez tengo razones para dudar de tu fidelidad, me vengaré y te perseguiré hasta la muerte.

—Creo que vas en la dirección equivocada.

—No, no voy en la dirección equivocada —musitó Angie—. Dormiré en el dormitorio chino mientras tú consideras tus alternativas.

—Entonces iré a visitarte —contestó él encantado.

Incrédula, Angie centró la atención sobre sus rasgos burlones, que la hicieron estremecerse aún a pesar de su mal humor.

—¡De ningún modo!

Drew se acercó a ellos por el corredor con un parche sobre un ojo y una morena del brazo.

—Esta es TaIly —anunció.

—Hola… soy Angie —dijo ella echando a caminar—. Y. a propósito. Leo, no voy a firmar ningún acuerdo prenupcial.

Angie cerró la puerta del dormitorio tras ella. Un segundo después Leo volvía a abrirla Pero ya no parecía divertido ni tenía aire burlón.

—Drew y Tally han oído eso último —dijo él en tono de reproche.

—¿Y por qué habría de importarte eso? —preguntó Angie encogiéndose de hombros, con un nudo en el estómago—. No se puede decir que seas precisamente Don Sensible. Y, en cuanto a ese acuerdo, sí esperas que yo confíe en ti, yo espero que tú confíes en mi también

—Leo se apoyó sobre la puerta y la escrutó. Pero no dijo nada, cosa que enfureció aún más a Angie—. Después de todo, tú mismo has dejado bien claro que este es un matrimonio de conveniencia, que es por el bien de nuestro hijo —continuó Angie—. Quizá ya no esté muy segura de que trato voy a recibir después de la boda.

—¿Cuándo te he dado motivos para que dudes de mi sinceridad? —exigió saber Leo.

Angie se volvió y respiró hondo. Tenía las manos nerviosamente enlazadas

—Alguien me ha dicho que tú mantenías relaciono con Marisa Laurence hasta hace muy poco.

—Así que se trata de eso… Marisa y yo hemos sido buenos amigos durante años. De hecho fue ella quien me proporcionó los muñecos de peluche y la ropa de Jake el día en que tú abandonaste la casa de los Dickson.

—¿Buenos amigos? —repitió Angie insegura, frunciendo el ceño.

—Sí, jamás hubo atracción sexual entre nosotros, ninguno de los dos la sintió — explicó Leo secamente Marisa sí mantiene una relación íntima pero no conmigo, sino con un científico que lleva un año entero trabajando en el extranjero Ella se ha quedado en Inglaterra porque tiene un negocio que atender.

Angie se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, y después se puso colorada. La forma de hablar de Leo, Su mirada incisiva resultaba muy convincente, muy sincera.

—Ese «alguien» al que te has referido… era Drew, ¿verdad? —continuo Leo despreciativo—. No pierde una oportunidad de causar problemas Pero eres tú quien me decepciona, Angie. Hablas de confianza y sin embargo has sido incapaz de venir a preguntarme directamente…

—Dices que tu re es simplemente de amistad… y no obstante no me crees cuando yo te doy exactamente la misma explicación a ti…

—¡Drew le deseaba, la Situación era diferente!—razonó Leo sin ceder un milímetro

Luego abrió la puerta Su rostro expresaba ira. Angie se mordió el labio inferior

—Leo… te oí hablar con Marisa por teléfono esta mañana, y no sonó a una conversación entre amigos, precisamente, aunque quizá lo malinterpretara —musito Angie hablando cada vez más deprisa—. Decías que no querías que yo sospechara lo que tramabas, y que no querías verla hasta después de la boda…

—Lo entenderás todo después de la boda. Hasta entonces, roe temo que vas a tener que confiar en mí —afirmó Leo con una sonrisa irónica, cenando la puerta.

Angie estaba tan exhausta, que rompió a llorar. Quizá se hubiera enfadado por nada pero, ¿por qué se habían referido a una cama? Leo se había mostrado frío, tranquilo, superior. Angie hubiera deseado saber cómo habría reaccionado si las cosas hubieran sucedido al revés. Pero en

realidad lo sabía: Leo se habría enfrentado a ella de inmediato. Abierta y sinceramente.

En ese momento, llegaron las maletas y una sirvienta dispuesta a deshacerlas. Angie salió a buscar a Leo, pero se había marchado a los establos con Jake. Su padre le recordó que aquella noche era fiesta para los sirvientes. Eso significaba que la familia cenaría fuera y volvería tarde a casa.

Alguien llamo a la puerta mientras Angie trataba de decidir qué ponerse. Era Drew Entró sin ser invitado, y se acercó a la cama.

—¿Qué quieres? —preguntó Angie directa.

—Supongo que te debo una disculpa por lo que hice hace dos años y medio.

—Bien… ¿algo más?

—Fui muy antipático contigo la otra noche, pero no esperaba verte aquí y, francamente, fue una de las peores noches de mi vida.

—Sí, supongo que sí pero, ¿de dónde te bus sacado la idea de que Leo estaba a punto de casarse con Marisa?

—Bueno, creo que exagere un poco… —contestó Drew poniéndose colorado, con mirada evasiva.

—¿Un poco? —repitió Angie despectiva.

—Bueno… yo sabia que no eran más que amigos, es que me puse furioso viéndote con Leo otra vez —confesó Drew —.Detesto ver que siempre consigue lo que quiere.

Tally dice que me porté muy mal con Vosotros, manteniéndoos separados

—No fuiste tu quien nos mantuvo separados, Leo ya me había arrojado fuera de su vida

—Bueno, ¿quién podía saber cómo acabaría todo? Lo cierto es que Leo apareció por aquí unas cuantas Semanas más tarde. Parecía como si creyera que tú estarías aquí, esperándolo como Penélope, a pesar de haberte re chazado… pero no estabas, estabas pasándotelo bien, conmigo.

—¿De qué estás hablando?

—Si yo hubiera sido un persona noble, habría dado un paso atrás y habría dejado claro que entre tu y yo no había nada, pero no lo soy. No di ese paso. En el fondo, disfrutaba pensando que Leo quería que volvieras con él mientras estabas conmigo.

—Aquella vez, cuando vino de visita… ¿quería que volviera con él? —preguntó Angie en un susurro— ¿Te lo dijo él?

—Angie… ¿crees de verdad que Leo ha confiado alguna vez en mí?

—inquirió a su vez Drew.

—No… pero has dicho que…

—Era evidente que tú eras la única razón por la que había vuelto. A la mañana siguiente se fue directamente a Atenas, en avión —Drew suspiró al ver la mirada desolada de Angie—. Él era su peor enemigo, Angie. Podría haber puesto las cartas sobre la mesa entonces y haberte dado una oportunidad…

Angie desvió la cabeza mientras recordaba cómo se le había acercado Leo aquella noche.

—Trató de hablar conmigo… pero yo no le presté realmente la atención que necesitaba

—Sí. yo entonces lo encontré muy divertido —le confesó Drew—. Todo el mundo, excepto Leo, sabía que tú siempre habías estado loca por él.

La puerta se abrió sin previo aviso. Leo se quedó he lado en el umbral. Drew soltó una palabra malsonante

Los ojos llorosos de Angie se enfrentaron directamente a la mirada oscura, agresiva y brillante de Leo.

—Esto es lo más cerca que he estado nunca de la cama de Angie… soy sincero —se apresuró a decir Drew— ¡Por el amor de Dios, Leo… cambia esa cara antes de que me dé un ataque al corazón!

Leo giró sobre sus talones y caminó a grandes zanca das hacia el corredor. Angie quiso seguirlo. pero Drew Se interpuso en su camino.

—Dame una oportunidad para mostrarme sincero por una vez, no quiero volver a verme mezclado en nada de esto. Ahora tengo a Tally y, aunque tú sigas gustándome mucho, definitivamente eres el tipo de Leo. A mí no me gustan las pasiones intensas ni los dramas, aunque a vosotros dos os gusten tanto.

Angie se lavó la cara con agua fría en cuanto Drew se hubo ido. De modo que Leo había vuelto en aquella ocasión, dos años y medio atrás, solo para verla. ¿Sería cierto? ¿No había sido ella también entonces, con su orgullo herido por el rechazo de Leo, su peor enemiga? La sospecha la inquietaba.

—Tu presencia tiene un efecto maravilloso sobre Leo—señaló Wallace cuando Angie entró a recoger a Jake al salón—. Mi nieto siempre ha sido una persona seria, racional y de buen temperamento, pero contigo hace cosas extraordinarias.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Como por ejemplo colarse en su propia casa como si fuera un ladrón, con rosas y champán. El detesta las flores… y el champán. O

como salir de repente, como sí fuera una tormenta, pan montar en el Ferrari y marcharse…

—¿Leo ha salido? —preguntó Angie sonrojándose.

Wallace asintió. Angie se llevó a Jake a cenar. Su hijo estaba agotado. Estaba ya medio dormido cuando lo sentó en la trona, y era incapaz de tomar su baño. Angie le puso el pijama y lo metió en la cama. Tally, la novia de Drew, asomé la cabeza para verlo.

Tras conversar sobre lo que iban a ponerse esa noche, Angie y Tally se despidieron en la puerta de Jake. A Angie le costaba concentrarse, no hacia más que pensar en cuándo volvería Leo, si es que iba a volver y en si habría boda al fin. No estaba acostumbrada a ver a Leo evadiéndose de los problemas en lugar de enfrentarse a ellos.

Le debía a Leo una explicación acerca de Drew. Jamás había tratado de explicarle esa relación de modo que tuviera sentido para él. Era natural que se sintiera incómodo, Su primo era parte de la familia, aparecería en sus vidas con regularidad. Lo único que Leo le había pedido era que le dijera la verdad, pero se había mostrado demasiado orgullosa como para hacerlo.

¿Habría revelado su rostro el intenso alivio que sintió cuando, al abrir la puerta del salón, se encontró con Leo? El observó su vestido verde jade y su chaqueta. Angie se quedó mirándolo impotente, con las pupilas dilatadas y un nudo en la garganta. Leo tenía el pelo húmedo aún de la ducha, y llevaba un traje increíblemente elegante con un suéter gris plateado. Su aspecto era devastadoramente sexy, tremendamente masculino.

—¿Nos vamos? —sugirió él mirándolos a todos para, volviéndose a Angie añadir —. Supongo que te pondrás un abrigo, ¿no?

Tendría oportunidad de hablar con él durante el trayecto, pensó. Pero no fue así. Los cinco subieron juntos a la limusina. Enseguida llegaron al único restaurante de los alrededores en el que Wallace se sentía a sus anchas. Para cuando entraron Angie ya estaba desesperada por conseguir hablar a solas con Leo. Le tiró de la manga y susurró:

—Leo…

—Este no es el lugar apropiado —respondió él secamente.

Angie retiró la mano angustiada. Estuvo observándolo durante toda la cena Sus ojos brillaban fríos, pero él charlaba animadamente.

Angie miró para arriba al acercarse un grupo de personas a su mesa y pararse a saludar a Leo. Una diminuta rubia, de enormes ojos azules, se la quedó mirando abiertamente para, al final, sonreír Luego, alargó una mano hacia ella.

—Creo que nadie nos ha presentado, Angie.

—Marisa…

Angie sonrió poniéndose en pie. Se sentía como una torre al lado de ella.

—Estoy muy contenta por vosotros dos —le confesó Marisa con una calidez y una sinceridad que parecían auténticas.

—Es una mujer encantadora —comentó Wallace cuando Marisa se fue—. Es un misterio para mí que no esté casada. Esa tontería de ser una profesional… creo que… es la dueña de una de esas empresas de decoración, ¿no?

—Sí tiene un estudio de decoración interior que vale unos cuantos millones— respondió Leo.

—¡No puede ser…! —exclamó Wallace perplejo.

Angie estaba destrozada. Marisa era guapa, tenía éxito en los negocios, era verdaderamente encantadora. Leo debía compararlas constantemente, y ella siempre saldría perdiendo. Tally y Drew salieron a bailar. Un caballero mayor de una mesa cercana llamó a Wallace, que se fue a charlar con él. Leo se apoyó sobre el respaldo de la silla y observó a Angie en silencio.

—Estás enfadado conmigo…

—Vamos a tomas el aire… —respondió él levantándose bruscamente de la silla.

—Leo… Drew vino a mi habitación a pedirme disculpas por todo lo que me había hecho —musitó Angie mientras él la ayudaba a ponerse el abrigo en el vestíbulo.

—Estabas llorando —dijo él.

—Estaba enamorada de ti hace dos años y medio —respondió Angie respirando hondo.

—Lo sé… —dijo Leo sin más, abriendo la puerta y guiándola afuera, donde todo estaba blanco—. No soy tonto — tras aquella afirmación se hizo el silencio. Angie se mordió el labio inferior hasta sentir el sabor de la sangre—. Pero eras muy joven —continuó Leo en un murmullo —. Era perfectamente posible que te olvidaras de mí yte enamoraras de él en el espacio de unas pocas semanas

—Pero no fue así… y Drew sabía desde el principio que te quería a ti…

—¿Se lo dijiste? —preguntó Leo mirándola perplejo—.Es la primera vez en la vida que mi primo me da pena.

—Esa es la razón por la que solo fuimos amigos.

—¡No es de extrañar que le diera a la botella como lo hizo cuando

estaba contigo! Tenerte y no tenerte —añadió

Leo respirando fuerte—. Yo jamás habría soportado una relación como esa.

—Además me pasaba la vida hablando de ti — confesó Angie sintiéndose culpable. Yo no sabía lo que él sentía por mí, te lo aseguro. Esta noche él dijo algo que me inquietó, por eso estaba llorando. Dijo que… dijo que aquella vez, cuando viniste de viaje y te quedaste solo veinticuatro horas… dijo que creía que habías venido por mí.

—y es cierto — confirmó Leo rodeándola con un brazo y estrechándola mientras caminaban bajo la silueta de los árboles.

—Entonces, ¿por qué me rechazaste? —exigió saber Angie perpleja, con el rostro convulso por la fuerza de las emociones que la embargaban.

Leo se quedó quieto y posó las manos sobre sus hombros. Sus ojos negros brillantes estaban llenos de dolor y arrepentimiento.

—Necesitaba estar un tiempo sin ti para comprender lo que me estaba ocurriendo. Yo no había sido feliz con Petrina, a pesar de haberla elegido… ¿cómo podía fiarme de mi propio juicio, después de un solo fin semana contigo? Apenas podía explorar mis propios sentimientos, nuestras familias estaban justamente enfadadas por la intimidad que habíamos compartido.

—¿Estás diciendo que creías estar e…enamorado de mí? —preguntó Angie tan temblorosa que apenas era capaz de pronunciar las palabras.

—Tenía miedo de que se tratara solo de un capricho pasajero… y tú eras tan vulnerable… Tenía que marcharme, no podía hacerte ninguna promesa. No sabía si iba a volver.

—Pero podías haberme dicho la verdad —dijo Angie en tono de condena—. Podías haberme pedido que te esperara…

—Era tan arrogante que estaba convencido de que ni siquiera me hacía falta pedirlo —contestó Leo soltando una carcajada—. No estaba preparado para verte con Drew, pero recordaba, por mis propias experiencias de la adolescencia, que no hay nada tan volátil y pasajero como las emociones de la juventud. Parecías tan feliz con él…

—¿Dónde tenías los ojos? —preguntó Angie llena de lágrimas, con un nudo en la garganta—. Era terriblemente infeliz.

—Estaba muy enfadado… Y, aunque pueda parecerte extraño, tenía la sensación de que habías sido tú quien se había reído de mí… Había pasado seis semanas luchandocontra mi propio deseo de tenerte —confesó Leo con crudeza—. Y ahí estabas tú, de fiesta, con mi primo. Deseaba matarte, pero me dije a mí mismo que había tenido suerte de

haber escapado por los pelos de un ridículo mayor.

—No quería que supieras cuánto daño me habías hecho.

—Dios mío… —dijo Leo entre dientes, estrechándola con fuerza y tomando su cabeza entre las manos para mirarla con ojos negros, intensos y posesivos—. Y ahora que

te tengo de nuevo en mis brazos no voy a dejarte escapar.

La voraz boca de Leo tomó la de Angie. El sabor y la fragancia de él, su fuerza, la llenaban de excitación Angie se rindió, se abrazó a él. Leo no necesitaba que lo animara más. Wallace tosió haciéndose notar desde lo escalones del restaurante. Pero el beso continuó y continuó hasta que Drew silbó desde la limusina, parada al otro lado del camino.

Angie no recordó el camino de vuelta a Court. Para ella era muy importante que Leo hubiera vuelto a buscarla después de aquel fin de semana. Tanto, que no sabía ni dónde estaba. Entraron en casa. Angie iba medio flotando, del brazo de Leo. Hicieron un brindis de Navidad con los sirvientes reunidos en el Great Hall, riendo y charlando Leo hizo un discurso sobre cuánto apreciaba el trabajo de todos. Angie lo observó prestándole la atención exclusiva de una mujer enamorada.

Se dirigieron por fin hacia las escaleras Entonces el mozo de cuadras se abalanzó entre los sirvientes con expresión de preocupación.

—Me temo que la yegua va a parir muy pronto, señor. He llamado al veterinario pero está atendiendo a otro animal y como es su primer parto…

—Esta bien… yo iré a ocuparme de ella. No me esperes despierta —advirtió mirando a Angie.

—Puedo ir contigo…

—No tiene sentido que nos pasemos los dos la noche en vela —con Leo sacudiendo la cabeza.

Angie se fue a la cama sola. Tal vez no fuera tan experta como Leo con los caballos pero aquel no sería el primer parto que veía. Aunque lo cierto era que Leo no la necesitaba constantemente a su alrededor. Solo un hombre enamorado habría deseado que lo acompañara.

Dos años atrás, sin embargo, si hubieran tenido tiempo, si se hubieran dado las circunstancias, Leo podría haberse enamorado, de ella. Eso era duro de asimilar Sin embargo después de verla con Drew, sus sentimiento hacia ella se habían desvanecido Desde entonces había vivido convencido de que se había acostado con Drew, de que se había quedado embarazada de él… por no mencionar que la creía una ladrona.

Leo había vuelto a entrar en su vida solo a causa de Wallace, y al

principio lo había desganado darse cuenta de que aún se sentía atraído hacia ella. Luego, había llegado al convencimiento de que lo mejor era acostarse con ella para conseguir olvidarla. Y probablemente lo había logrado, se dijo Angie deprimida, de no haber descubierto que era la madre de su hijo.

La engañosa idea de que podía meterse en la cama de Leo y esperar allí su vuelta le sonaba de pronto imposible, solo de pensarlo le daba vergüenza. Angie se abrazó a la almohada melancólicamente. Jamás volvería a arrojarse en brazos de Leo.

A la mañana siguiente, su padre le llevó el desayuno a la cama. Ella se sentó y prácticamente le quitó la bandeja.

—¡Papa… no quiero que me sirvas… no está bien!

—Bueno, ahora hay tantos empleados que lo más que tengo que levantar es el periódico. Quería hablar contigo. ¿Tienes ya vestido de novia? Supongo que es un poco tarde para preguntado. pero…

—No, no llegas tarde.

Samuel Brown sonrió y le informó de que se alegraba, porque su deber era comprárselo. En aquellos días tenía buenos ahorros. Antes de que Angie se diera cuenta, su padre le había organizado las actividades de todo el día. Tenía que salir de compras a Exeter con su madrastra, a comprar el vestido más bonito que pudiera encontrar.

—¿Y qué hay de los regalos? ¿Has comprado ya regalos para todos? continuó su padre sacudiendo la cabeza—. Lo ves, Leo no piensa en todo.

—A Leo jamás se le ocurriría pensar que voy por ahí, con menos de cinco libras en el bolsillo… ni siquiera podría imaginar tanta penuria… ¡Dios, si lo has llamado Leo, papá!

—Me sentiría como un idiota llamando de otro modo a mi futuro yerno. Como dice Wallace, tenemos que ir con los tiempos. Aunque es difícil romper los hábitos de toda una vida.

Según parecía, Leo había pasado la noche en los establos, había aparecido para desayunar a las siete de la mañana y se había ido a la cama. La yegua había parido sin problemas, pero Angie no pudo ver a Leo antes de marcharse de casa.

Aquel fue un día frenético. Angie se enamoró de un vestido de novia en la segunda tienda que visitaron. Tenía un top ajustado de escote bajo y un color marfil precioso. Angie se miró al espejo y vio reflejado en él a una romántica princesa medieval.

Comprar los regalos de Navidad fue lo peor. Un libro sobre las nuevas costumbres para su padre, otro, de humor, para Wallace. Para

Drew, cigarrillos. Para Tally, un pañuelo de seda. Angie compró una blusa para Emily mientras ella tomaba café. Y después Leo. Leo, un hombre que lo tenía todo. Angie arrastró a su madrastra de tienda en tienda para decidirse finalmente por un libro de poesía. Poemas de amor. Siempre cabía la posibilidad de que la inspiración produjera el cambio.

Era de noche cuando volvieron a Court, pero la mansión, rodeada de nieve, tenía las ventanas cálidamente iluminadas. Junto a la puerta, había un muñeco de nieve, algo poco frecuente en esa casa. Llevaba barba y gafas.

Angie, que llevaba el día entero sin ver a Leo, estaba ansiosa por estar con él. Se apresuró a entrar en el Great Hall y vio a Drew y Tally de pie junto a la chimenea, violentos y ruborizados, de modo que fingió no verlos.

—¿Dónde está Leo? —le preguntó a su padre, que bajaba las escaleras.

—Sabes, no tengo ni idea —contestó Samuel Brown sorprendido.

—Dijo que tenía que hacer unas compras de última hora —explicó Drew colocándose el jersey.

—Ha aprovechado que estabas fuera para salir —dijo Wallace cuando ella entró en el salón—. Se levantó a la hora de la comida, hizo el muñeco de nieve con Jake y después se pasó el testo de la tarde mirando por la ventana. No conseguí sacarle ni una palabra.

—Oh… —exclamó Angie pensando que Wallace exageraba.

El anciano continué quejándose de que Drew y Tally no hacían más que besarse por los rincones, y luego volvió a su libro alegando que era mejor compañía. Al salir del salón su padre la esperaba.

—Emily y yo queremos que pases esta última noche con nosotros, abajo. Es nuestra última oportunidad —añadió esperanzado—. Aunque, por supuesto, si tienes otros planes…

—No, no tengo otros planes —mintió Angie, ruborizándose—. Es una idea estupenda… Bajaré en cuanto acueste a Jake.

Sí, lo cierto era que tenía que mostrarse fría con Leo, no comportarse como una mujer enamorada, se reprochó.

A las once de la noche, estaba en la estrecha cama de las dependencias de la servidumbre. No parecía la misma habitación en la que había dormido de joven, pero sus cosas seguían ahí. Al día siguiente sería Nochebuena, el día de la boda. Seguía sin poder creerlo. Además era el día de su cumpleaños. Veintidós años. Sin embargo, en una fecha tan señalada, jamás nadie le había concedido demasiada importancia. Ni

siquiera ella.

Alguien golpeó la ventana llamando. Angie se levanto sobresaltada y vio a Leo a la luz de la luna. Abrió la ventana sin vacilar.

—¿Sales tú, o entro yo?

Angie salió descalza por la ventana, pero se quedó helada al pisar la nieve. Leo se quitó el abrigo, la envolvió en él y la tomó en brazos. Angie no tuvo oportunidad de preguntar a dónde la llevaba, porque él estaba demasiado ocupado besándola. Se abrazó a él como si llevaran un mes separados y notó que la cabeza le daba vueltas.

Leo la sentó en el antepecho de la ventana y levantó la cabeza. Respiraba profunda y sonoramente— Angie tardó en recuperarse.

—¿Por qué caminabas de un lado a otro hoy mientras estaba fuera?

—Porque te habías ido en coche… Petrina y Jenny tuvieron un accidente en un día como este —contestó Leo tenso.

—¡Oh, demonios Leo, ni siquiera se me había ocurrido pensarlo! —suspiró Angie abrazándolo aún con más fuerza para consolarlo.

—Ha sido una estupidez —añadió él encogiéndose de hombros—, pero a veces puede caer un rayo dos veces en el mismo sitio. Por eso salí. Me estaba volviendo loco esperándote.

Angie posó la frente sobre su hombro y olió su fragancia, Leo había estado preocupado por ella. Una ola de amor la embargó al recordar su infeliz matrimonio y eso la hizo sentirse generosa.

—Firmaré el acuerdo prenupcial, si quieres.

—Pero si solo era una broma, que al final se volvió contra mí… no tenía intención de que firmaras nada. Solo quería vengarme de ti por fingir que no eras más que una caza fortunas.

—¿Vengarte? —repitió Angie abriendo enormemente los ojos y levantando la cabeza.

—Aquella primera noche, cuando volvía a verte, me dijiste que habías estado muy enamorada del padre de tu hijo… —explicó Leo escrutándola divertida Angie abrió la boca atónita—. Y lo dijiste con tal pasión… me lo dijiste a la cara, para picarme. Cuando comprendí que Jake era mío volví a acordarme de esa conversación, y entonces encontré por fin la respuesta a la pregunta que tanto me había torturado.

—Más me torturó a mí, que me había encaprichado de ti a los trece años —confeso Angie.

—¡Angie…Angie…! —exclamó Leo abrazándola divertido.

—Decidí conseguirte como fuera… quería resarcirte por lo de Jenny —continuó Angie—. Fue una estupidez.

—No, no lo fue… me has bendecido con un niño que ha sido concebido en el amor —contestó Leo suspirando y obligándola a entrar de nuevo en la habitación—. Y como no quiero que concibamos a nuestro próximo hijo fuera de casa, será mejor que te dé las buenas noches, amor mío.

Leo la esperaba en el altar de la pequeña iglesia de la ciudad. Drew parecía más serio de lo normal en su papel de padrino. Angie caminó hacia el altar del brazo de su padre, consciente, a cada paso, de la intensa mirada que Leo le dirigía.

Cada palabra de aquel servicio religioso tuvo para Angie un significado muy especial. Cuando intercambiaron los anillos, Leo retuvo su mano. Jake se sentó entre los dos en el coche, de vuelta a Court. Las flores de su cabello fueron un gran entretenimiento para el niño, así que Leo tuvo que distraerlo. Angie era incapaz de hacer otra cosa más que contemplar su anillo y a su marido.

Al llegar a Court, un fotógrafo los esperaba. Tras posar casi en todas partes, dentro y fuera de la casa, Angie miro a Leo con ojos suplicantes.

—Jamás había tenido una foto tuya… ¿es que no te das cuenta? —dijo él.

—Creo que va a llenar el despacho de fotos tuyas, así podrá soportar estar todo el día sin ti —bromeó Drew.

—Espero que no os importe que no vallamos —anuncio Leo después de la sesión fotográfica, enlazando los dedos con los de Angie y guiándola hacia la puerta principal.

—¿Adónde vamos?

Un coche de caballos abierto y con cochero los espe raba. Angie se quedó perpleja.

—No hagas más preguntas, espera y verás.

Los caballos trotaron por el sendero que daba la vuelta a la casa y se detuvieron en el establo. Leo la ayudó a bajar del coche y la levantó por encima de uno de los boxers.

—Feliz cumpleaños. La yegua se llama Roba, pero el potrillo aún no tiene nombre. Son tuyos.

—¡Pero si nadie hace caso nunca de mi cumpleaños!

—Yo sí —aseguró Leo—. ¿Cómo vas a llamar al potrillo?

—Joy.

Desde los establos, el coche volvió a girar por el camino que atravesaba la propiedad pasando por el bosque y subiendo por la colina.

—Cierra los ojos —rogó Leo.

Tras unos minutos, los caballos se detuvieron. Leo la tomó en brazos. Angie trató de ver algo, pero Leo la besó. Angie siempre cerraba los ojos cuando Leo la besa ba. Cuando volvió a dejarla en el suelo, ella no estaba muy segura de tener los pies en la tierra, pero tampoco lo estuvo cuando abrió los ojos. Estaban en el Folly, pero había sido transformado una vez más, Por completo.

Solo que en esa ocasión se había transformado en un lugar cálido, acogedor y de buen gusto. Angie dejó que su vista vagara por la chimenea encendida, la mullida alfombra, los sofás y el precioso árbol de Navidad, y sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Esto es lo que no quería que supieras que planeaba explicó Leo.

—¡Oh, Leo!

—Ha sido Marisa quien ha hecho el milagro. Y es también la razón por la que insistí en llevarte a Londres. Quería que fuera una sorpresa.

Marisa y su estudio de diseño de interiores. Arreglar el Folly para su noche de bodas, de eso era de lo que Leo y ella habían hablado.

—Es… —comenzó a decir Angie—… es la sorpresa más maravillosa que me ha dado nadie jamás.

—Fue el fin de semana más feliz que pasé en m vida—contestó él respirando tenso—. Y sin embargo huí por que tenía miedo de cometer de nuevo otro error.

—Yo solo tenía diecinueve años… —continué Angie con los ojos llenos de lágrimas—… no puedo culparle por dudar de que tuviéramos un futuro.

Leo la atrajo hacia el sofá y l a hizo sentarse junto al fuego de la chimenea.

—Comencé a buscarte tres meses después de que te marcharas de Court,

—Pero, ¿por qué? En aquel entonces, tú pensabas que yo estaba esperando el bebé de Drew.

—Sí, pero él no había salido a buscarte. Quería asegurarme de que estabas bien, porque me sentía culpable. Te había rechazado después de darte muchas razones para esperar algo más de mí —continuó Leo respirando profundamente, lleno de arrepentimiento—. Pero no pude encontrarte. Si habías dejado alguna pista. para entonces ya se bahía borrado.

—Las Lágrimas nublaron la vista de Angie, que no po dia dejar de imaginar a Leo buscándola sin éxito. Ella hubiera sido feliz de que él la encontrara. En aquel instante, Leo la abrazaba con tal fuerza, que

apenas podía respirar,

—Los investigadores siguieron trabajando, pero yo me rendí, más o menos —confesó Leo serio—. Sin embargo después, hace un par de meses ¡bingo!, te inscribiste en el censo para poder votar. Dejaste de estar perdida.

—¿Hace un par de meses?

—Antes de informar a Wallace. pedí un informe completo. Lo sabía todo sobre ti antes de llamar a la puerta de la casa de los Dickson. Incluso me aseguré de que ellos no estuvieran esa noche —confesó Leo —. Traté de convencerme a mi mismo de que encontrarte no tenía por qué significar nada personal para mí, pero…

—¿Pero?

—¡Dios mío… me engañaba! Con solo mirarte una vez no deseaba otra cosa que abrazarte y llevarte conmigo a casa.

—Pero al principio no aguantabas la idea de que tuviera un hijo…

—Si al principio… cuando llegamos a Court ya se me había pasado. Pero entonces llegó Drew, y todo fue un jaleo… o quizá fui yo el que se hizo un jaleo. De pronto no sabía a quien de los dos querías, estaba aterrado, tenía miedo de perderte.

—Leo… jamás podrías perderme… tonto —afirmó Angie temblorosa, acariciando su mejilla—. Te amo locamente; ¿es que no lo sabías?

¿Y acaso yo debilité tanto tu autoestima que tampoco tú sabes cuándo un hombre te ama locamente? —preguntó Leo levantándola en brazos y subiéndola por las escaleras.

—Jugaste conmigo, Leo.

—Tú no estabas dispuesta a admitir que me amabas.

—¿Y por qué no lo admitiste tu?

—Traté de demostrártelo por todos los medios posibles —protestó él a la defensiva—. ¿Es que no viste lo feliz que estaba el día que te pedí que te casaras conmigo?

—Me lo dijiste, no me lo pediste.

—Habíamos malgastado demasiado tiempo separados, no podía esperar ni un segundo a hacerte mía.

Angie observó el candelabro y la cama festoneada de encaje de la planta de arriba.

—Desde luego es lo suficientemente grande para dos.

—¿Es que oíste eso? —preguntó Leo—.¡ No me extraña que sospecharas! Marisa no hacía más que tomarme el pelo: ¿qué clase de cama?, ¿qué clase de sábanas? Le dije que hiciera lo que quisiera.

—Y entonces, ¿qué hiciste con Marisa aquella noche, hasta las dos de la madrugada?

—Nos separamos hacia las once estuve por ahí, conduciendo, pensando en ti.

Angie enredó una mano posesiva en sus cabellos y volvió a preguntar:

—Entonces, ¿con quién tenías una cita? Aquella primera noche dijiste que tenías una cita.

—Fue una bravuconada —confesó Leo contento, dejándola sobre la cama—. Tenía una cena de negocios —. debería haber comprendido que acabarías por pescarme.

Angie se alzó y lo besó. Leo se tumbó junto a ella con una sonrisa que la derritió

—Te adoro, señora Demetrios Ser romántico contigo no me cuesta nada.

Angie se tumbó tentadoramente, suspirando, y preguntó sin la menor vergüenza:

—¡Más niños?

—Para mí eres perfecta —sonrió Leo.

—Y tú pata mi —susurró Angie

Las ropas fueron cayendo al suelo, y las frases se fueron haciendo cada vez más inconexas hasta que, finalmente, se desvanecieron ante la pasión que los arrastró a celebrar su amor.

A las seis de la madrugada, salieron de la cama y probaron la cena que habían dejado la noche anterior. Leo lo había planeado todo tan bien, que tenían hasta ropa para cambiarse. Unidos, caminaron de vuelta a Court en la oscuridad y fueron a ver a Jake, que seguía dormido.

Samuel Brown había colocado los regalos bajo el árbol. Angie y Leo intercambiaron sus regalos Angie recibió un montón de cosas y a cambio, le tendió a Leo un único paquete con cierta culpabilidad. Cuando Leo comenzó a exclamar, alborozado de recibir tal regalo, Angie le dio un puñetazo en las costillas. Leo la atrajo hacia sí y borró su rubor con un beso largo y apasionado, poco apropiado para el Great Hall.

—¿Qué cómo te amo? Deja que cuente —leyó Leo del libro con los ojos brillantes, puestos sobre Angie, que no dejaba de desenvolver regalos—. Sí… podría amarte así.

Jake bajó en pijama. Echó un vistazo al coche de juguete y ya no

tuvo ganas de abrir nada más. Condujo por el vestíbulo tocando el claxon y entró en la habitación de su abuelo.

—¡Abuelo… abuelo!

—La felicidad de los niños en Navidad…! —comenté Leo riendo—. Apuesto a que Wallace se está tapando los oídos con la almohada.

Diez minutos más tarde, Angie seguía abriendo regalos. Joyas, una enorme caja de cosméticos, otro abrigo, una pila de libros, un montón de cosas bonitas, insignificantes. Leo lo había comprado todo para ella.

—¡Oh Leo… y yo solo te he comprado un libro! — gimió Angie.

—En realidad estas navidades no me ha ido nada mal, amor mío —contestó Leo satisfecho, a trayéndola a sus brazos—. Te he conseguido a ti… y a Jake.

Angie alzó los labios para encontrarse con los de él.

—¡Como volváis a hacer eso a estas horas del día me voy a la cama! —los amenazó Wallace vestido con una bata roja de lana. Se sentó en una silla junto a la chimenea, Samuel Brown, con su inmaculado uniforme, se colocó detrás—. ¡Oh, vamos Sam! ¡Siéntate, por el amor de Dios! Somos viejos, no vas a quedarte ahí de pie con tu rodilla artrítica. Bien, ¿dónde están mis periódicos?

FIN